This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

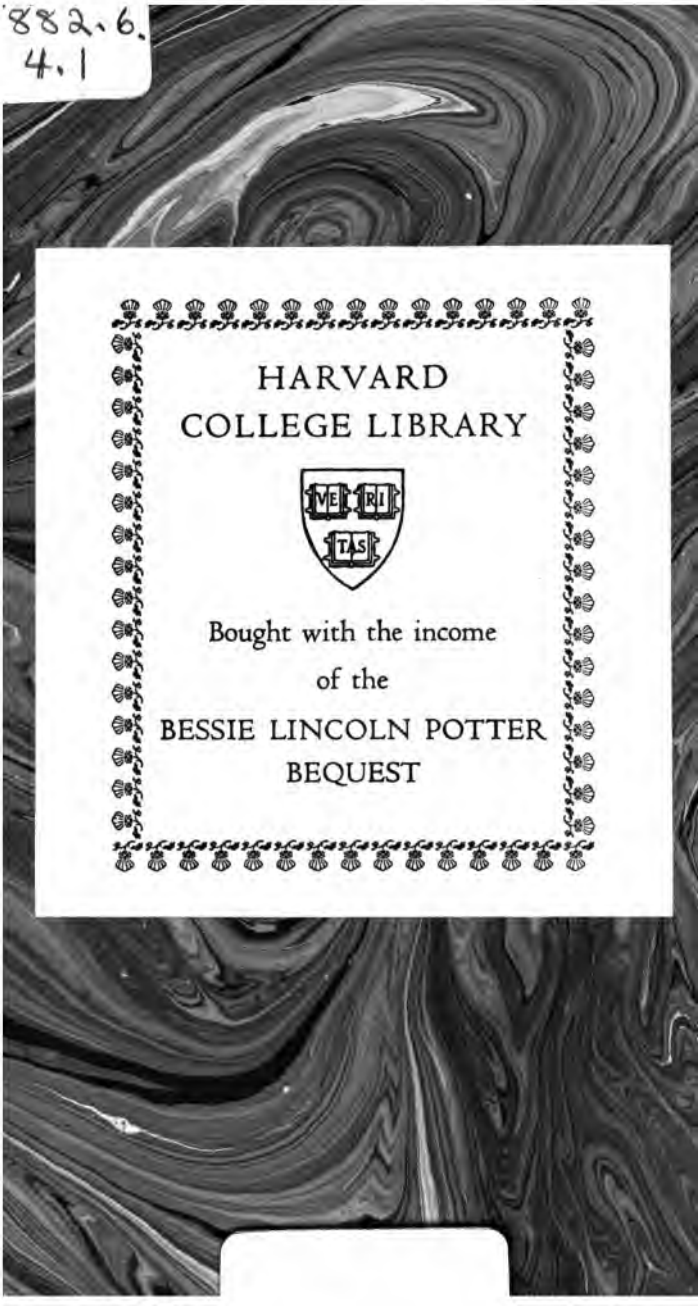
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

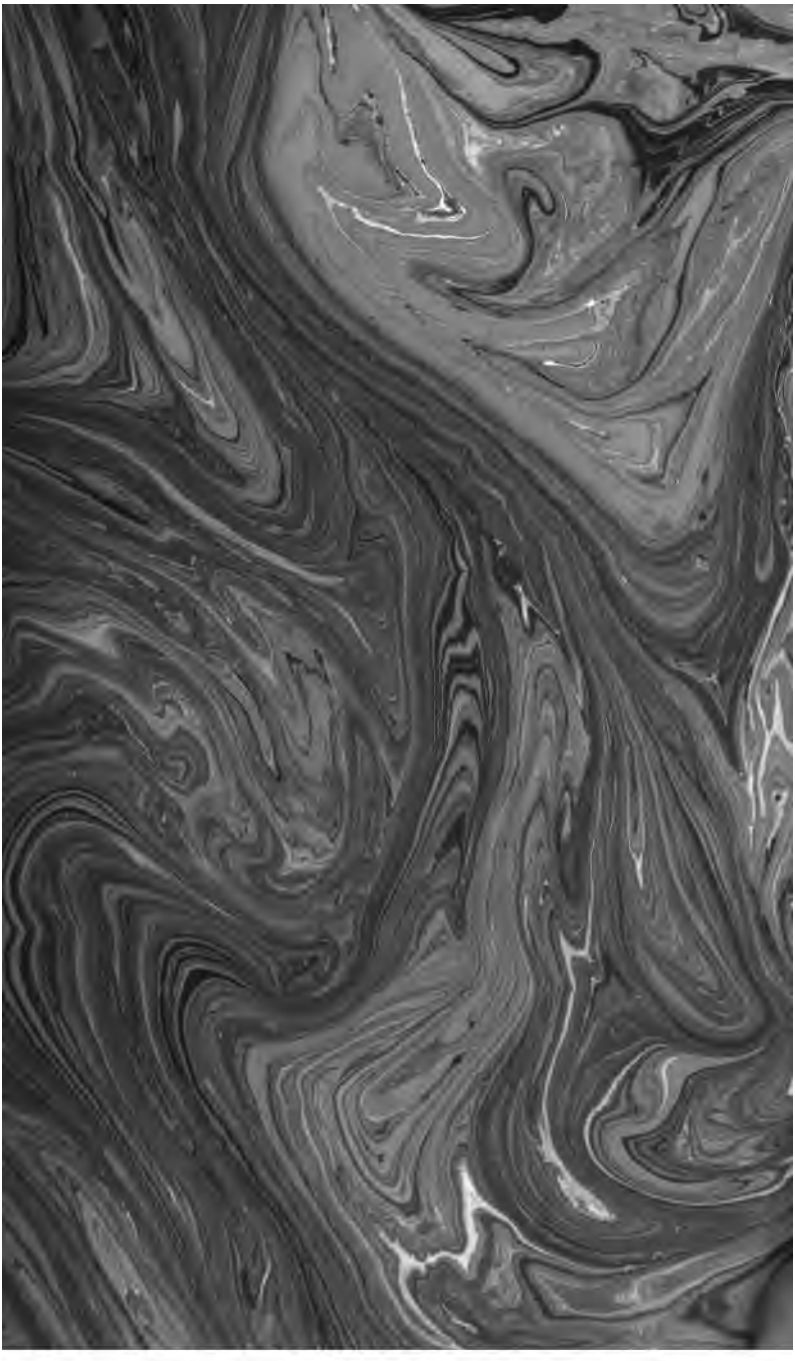
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

882.6.
4.1



HARVARD
COLLEGE LIBRARY

Bought with the income
of the
BESSIE LINCOLN POTTER
BEQUEST



300627

EPISODIOS NACIONALES

POR

B. PEREZ GALDÓS

EL GRANDE

ORIENTE

[illegible] PESETAS EN TODA ESPAÑA

MADRID
1876
ADMINISTRACION CALLE DEL MARCO, NÚM. 2 DUPLICADO, 2.º

EPISODIOS NACIONALES

POR

B. PEREZ GALDÓS

EL GRANDE

ORIENTE

MADRID

1876

IMPRENTA DE JOSÉ MARÍA PEREZ

Corredera Baja de S. Pablo, 41.

Sps. 5882.6.9.1

EPISODIOS NACIONALES

POR

B. PEREZ GALDÓS

HARVARD UNIVERSITY LIBRARY NOV 12 1973

TOMOS PUBLICADOS.

PRIMERA SERIE.

I.—**Trafalgar** (2.ª edicion).
II.—**La córte de Cárlos IV** (2.ª edicion).
III.—**El 19 de Marzo y el 2 de Mayo** (2.ª edicion).
IV.—**Bailén** (2.ª edicion).
V.—**Napoleon en Chamartin** (2.ª edicion).
VI.—**Zaragoza** (2.ª edicion).
VII.—**Gerona.**
VIII.—**Cádiz.**
IX.—**Juan Martin el Empecinado.**
X.—**La batalla de los Arapiles.**

SEGUNDA SERIE.

I.—**El equipaje del Rey José.**
II.—**Memorias de un cortesano de 1815.**
III.—**La segunda casaca.**
IV.—**El Grande Oriente.**

SE PUBLICARÁN SUCESIVAMENTE

V.—**7 de Julio.**
VI.—**Los cien mil hijos de San Luis.**
VII.—**El terror de 1824.**
VIII.—**Un voluntario realista.**
IX.—**Los Apostólicos.**
X.—**Un faccioso más y algunos frailes ménos.**

8 REALES TOMO EN TODA ESPAÑA.

Administracion, Barco, 2, Madrid.

EL GRANDE ORIENTE

I

Sí, era en la calle de Coloreros, en esa oscura vía que abre paso desde la calle Mayor hasta la plazuela y arco de San Ginés. Allí era sin duda alguna, y hasta se puede asegurar que en la misma casa donde hoy admira el atónito público fabulosa cantidad de peces de colores dentro de estanques de madera, y muestras preciosas de una importantísima industria, las jaulas de grillos. Allí era, sí, y no es fácil que ningun contemporáneo lo niegue, como han negado que Francisco I estuviese en la torre de los Lujanes, y que Sertorio fundara la Universidad de Huesca, (que es achaque de los modernos meterse á desmentir la tradicion). Allí era, sí, en la calle de Coloreros y en la casa de los pintados pececillos y de las

jaulas de grillos, donde vivia el gran D. Patricio Sarmiento.

En lugar de los estanques de madera, vierais, corriendo el año 1821, una ventana baja con rejas verdes á la derecha del portal. Aplicad el oido, ya que la cortineja de indiana rameada no permita dirigir hácia dentro la vista, y oireis una voz sonora y grandilocuente, ante cuya magestad las de Demóstenes y Mirabeau serian un pregon desacorde. Oid sin cuidado. Es de dia. Detiénense los curiosos y atienden todos sin que nadie les estorbe.

«Cayo Graco, hijo de Tiberio Sempronio Graco y de Cornelia, era liberal, señores; tan liberal, que se rebeló contra el Senado. Decid, niño, ¿qué era el Senado en aquella época?

Una voz infantil contesta:

—El Senado era una camarilla de serviles y absolutistas que no iban más que á su negocio.»

Y la voz grave prosigue así:

—«Muy bien..... Porque habeis de saber que Cayo Graco fijó el precio del trigo para que los pobres tuvieran el pan barato. Como que era un hombre que no vivia sino para el pueblo y por el pueblo. Luego les probó á los Senadores que estaban robando el Tesoro del Reino..... digo, de la República. Así es que aquellos tunantes no querian que Cayo Graco fuese

elegido Diputado..... Decid, niño, ¿cómo llamaban entonces á los Diputados de la Nacion?

—Les llamaban Aglaë, Pasitea y Eufrosina.

—Zopenco, esos son los nombres de las tres Gracias..... De rodillas, pronto de rodillas..... ¡Valiente borriquito tenemos aquí!..... Tú, Gallipans, responde.

—Les llamaban *tribunos de la plebe*, y habia cuatro órdenes de ellos, á saber: el toscano, el jónico, el dórico y el corintio.

—Has empezado como un sábio y concluyes como una mula. ¿Qué berengenal es ese que haces mezclando á los Diputados de Roma con los órdenes de arquitectura?..... Pues bien, les llamaban *tribunos de la plebe*. El Senado, aquella pandillita de hombres ambiciosos, que acaparaban los destinos gordos, las superintendencias, las secretarías, y ¿por qué no decirlo? los ministerios, no querian que Cayo Graco fuese tribuno y estorbaban su eleccion por medio de intriguillas. ¿Qué habian de querer, si en todas las sesiones de Córtes les ponia de hoja de peregil? No se mordia la lengua el gran patriota, y en plazas y cafés, en el foro y en los pórticos de las iglesias, por doquiera, señores, convocaba al pueblo para ense-

ñarle las doctrinas constitucionales, y condenar la tiranía y los tiranos..... Decidme ahora, niño, ¿quién era el cónsul Opimio?

—El cónsul Opimio.

—Muy bien dicho. Un fátuo, un pedante, un cobarde, un servilon, una especie de persa que salia siempre á la calle escoltado por una cohorte de candiotas, ó idiotas que es lo mismo, para que los partidarios de Graco no pudieran zurrarle la pabana. Decid, niño, ¿cómo se llamaba el amigo de Cayo?

Todas las voces infantiles responden á un tiempo:

—Flaco.

—Ese nombre no se os olvida, picarones, porque os hace reir. Muy bien: pues sabed que un dia los partidarios de Opimio despues del sacrificio, que es como si dijéramos al salir de misa de doce, insultaron á los de Graco, los cuales asesinaron á un alguacil, macero, lictor ó como quiera llamársele. Viérais allí, cual las encrespadas olas de un mar borrascoso, chocar unos con otros, pueblo y tropa, democracia y tiranía, patriotismo y servilismo. La sangre corria por las calles de Roma como corre en la de Coloreros el agua cuando llueve. Se degollaban unos á otros, é iban arrojando cabezas al rio. Quién gritaba *viva la Constitu-*

cion, quién aclamaba á los cónsules diciendo *vivan los verdugos,* y hasta los niños pequeñitos tomaban parte en la encarnizada refriega, no de otra manera que los tiernos cachorros del leon, cuando se disputan un huesecillo para jugar. Retíranse Graco y Flaco..... *(Risas en el menudo auditorio.)*

—¡Silencio!.... ¿Qué importuno y discorde reir es ese? Retíranse Graco y Flaco; van en busca de Rufo..... *(Nuevas risas.)*

—Silencio, digo..... ó ninguno sale hoy de aquí. ¿Qué risas son esas? Periquito, Chatillo, Roque..... ¿no os dá vergüenza de profanar este augusto recinto con vuestras ridículas bufonadas?.... Órden, compostura, atencion, silencio..... Pues decia que se retiraron todos al monte Aventino, que era un monte, pues..... un monte que se llamaba Aventino. Pero ¡ay! los cónsules les cercan, envian numerosa y aguerrida tropa para que á cañonazos les destruyan allí, y tienen que marcharse, señores, al otro lado del Manzanares, ó sea el Tiber, que todo viene á ser lo mismo, á un sitio que bien podria nominarse la Fuente de la Teja, y que estaba consagrado á las furias, ó si se quiere con más propiedad, á los demonios. Los partidarios de Graco empiezan á desertar porque el Gobierno les ofrece destinos y dinero.

¡Perfidia inaudita, escandalosa traicion que no volverá á pasar, yo os lo juro!.... Al mismo tiempo Opimio y sus infames cómplices ofrecen pagár á peso de oro la cabeza del gran tribuno. Éste se ve perdido. Dice á su esclavo Filócrates que lo mate. Filócrates vacila..... ¡momento de angustia y dolor supremo! Los sicarios llegan, los serviles se acercan rugiendo, cual manada de famélicos lobos. Consérvase sereno y tranquilo Cayo. La fuga le es imposible. Suplica á su esclavo por segunda vez que le dé muerte. Éste obedece. Hiérese él mismo con el estilete, que era una pluma de las que empleaba aquella gente para escribir sobre papel de cera, y cae, bañando el suelo con su sangre preciosa. Los del cónsul llegan, córtanle la cabeza y van con ella á pedir el vil premio de su hazaña. Decidme, niño, ¿de qué materia llenaron la cavidad cerebral de la patriótica cabeza para que pesara más y aumentase el valor de tan cruento trofeo?

Todas las voces á un tiempo:

—De plomo.

—Perfectamente. Y pesó diez y siete libras. Ahora..... basta de historia romana, y pasemos á la retórica. Ea, niños: divídanse los dos bandos. Roma á la izquierda, Cartago á la derecha. Veremos quién ciñe el lauro de la vic-

toria y quién muerde el polvo en esta honrosa lid de la clase de retórica.

Gran tumulto. Corren unos á este lado, otros al contrario, y agrúpanse en dos bandos al pié de los estandartes españoles con sendos cartelillos, en uno de los cuales se lee *Roma* y en otro *Cartago*. Susurro resonante, parecido al de las colmenas, precede á las primeras preguntas. Los combatientes esperan con ánsia el primer encuentro, y los juveniles corazones palpitan, vacilando entre el miedo y un honroso teson.

—Veamos..... Comience este pindárico certámen por una proposicion máxima. Decid, niño, ¿de cuántas clases son los pensamientos?

—De dos: claros y obscuros.

—Bien por Cartago. A ver, responda ahora la gran Roma. ¿Qué son pensamientos claros?

No se habia pronunciado aún la respuesta, cuando oyóse gran tumulto en la calle, y una voz gritó en la reja:

—¡Hoy no hay escuela!

Y esta voz se confundió con alaridos de la bulliciosa turba, que corriendo decia:

—¡A palacio, á palacio!

II

La escuela quedó en un instante vacía, y D. Patricio Sarmiento salió á la puerta de la calle. Sesenta años muy cumpliditos; alto y no muy gallardo cuerpo; ojos grandes y vivos; morena y arrugada tez de color de puchero alcorconiano y con más dobleces que pellejo de fuelle; pelo blanco y fuerte con rizados copetes en ambas sienes, uno de los cuales servia para sostener la pluma de escribir sobre la oreja izquierda; boca sonriente, hendida á lo Voltaire, con más pliegues que dientes, y ménos pliegues que palabras; barba rapada de semana en semana, monda ó peluda, segun que era lunes ó sábado; quijada tan huesosa y cortante que habria servido para matar filisteos, y que tenia por compañero y vecino á un corbatin negro, durísimo y rancio, donde se encajaba aquella como la flor en el pedúnculo; un gorrete, de quien no se podia decir que fué encarnado, si bien conservaba históricos vestigios de este color, la cual prenda no se separaba jamás de

la cúspide capital del maestro; luenga casaca castaña, aunque algunos la creyeran nuez por lo descolorida y arrugada; chaleco de provocativo color amarillo, con ramos que convidaban á recrear la vista en él como en una especie de ameno jardin; pantalones ceñidos, en cuyo término comenzaba el imperio de las medias negras, que se perdian en la lontananza oscura de unos zapatos con más golfos y promontorios que puntadas, y más puntadas que lustre; manos velludas, nervudas y flacas, que ora empuñaban crueles disciplinas, ora la atildada pluma de finos gavilanes, honra de la escuela de Iturzaeta; que unas veces nadaban en el bolsillo del chaleco para encontrar la caja de tabaco, y otras buzeaban en la faltriquera del pantalon para buscar dinero y no hallarlo..... tal era la personalidad física del buen Sarmiento.

—¡A palacio!—exclamó viendo la mucha gente que bajaba hácia San Ginés por delante de su casa y la muchísima que seguia la calle Mayor hácia Platerías.—Hoy tendremos otra gresca. ¿A cuántos estamos?

—A 5 de Febrero—repuso un jóven que junto á D. Patricio estaba, con mandil de sastre, sosteniendo en la izquierda mano dos pedazos de tela y en la diestra una aguja.—Parece ser

que Narices ha escrito un papel al Ayuntamiento quejándose de los insultos, y para que rabie más, hoy le van á dar más música.

—Aparte de que no me gusta que se hable del Soberano con tan poco respeto—dijo el maestro,—lo que has dicho, querido Lucas, me parece muy bien. Pues que no quiere música, désele más música. Si no, que cumpla sus deberes de Rey constitucional y marche francamente por la senda aquella de que nos habló el 10 de Marzo del año pasado..... Vá mucha gente. ¿Por qué no dejas la obra y corres allá? Tal vez ocurra algun acontecimiento digno de ser trasmitido á la posteridad. Yo iré despues á la Cruz de Malta, á ver qué se decide esta noche respecto á la exposicion que se proyecta dirigir al Rey contra el Ministerio. Me parece admirable idea, querido Lucas, porque has de saber que yo combato á Argüelles.

—Y yo tambien—replicó el sastre.—O nos dan un ministerio liberalísimo, que de una vez acabe con todos los pillos, ó el pueblo soberano decidirá en su sabiduría..... ¿Dejo el trabajo? ¿cierro el puesto?

—Deja el trabajo, *dimitte laborem* y cierra el puesto, que tiempo hay de mover el paño. Dia llegará en que la pátria más necesite de bayonetas que de agujas. Si no tuviera que

copiar esos pliegos tambien husmearia un poco. Ponte el uniforme, hijo, que en estos sucesos públicos bueno es que cada cual se presente con los arreos de su gerarquía. Los uniformes dan respetabilidad. Procura que la muchedumbre no se desborde; amonéstala, que al verte ella respetará la gloriosa institucion á que perteneces. No grites, no vociferes, que eso no es propio de quien representa la autoridad y la fuerza pública y la soberanía armada. Consérvate sereno en medio del tumulto, y si tocan á formar y hay lucha con los guardias y demás cohortes del absolutismo, despliega, querido hijo, todo el valor de tu pecho, todo el brío de tu raza, y sé cual indomable leon, que no conoce riesgo y hace extremecer al cobarde lobo sólo con el rugido de su cólera.

El jóven sastre, mientras esto decia su venerable padre, vestíase á toda prisa en el mismo portal que era albergue de la sastrería. En el momento de abandonar la tienda para mezclarse al popular tumulto, un hombre llegó á la puerta y se detuvo en ella saludando cariñosamente al Sr. Sarmiento.

—Hola, hola..... Sr. Monsalud—dijo éste.—¿Tan pronto de vuelta? ¿No vá usted á palacio? Dicen que habrá tocata de *trágalas*, y sinfonía de *mueras* y *vivas*.

—¿Ha salido mi madre?—preguntó el jóven sin hacer caso de las observaciones de su amigo.

—No he visto salir á la Sra. D.ª Fermina —replicó Sarmiento.—Debe de estar arriba acompañando á D.ª Solita y al Taciturno.

—Subiré á decirle que no salga esta tarde.

—Aguarde usted D. Salvador. Si no vá usted más que á eso, le mandaré un recado con Luis. Quédese usted aquí. Vámonos á la esquina á ver pasar la gente y hablaremos un rato. ¿Qué me dice usted de estas cosas?

—¿Pero no tiene usted escuela?

—He soltado al infantil rebaño. Si no lo hiciera alborotaria la escuela, y mis lecciones se perderian en la algazara como semilla que se arroja al viento. Es preciso transigir un poco con la inquietud bulliciosa y la precocidad patriótica de estos chiquillos que han de ser ciudadanos. De esta manera les voy educando sin tiranías, y mansamente les inculco sus deberes, y les preparo para que ejerzan la soberanía en los venideros años venturosos, en los cuales nuestra Nacion se ha de empingorotar por encima de todas las Naciones.

El amigo y vecino de nuestro excelente D. Patricio sonrió con benevolencia.

—No crea usted—continuó el maestro,—

que imitaré la conducta de ese pedante insoportable, émulo y antagonista mio, el maestro Naranjo, de la calle de las Veneras, el cual, cada vez que hay bullanga ó revista de milicianos ú otra cualquier funcion vistosa, encierra á los chicos y no les permite ver, ni que regocijen sus tiernas almas con las emociones de la cosa pública. Pero bien sabe usted que Naranjo es un poco y un mucho servilon, hombre forrado en oscurantismo y encuadernado en intolerancia, amigo de los enemigos de la Constitucion, indiferente en efigie, pero absolutista en esencia, con vislumbres de persa vergonzante y amagos de realista monacal. ¿Qué ha de hacer con los pobres chicos un hombre de estas cualidades? Tiranizarlos, ennegrecer su espíritu, imbuirles ideas despóticas, educarles en el desprecio de la Constitucion y en el amor al servilismo. ¡Desgraciada Nacion la nuestra, si prevalecieran en ella los alumnos de Naranjo! Vea usted, Sr. D. Salvador, una cosa de que el Ministerio debiera ocuparse sin levantar mano; estirpar esas infames cátedras, suprimiendo todos los maestros de escuela que con su conducta están sembrando la zizaña del servilismo para que en lo venidero estorbe y ahogue la frondosa planta de la Constitucion.

era un proyecto de golpe de Estado. ¡Iniquidad funesta! Pero el pueblo no se duerme. Cuando Fernando entró en Madrid..... ¡qué dia, qué solemne dia! ¡qué 21 de Noviembre! En vez de vítores y palmadas, galardon propio de los sábios Monarcas, Fernando oyó gritos rencorosos, mueras furibundos, amenazas, dicterios, oyó ternos como puños y vió puños como ternos. No ha presenciado Madrid una escena tan imponente. Allí era de ver el pueblo ejerciendo el soberano atributo de amonestacion; allí era de oir el trágala cantado por las elegantes mozas del Rastro. Miles de brazos se agitaban amenazando y todas las bocas espumarajeaban de rábia. Los que llevábamos en la mano el libro de la Constitucion, lo besábamos en presencia del Rey. Un fraile pronunció varios discursos que encendian más los ánimos. De repente por entre las apiñadas cabezas se alzan multitud de manos que sostienen un niño. Es el hijo de Lacy. La multitud soberana grita: «¡Es el vengador de su padre! ¡es hijo del gran patriota! ¡Mueran los tiranos! ¡Viva la Constitucion!» El Rey oia todo, y su semblante echaba fuego..... Pues bien: ¿cree usted que esta leccion fué provechosa? nada de eso. La camarilla sigue conspirando, la Córte desafia á la Nacion, al mundo, y

al linaje humano con la infame conspiración y plan de D. Matías Vinuesa, que ha escandalizado á Madrid dias pasados.

Salvador prestando escasa atención á las palabras del maestro, escribió despacio y con largos descansos lo siguiente:

«Dispensad H.·. y M.·. Q.·. H.·. la libertad con que os manifiesto mi pensamiento »despues de saludaros con los s.·. y b.·. p.·. »en este Or.·. de Madrid.

»Faltaria á los más altos deberes si no me »negara á aceptar vuestros ofrecimientos y la »mision que me encomendásteis, porque estando convencido de que ese Or.·. es un centro »de libertinaje y de anarquía, y tal como está »organizado produce efectos contrarios á los »verdaderos principios liberales, deseo que se »me considere como H.·. D.·. y se aparte mi »humilde persona de todos los trabajos de la »Or.·. Quizás sea mio el error y no de los »V.·. H.·. pero.....»

Al llegar á este punto, se detuvo, recorrió con la vista lo escrito, hizo un gesto de disgusto, y rompiendo el papel, empezó á escribir otro.

—¿No sale, no sale la cartita?—dijo D. Patricio sonriendo.—Se conoce que es de amores. No á todos los mortales es dado manifestar

elegantemente sus pensamientos en forma literaria. Quiere usted que vea si puedo yo sacarle del paso?

—Gracias: no es preciso..... ¿Conque decia usted, Sr. D. Patricio, que el Rey.....?

—No aprende nunca. Veremos qué tal efecto produce la amonestacion de esta tarde. Observe puntualmente la Constitucion; sea amigo del pueblo; ame la libertad como la amamos todos, y entonces no habrá más que aclamaciones y flores..... ¿Pero estuvo usted anoche en *Malta?*

—Yo no voy á ese manicomio.

—¿Y en *La Fontana?* Dicen que van á cerrar los cafés patrióticos.

—Harán bien.

—Bien sé que usted al hablar de ese modo, lo hace por espíritu de contradiccion, y que dice lo contrario de lo que piensa. Es particular que le parezcan á usted detestables esas sociedades tan propias de un pueblo liberal, y que se le antojen majaderos y charlatanes los hombres eminentes que en ellas derraman el fructífero rocío de la palabra constitucional. Si no conociese el gran entendimiento de usted.....

El jóven siguió escribiendo sin atender á las palabras del maestro. Pasó un rato durante

el cual uno y otro callaron. Despues, Monsalud rompió por segunda vez el papel escrito y empezó otro.

—Vamos, que está durilla esa oracion primera de activa. Ya van dos pliegos rotos.

—Antes me dejaré matar—dijo Monsalud en un arranque espontáneo,—que contribuir á este desórden y figurar en una sociedad que es un hormiguero de intrigantes, una agencia de destinos, un centro de corrupcion é infames compadrazgos, una hermandad de pedigüeños.....

—¡Ah, ya veo, ya comprendo de quién habla usted!—exclamó Sarmiento, soltando rápidamente la escoba y sentándose frente á su amigo.—Esos intrigantes, esos compadres, esos pedigüeños, esos hermanos son los masones. Bien, muy bien dicho; todas esas picardías las he dicho yo antes que usted y las repito á quien quiera oirlas. El Grande Oriente perderá á España, perderá á la libertad, por su poco democratismo, sus transacciones con la Córte, su repugnancia á las reformas violentas y prontas, su templanza ridícula, su orgullo, su justo medio, su doceañismo fanático, su estancamiento en las pestíferas lagunas de lo pasado, su repulsion á todo lo que sea marchar hácia adelante, siempre adelante por la senda cons-

titucional. O hay progreso, ó no lo hay. Si lo hay, si se admite, fuerza es que demos un paso cada dia, que á cada hora desbaratemos una antigualla para construir una novedad, que á cada instante discurramos el modo de dar al pueblo una nueva dósis de libertad, y que no se aparte de nuestra mente la idea de que hoy hemos de ser más liberales que ayer, y mañana más que hoy..... Pero, ¿se rie usted?

—No, no me rio. Oigo al Sr. D. Patricio con muchísimo gusto.

—Adelante, siempre adelante—añadió Sarmiento con calor.—En virtud de este criterio, yo y todos los patriotas verdaderos, hemos dado de lado á la masonería para fundar la grande y altísima y por mil títulos eminente y siempre española sociedad de *Los Comuneros*.

—He estado mucho tiempo fuera de Madrid —dijo Salvador,—y al regresar he oido hablar mucho de esa nueva hermandad. Por lo visto el Sr. Sarmiento pertenece á ella. Sírvase usted explicarme en que consiste.

—¡Explicar! ¿á qué vienen esas explicaciones? ¿Por qué no ha de conocer usted de *visu* lo que difícilmente podrá comprender *ex auditu*? Véngase usted conmigo. Le presentaremos en la sociedad, le haremos caballero de Padilla,

y para mí será tan grande honor presentarle como para la Confederacion recibirle.

—¡Confederacion! ¡Padilla! ¿Qué ensalada es esa?

—En el primer artículo de los Estatutos, se dice que nos *reunimos* y nos *esparcimos* por el territorio de las Españas, con el propósito *de imitar las virtudes de los héroes que como Padilla y Lanuza, perdieron sus vidas por las libertades pátrias.*

—¿Y la Confederacion se divide en talleres?

—¿Qué talleres? Eso es cosa de artesanos. Aquí todos somos caballeros. Llámase nuestro jefe el *Gran Castellano;* la Confederacion se divide en *Comunidades,* éstas en *Merindades,* éstas en *Torres,* y las Torres en *Casas Fuertes.* Todo es caballeresco, romancesco, altisonante. Si la masonería tiene por objeto auxiliarse mútuamente en las pequeñeces de la vida, nosotros nos *reunimos* y nos *esparcimos,* así mismo se dice..... para *sostener á toda costa los derechos y libertades del pueblo español, segun están consignados en la Constitucion política, reconociendo por base inalterable su artículo* 3.° Nada de empeñitos; nada de lloriqueo de destinos, ni de asidero de faldones. El artículo 17 del capítulo 2.°, dice que ningun caballero *interesará el favor de la Confederacion*

para pretender empleos del Gobierno. ¿Qué tal? Esto se llama catonismo. ¡Hombres incorruptibles! ¡Pléyade ilustre! Tenemos Código penal, alcaides, tesoreros, secretarios. Nuestras lógias se llaman *Fortalezas,* á las cuales se entra por puente levadizo nada ménos. La admision es peliaguda. Está mandado que al iniciar á alguno, no se revele nada del objeto y modo de la Confederacion; pero yo le digo á usted todo, todito, porque confío en su discrecion y prudencia.

—¿Y se puede ver eso? ¿se puede ir allá?—dijo Salvador demostrando curiosidad.—Supongo que habrá juramentos y pruebas.....

—Le presentaré á usted, Sr. D. Salvador. Nuestra Confederacion se honrará mucho con que usted entre en ella.

—No; preguntaba si se puede ir á las Fortalezas como se vá al teatro, para ver, para reirse un rato.

—Amigo mio—dijo Sarmiento con gravedad.—No es cosa de risa una sociedad donde se jura morir defendiendo á la pátria, y donde se cumple lo que se jura.

—Eso es lo que no se ha probado todavia.

—Yo se lo probaré á usted; se lo probaré—exclamó vivamente D. Patricio, apoyándose en la escoba como un centinela en el fusil.

—Si usted me hiciera el favor.....—indicó sonriendo Monsalud.

—¿De probárselo?

—No; de callarse. Un momento nada más, queridísimo amigo mio.

—Si no digo una palabra..... Escriba usted, —indicó el maestro recomenzando su interrumpida tarea.—Voy á purificar mi escuela, á barrer, digámoslo así, mientras usted escribe la carta. ¿Quiere usted que se la dicte?

—No, gracias. El asunto es delicado; pero á la tercera vez ha de salir.

Y en efecto, salió.

III

Es indispensable el conocimiento de todas las familias que vivian en aquella casa. Ocupaba el principal Salvador Monsalud con su madre, y el segundo un señor taciturno y reservado, del cual los vecinos, á excepcion de Salvador, no conocian más que el nombre, ignorando sus antecedentes y sus ideas políticas, á pesar de las impertinentes pesquisas que por averiguarlo hacia diariamente el curioso Sar-

miento. Este y su hijo Lúcas, sastre de oficio, ocupaban una de las habitaciones del piso tercero, sirviendo la otra de morada á Pujitos, gran maestro de obra prima, miliciano nacional, patriota, cuasi orador, cuasi héroe, y un si es no es redactor de diarios políticos, que para todo habia en aquel desmesurado entendimiento.

El habitante del cuarto segundo era un hombre decente, con indicios en toda su persona de pobreza decorosamente combatida y disimulada por el aseo, la economía, las cepilladuras de la ropa y otros artificios que no siempre realizaban el fin deseado. Tenia más de cincuenta años, aspecto débil y enfermizo, rostro muy melancólico, apagados ojos, ademanes corteses y frios, escasísima propension comunicativa y costumbres tan metódicas como tranquilas. Jamás anochecia sin que estuviese dentro de su casa. A horas fijas salia, y á horas inalterables entraba. Era rarísimo acontecimiento que alguien le visitase, y su morada era silenciosa y triste, como vivienda de cartujos.

Antes de que penetrara en ella cualquier extraño, tomábanse minuciosas precauciones, y dos ojos negros miraban por la cruz del ventanillo examinando atentamente al inoportuno. Estos ojos negros eran los de una señorita, hija

Sr. Gil de la Cuadra (que así llamaban al
iturno), y única compañera suya, á más de
a criada, en la triste mansion. Todo lo que
nia de antipático el padre entre los habitan-
s de la casa, lo compensaba en simpatías la
ja. A todos agradaba, solia conversar con don
atricio al entrar y al salir, y muy á menudo
aba á la habitacion de D.ª Fermina Monsa-
d, charlando con ella largas horas. Tenia
or nombre Soledad, pero como su padre la
lamaba Solita, así le decian todos, y más co-
mmente D.ª Solita; que entonces las señori-
s cargaban todavía con un Doño no menos
ande que el de cualquiera quintañona.

Como cronistas sentimos tener que decir
e Solita era fea. Fuera de los ojos negros,
e aunque chicos eran bonitos y llenos de luz,
o habia en su rostro faccion ni parte alguna
e aisladamente no fuese imperfectísima. Ver-
d es que hermoseaban la incorrecta boca fi-
simos dientes; mas la nariz redonda y pe-
eña desfiguraba todo el rostro. Su cuerpo
bria sido esbelto, si tuviera más carne; pero
delgadez exajerada no carecia de gracia y
andono. Mal color, aunque fino y puro, y
metal de voz delicioso, apacible, que no po-
oirse sin experimentar dulce sensacion de
npatía, completaban su insignificante perso-

—¿Lo ven ustedes? Mi idea..... es idea mia.

—Y á cerrar las sociedades patrióticas.

—Esa no es idea mia. La rechazo. Por el contrario, Sr. D. Salvador, Sra. D.ª Fermina, yo abriria en cada calle dos por lo ménos, dos cafés patrióticos, y les subvencionaria con fondos del Estado, para que se propagase la idea constitucional. ¿Qué le parece al Sr. D. Salvador mi idea?

—Excelente—respondió el jóven, ocupado á la sazon en hojear varios libros que sobre la mesa de la habitacion habia.

—Ya que está aquí el Sr. D. Patricio—dijo D.ª Fermina despues de hablar un rato con la criada,—no se irá sin tomar chocolate. Y lo mismo digo á usted, Lúcas.

Sarmiento que, dicho sea en honor de la verdad histórica, no habia ido á otra cosa, respondió de este modo:

—No se moleste la señora..... Siento haber venido; pero si se ha de enojar usted con nuestra negativa, aceptamos..... Madre é hijo son tan amables qué, la verdad, cuando uno entra en esta casa, no encuentra la puerta para salir.

—Gracias, Sr. D. Patricio.

—¿Saben ustedes—dijo con aire misterioso Lúcas,—que esta tarde ví en la plaza de Pala-

cio al vecino del cuarto segundo? Estaba hablando con un guardia.

—¿Pero no saben ustedes lo mejor?—indicó Sarmiento, padre.—Pues ya me olvidaba..... Que tengo nuevos datos para juzgar de las opiniones políticas del Sr. Gil de la Cuadra.

Monsalud miró fijamente al preceptor.

—Un precioso dato. Tengo por seguro que es absolutista.

—Vamos, no hable usted mal de los vecinos, y ménos de ese buen sugeto—dijo D.ª Fermina.—Él y su niña son personas muy decentes que merecen el mayor respeto.

—¿Respeto? no se lo niego. Oiga usted el dato, Sr. D. Salvador. Ayer tarde entró en mi academia para que le cortase una pluma. Ya sabe usted que en la pared de enfrente tengo un gran retrato de Riego. Como el Sr. Gil le mirase atentamente, yo dije: «ese es el grande hombre.» Advertí en el semblante de nuestro vecino una sonrisilla picaresca. Miróme, y con mucha suficiencia y pedantería, exclamó: «Es un majadero.»

—Lo mismo dice mi hijo,—manifestó la Monsalud, ofreciendo el chocolate á sus dos vecinos.

—¿Lo mismo dice? Será por broma. ¡Riego, D. Rafael del Riego! Inmensa figura que se

alza sobre el suelo de la pátria, y con su magestuosa cabeza toca las nubes! ¡Riego, sol refulgente que todo lo inunda con su luz! ¿A quién sino á él se debe la libertad que gozamos? ¿A quién sino á él debe España el haberse puesto por montera del mundo y el estar por encima de toditas las Naciones?

—Pues Salvador dice que es una cabeza llena de viento,—dijo D.ª Fermina, gozando en mortificar al maestro.

—Bromas, son bromas, Sr. Sarmiento—dijo el jóven con benevolencia.

Monsalud habia encendido una luz y examinaba cartas y papeles.

—Como bromas pueden pasar; pero son de mal género. Esas bromas puede oirlas cualquiera que no sepa discurrir..... Yo no me tengo por ignorante; yo creo haber leido algo; creo poseer alguna ciencia..... digo, me parece á mí.....

—Por de contado.

—Algo sabe uno de lo que ha pasado en el mundo, memorables hechos y preclaras acciones, que es lo que los eruditos llamamos historia. Y si no que lo diga el Sr. D. Salvador.

Monsalud no dijo nada.

—Pues bien—añadió Sarmiento sorbiendo la mitad de lo que contenia la jícara,—yo de-

claro que conozco pocos varones de la antigüedad, (y ahí está Plutarco que lo certifique)..... sí, conozco pocos que se igualen á este atrevido comandante, que desafió al absolutismo, á toda la Europa, señores, á la Santa Alianza, á los Borbones todos, á los serviles todos. Y tan gran fin realizó sin derramamiento de sangre, porque..... vean ustedes la historia; Harmodio y Aritogiton derramaron mucha sangre; las sediciones de los gracos tambien fueron cruentas; Bruto mató á César; Robespierre y Danton, ya sabemos que cortaban cabezas como yo plumas; Cromwell, degolló á Cárlos I, *etcétera*..... Pero nuestro hombre ha dicho *sea la libertad*, y la libertad ha sido. Su espada no ha necesitado herir para vencer. Con su vívido fulgor deslumbráronse los tiranos, y despavoridos huyeron cual asustadas liebres. ¿No es verdad, Sr. D. Salvador? ¿No es verdad esto?

Monsalud tampoco dijo nada, ni hacia caso de la disertacion Sarmentil.

—¡Y á hombre tan insigne, á este campeon que le dijo á España, como el ángel á María, *el Señor, ó la Libertad, es contigo;* á ese apóstol, señores, se le tiene alejado de la Córte, como si fuera una plaga, un pedrisco ú otra calamidad aterradora! Se le desterró primero á Astúrias, se le desterró despues, porque

destierro es, á la capitanía general de Aragon..... ¡Oh! si yo llegase á regir los destinos de esta Nacion, si yo..... pongamos por caso que llegase á ser Ministro..... mi primera disposicion seria para recompensar dignamente á ese héroe inaudito.....

—¿Más todavía?.... —indicó festivamente Monsalud.

—¿Pues qué?—dijo Sarmiento con ciceroniano ademan, poniendo sobre la mesa la jícara vacía, —¿acaso se le han tributado honores correspondientes á sus servicios? Ni aun en la gerarquía militar ha tenido la elevacion á que es acreedor. Él era comandante: le plantaron en mariscal de campo..... Buenó; pues eso, digan lo que quieran, es bien poco, es poquísimo; y aún me parecerian una bicoca los tres entorchados. Usted tenga presente cómo recompensó Inglaterra á lord *Vellintón* despues de la campañita aquella en que derrotó á Bonaparte. Así se premian los grandes servicios; no con estas mezquindades de aquí.

—Tiene razon el Sr. Sarmiento—dijo doña Fermina.—Si por lo de militar merece los tres entorchachos, por lo que tiene de orador y de hombre discreto, se le puede señalar una renta. Vaya, que la escena y los discursos aquellos del teatro fueron cosa buena.

—Extraordinariamente buena, aunque usted, señora mia, lo diga con cierto tonillo rumbon. Lúcas, ¿te acuerdas!.... Nosotros fuimos desde muy temprano á la carcela, porque sabíamos que él iba tambien. ¡Qué tumulto, qué palmadas, qué entusiasmo! Yo me puse tan ronco que en ocho dias no pude dar leccion á los chicos. Aún me parece que veo á nuestro querido general levantarse del asiento con aquella magestad que él solo tiene, y echarnos un discurso que me pareció de perlas, si bien con el mucho alboroto no se oia una palabra desde arriba. Aún me parece que estoy oyendo la pomposa música del himno que entonó el público. Riego, con aquella gracia suma que Dios le ha dado, levantóse y dijo: «la música del himno no es así, sino de esta otra manera.» Y se puso á cantarlo. Sus ayudantes llevaban el compás.

—¡Estaria bonito!....

—Despues uno de los ayudantes cantó el *trágala perro*, y aquí fué Troya. Yo creo que hasta las figuras pintadas en el techo cantaron en aquel instante. ¡Sublime momento, señora!.... Pero los envidiosos no faltan en ninguna parte. Empéñase el jefe político en decir que aquello era un desórden. Quiere hacernos callar; encréspase el público como el Océano agitado por

mediarian con que el Sr. D. Patricio fuese Ministro media docena de dias....!

—No se burle usted—dijo el preceptor algo picado.—Yo no seré Ministro, yo no puedo ser Ministro, porque soy muy honrado, porque no soy intrigante, porque no soy ambicioso. Si tuviera un duro por cada vez que me he negado á aceptar este ó el otro destinillo, seria un Fúcar..... Pero supongamos que fuera Ministro, y sentemos esa atrevida hipótesis.....

—Silencio—dijo de improviso Monsalud.—Están llamando á la puerta.

Atendieron todos. Oyéronse fuertes golpes en la puerta de la casa.

—¿Quién será?—murmuró con temor doña Fermina.—Aquí no viene nadie despues de anochecido.

—Iré á ver—dijo Lúcas, á quien los golpes sorprendieron descabezando un sueño.

Pocos momentos despues entraba Solita, con semblante pálido y consternado, sin aliento, encendidos de llorar los ojos.

—¡Mi padre está enfermo!—exclamó dirigiendo á todos una mirada suplicante.

—Iremos á buscar á un médico—dijo don Patricio con oficiosidad.—¡Lúcas!.... Corre al momento.

—No es preciso médico—dijo Solita, de-

teniendo á los Sarmientos con un ademan.

—Yo entiendo algo de medicina.....

—No necesitamos cosa alguna—añadió la muchacha mirando á D.ª Fermina.—Lo que tiene mi padre es muy singular.

—¿Congestion cerebral, ataque de gota, síncope, jaqueca?....

—Mi padre está enfermo del ánimo—dijo tristemente Soledad.—No quiere médicos ni medicinas; lo que quiere es hablar con el señor Monsalud, y por eso vengo á rogarle que pase ahora mismo á casa.

Asombráronse todos de ver enfermedad que se aliviaba hablando.

—Tambien puede que tenga algo que revelarme á mí,—dijo Sarmiento dando algunos pasos.—Voy allá corriendo.

—No, usted no—replicó la jóven deteniéndole.—Salvador solo. Mi padre desea verle y hablarle ahora mismo, ahora mismo.

Salvador subió sin tardanza al segundo piso.

Malísimo humor tenia Sarmiento cuando se retiró á su casa. No pudiendo refrenar la abrasadora curiosidad que le consumia, detúvose junto á la puerta del misterioso vecino, y aplicó el oido, anhelando percibir algo de la conversacion ó confidencia que dentro se veri-

ficaba; pero ni una sílaba llegó á sus grandes orejas. Resignóse á no saber nada, y al entrar en su casa, dijo á Lúcas:

—Insisto en que es absolutista, hijo; un infame persa que nos ahorcaria á todos si le dejáramos.

IV

Halló Monsalud al Sr. Gil de la Cuadra en un gabinete estrecho, donde tenia cama y mesa de escribir. Estaba el taciturno sentado en un viejo sillon, donde se hundia su flaco y miserable cuerpo, y todo en él revelaba perniciosa mezcla de abatimiento y exaltacion, cual si su espíritu aumentase en actividad y la perdiera á toda prisa el cuerpo, reclamando el final descanso de la sepultura. Sus ojos brillaban, moviéndose en los irritados huecos, y con vaguedad calenturienta y voluble fijábanse en todos los objetos. Movia la cabeza y los brazos sin descanso, asemejándose su inquietud á tentativas de acciones concebidas rápidamente y desechadas antes de la realizacion. Cada segundo determinaba en aquella alma llena de

sozobra un nuevo proyecto, un nuevo plan, un nuevo deseo. Las luchas del insomnio le conmovian, pujilato horrendo que el alma sostiene consigo mismo creyéndose otra, y en el cual hay formidables encuentros y acometimientos, caidas y elevaciones, un espantoso temblor de congojas, contra las cuales no hay voluntad ni razon que prevalezcan.

El personaje que ahora nos ocupa no es desconocido para los lectores de estos libros (1). Apareció brevemente cuando describimos la retirada de los franceses en 1813. Entonces abandonaba el suelo pátrio como adicto al Intruso, á quien habia servido, desempeñando una plaza de oidor en la Chancillería de Valladolid. Estableciόse con su esposa D.ª Pepita Sanahuja en un pueblecillo del Poitou, y poco despues de estar allí, hizo que le llevaran su hija única Soledad, á quien, por no exponerla á los peligros de la retirada, dejó en el pueblo natal confiada á los parientes de su primera esposa. Gil de la Cuadra habia sido casado dos veces, y Solita era hija del primer matrimonio, pues la señora que el lector conoció en los campos de Álava no tuvo prole. La emigracion fué tristísima para el oidor de la Chancillería de

(1) Véase *El Equipaje del Rey José*.

Valladolid, á pesar de la dulce compañía de su adorada hija, porque despues de haber perdido casi toda su fortuna en el gran conflicto de la monarquía extranjera, tuvo el dolor de ver espirar á su segunda mujer en el invierno del año 18.

De regreso á España, cuyas puertas abrió para los infelices renegados la revolucion de 1820, se estableció con su hija en La Bañeza; pero circunstancias funestas que él mismo nos dará á conocer le obligaron á trasladarse á Madrid, donde la casualidad le llevó á la misma casa que habitaba Salvador Monsalud, cuya suerte tan unida estuvo despues de la batalla de Vitoria á la del fugitivo matrimonio. A pesar de la amistad contraida en la fatal jornada del 21 de Junio y de las buenas relaciones que sostuvieron en la emigracion, pues Salvador vivió tambien algunos meses en Poitiers, Gil de la Cuadra se mostraba en Madrid muy poco comunicativo y afectuoso con su vecino. Era su carácter en verdad inclinado á la reserva, á la soledad, á cierta aspereza misantrópica que entibiaba las amistades. Visitábanse sí con frecuencia, y Soledad iba mucho á la casa de D.ª Fermina; pero Gil de la Cuadra en sus entrevistas con el antiguo jurado mostraba el singular recato y la estudiada

sobriedad de palabras que indican empeño de ocultar ocupaciones ó designios. Por esta misma razon causó sorpresa al jóven verse llamado tan á deshora y con tanto anhelo.

Indicándole con una seña que se sentara á su lado, Gil de la Cuadra le habló de este modo:

—Dispénseme usted si me he tomado la libertad de llamarle, para confiarle un asunto grave. Sepa usted que yo soy muy desgraciado, el más desgraciado de los hombres..... Necesito el amparo de un sér generoso, de un buen amigo, de una persona discreta y al mismo tiempo poderosa.

—Yo no puedo ni valgo nada—repuso Salvador;—pero lo que de mis escasas facultades dependa está á disposicion de usted.

—Revelaré todo y decidiremos—dijo Gil de la Cuadra con esforzada voz.—Mi estado nervioso, la furia y exaltacion de mi cerebro son tales esta noche que creo moriré si no tomo una determinacion salvadora..... ¿Quiere usted que le hable con toda franqueza? Pues amigo mio, yo soy muy cobarde.

Despues de esta declaracion, Monsalud creyó que el Sr. Gil iba á poner en su conocimiento cualquier contrariedad insignificante.

—Muy cobarde—añadió el extraño enfermo.

—Verdad es que lo que me pasa es gravísimo.

Si no tuviera una hija á quien adoro, á estas horas, Sr. Monsalud, ya me habria dado muerte. En un momento de exaltacion, casi llegué á olvidarme de mi pobre Solita, y abrí esa ventana para arrojarme á la calle. Vivir así, no es vivir.

—Dígame usted con calma lo que tanto le mortifica y decidiremos.

—Ante todo debo recordarle á usted una deuda que conmigo tiene—indicó el taciturno fijando en su amigo los ojos con expresion patética.—Mi esposa, que en gloria esté, y yo le salvamos á usted la vida en aquellos aciagos dias de Junio de 1813, que no puedo recordar sin espanto.

—Tampoco yo—dijo Monsalud palideciendo.

—Le salvamos á usted la vida—añadió Gil de la Cuadra complaciéndose en esta idea fundamental de su argumentacion.—Despues de ocultar á usted diferentes veces, yo autoricé á mi esposa para que, cediendo todas sus alhajas, que eran gran parte de nuestra fortuna, le rescatara á usted del poder de aquellos malvados guerrilleros que querian sacrificarle.

—¡Es cierto!—murmuró Salvador con voz grave.

—¿Cabe mayor abnegacion tratándose de un desconocido?

—No, no cabe más. Cien vidas de agradecimiento no bastarian para pagar esa que usted llama deuda y que yo con toda mi alma reconozco.

—¿De modo que usted, amigo mio, estaba dispuesto á hacer por mí, si me veia en un conflicto supremo, lo que mi esposa y yo hemos hecho por usted cuando peligraba su vida?

—Dispuesto con toda mi alma—replicó el jóven lleno de piedad y afecto—Mande usted lo que debo hacer. Cuanto tengo, cuanto valgo, mi vida y mi nombre están á disposicion de usted. No es un sacrificio, es un deber, y si no recuerdo mal, no ha sido preciso que llegaran ocasiones supremas para hacer este ofrecimiento, porque desde nuestra primera entrevista en Madrid me declaré deudor eterno de usted.

—Es verdad, gracias, gracias—dijo el enfermo, estrechando con sus flacas y amarillas manos las de Monsalud.—Mucha atencion á lo que voy á referir. Creo haber indicado á usted cuando estábamos en Francia, que mis ideas han sido siempre favorables á los derechos absolutos de la Corona y á la monarquía pura tal como durante siglos la disfrutaron las más gloriosas Naciones de la tierra. La ambicion de mi segunda esposa, y debilidades mias que de-

ploro amargamente, me indujeron á reconocer y servir al intruso Bonaparte. No necesito recordar la ignominiosa caida del partido afrancesado. Yo, que no pertenecí á él de corazon, sino por las sugestiones de mi mujer, tengo más derecho que los demás á quejarme de mi detestable suerte. Volví del destierro sin que mis ideas sufriesen mudanza alguna, y es singularísimo y á la par muy triste que los absolutistas del 14, con quienes mi corazon simpatizaba, me cerraran las puertas de la pátria, y que me las abriesen los liberales, á quienes tengo la desgracia de aborrecer. Esta contradiccion real y molesta entre mi modo de pensar y mi gratitud, obligóme el año pasado á huir prudentemente de las cosas políticas.

Retiréme á mi pueblo natal, La Bañeza. Como allí conocian todos mis ideas, un dia los liberales me acometieron con palos ordenándome que diese vivas á la Constitucion; negué me á tal vilipendio, y aquella deuda que para con ellos contrajeron mis honrados lábios, pagáronla mis costillas con buenos cardenales. A pesar de esto tuve paciencia, señor y amigo mio, y seguia pacíficamente en mi casa, pidiéndole á Dios que ponga fin á esta insoportable tiranía del populacho, mas sin buscar venganza, y resistiéndome á tomar parte en los trabajos

que algunos realistas traian entre manos para levantar partidas. En estas andadas, organizóse en La Bañeza la llamada Milicia Nacional, que yo llamaria Infernal hablando propiamente, y para dar pruebas de su existencia y hacer el estreno de su bárbaro poder, emprendiendo con brillo el camino de la gloria, creyó que lo mejor era adjudicarme una nueva paliza, como lo hizo el 3 de Setiembre del año pasado, pretextando que yo conspiraba.

—Ya van dos, Sr. Gil. En verdad que admiro la resignacion y sufrimiento de usted.

—Mes y medio de cama me costó la hazaña de los milicianos de mi pueblo. ¿Creerá usted que ni tales razones pudieron persuadirme á que dejara mi pacífico y santo retiro? Aguanté, y callé y esperé. Mi actitud digna y cristiana debió ponerme á cubierto de nuevos ataques, ¿no es verdad?

—Seguramente.

—Pues no fué así. Precisamente por la razon de que yo sufria y callaba, debieron calmarse en ellos la feroz intolerancia y salvagismo; pero no fué así, sino que mi humildad les hacia más bravos cada vez; y alegando conspiraciones que sólo en su obtusa mente existian, me atacaron de nuevo.....

—¿Otra vez?

—Sí señor, y se lo digo á usted francamente. A la tercera paliza ya no pude aguantar más, y lo que no habia hecho hasta entonces, lo hice desde aquel dia.

—¿Conspirar?

—Justamente. Ellos se empeñaron en que conspirara, y conspiré. Aquí tiene usted la sabiduría de los liberales. Con su imbécil sistema de apalear á los que no piensan como ellos van poco á poco convirtiendo en enemigos á todos los españoles. Yo que habia hecho propósito firme de no mezclarme en la política activa, ni contribuir al levantamiento de partidas, ni conspirar, salí de mi casa decidido á todo, á todo absolutamente; vine á Madrid, y mi mala suerte deparóme aquí el encuentro con un amigo de mi juventud, D. Matías Vinuesa, cura que fué de Tamajon, y á quien Su Magestad en premio de los méritos que contrajo durante la guerra, hizo capellan de honor y arcediano de Tarazona.

—Ya sé á dónde vá usted á parar,—dijo Monsalud con benevolencia.—Vinuesa le indujo á usted á intervenir en esa descabellada conspiracion que le ha llevado á la cárcel y que probablemente le llevará tambien al patíbulo.

Al oir esto, el enfermo palideció y sus lá-

bios pronunciaron algunas palabras á guisa de oracion.

—Puesto que todo se lo he de confesar á usted—añadió exhalando un suspiro,—diré que, en efecto, he sido confidente y amigo de don Matías Vinuesa. Obra de muchos es el célebre plan, cuyo descubrimiento ha ocasionado la prision de ese bendito, y que, con perdon de usted, no es descabellado ni mucho ménos, y nos habria conducido al glorioso objeto que anhelamos los buenos españoles, si la imprudencia, el soborno ó la traicion no lo hubieran descubierto. Presumo yo que alrededor del Trono, donde tanto se trabaja por derrocar al Gobierno y á los liberales, existen la venalidad y la corrupcion más que en otra parte alguna, y que de los mismos que nos han incitado á conspirar, partió la infame denuncia, fundada en móviles que no comprendo. Ya estoy desengañado de la mala fé de todos, aburrido al ver que son tan pícaros unos como otros, y convencido de que no es posible tomar parte activa en la cosa pública sin meterse en fango hasta el cuello.

—Es lamentable que no lo conociera usted antes de pringarse en la desdichada conjuracion palaciega de Vinuesa, que es, segun he oido, una de las mayores aberraciones que puede concebir la imaginacion.

—Siento que usted califique tan duramente un plan que no conoce,—repuso Gil de la Cuadra en el tono del amor propio herido.—Y como no puede conocerlo si yo no se lo revelo, voy á hacerlo, porque despues de la prision de mi amigo, no hay en ello inconveniente. La primera condicion de nuestro plan era el secreto. Solo debian tener noticia de él Su Magestad, el infante D. Cárlos, el duque del Infantado y el marqués de Castelar, como los únicos encargados de ponerlo en ejecucion. Llegado el momento del golpe, Su Magestad debia llamar á los Ministros, al Capitan general y al Consejo de Estado, y una vez que los tuviera á todos bien agazapados en la real cámara, debia entrar una partida de guardias de Corps, mandada por el serenísimo señor Infante, y prenderlos á todos, luego que el Rey saliese de la estancia. Vea usted qué ardid tan sencillo y al mismo tiempo tan fácil.

—Sí, todo es fácil y sencillo en las cabezas de los conspiradores. Prosiga usted.

—Inmediatamente despues el mismo señor infante D. Cárlos debia pasar al cuartel de guardias y mandar arrestar á todos los individuos poco afectos á Su Magestad y á nuestras ideas.

—¿Tambien eso es fácil y sencillo?

—Déjeme usted seguir. Al mismo tiempo el señor duque del Infantado..... bien le conoce usted, ¡qué imponente figura, qué aire marcial! solo con presentarse inclina los ánimos á la obediencia..... pues digo que el señor Duque debia marchar en el mismo momento á Leganés á ponerse al frente del batallon de guardias que hay allí.

—Suponga usted que los guardias de Leganés le recibieran á tiros, que tambien puede ser.....

—No es probable que á tan grande prócer y cumplido caballero le faltaran de ese modo..... Pero aún resta algo..... Excuso decirle á usted que todo debia hacerse en el mismo momento.

—Es natural, y en el mismo momento tambien debia hundirse todo. Adelante.

—Se sobreentiende que lo referido habia de acontecer por la noche—continuó el anciano.—Dado el primer golpe, veamos ahora su desarrollo. A las doce en punto, ni minuto más ni minuto ménos, debia ponerse en camino para Madrid el batallon de Leganés, entrando en esta córte á las dos. A las tres en punto, el regimiento del Príncipe, con cuyo coronel se contaba, debia ocupar todas las puertas de la villa, y á las cinco y media, ni minuto

más ni minuto ménos, debian las tropas y el pueblo empezar á dar *vivas* á la Religion, al Rey, á la pátria, y *mueras* á la Constitucion y á los ministros..... Luego el plan contenia una multitud de determinaciones, consecuencia natural del triunfo. Debian ordenarse varias cosas, v. gr.: que se celebrase un Concilio nacional..... que los cabildos se encargaran otra vez de la administracion del *Noveno*..... que hubiese tres dias de rogativas..... que se rebajase la tercera parte de la contribucion..... que los gastos de iluminaciones y festejos fueran muy moderados..... que los milicianos sirvieran en el ejército ocho años ó pagaran veinte mil reales de redencion..... que se trasladara al obispo de Mallorca..... que se imprimieran por cuenta del Estado las Cartas del padre Rancio..... que el obispo auxiliar, portador en triunfo del libro de la Constitucion el año 20, lo llevase tambien ahora y con su propia mano se lo diese al verdugo para quemarlo..... en fin, ya ve usted que no faltaba nada.....

—Nada faltaba, á no ser sentido comun. ¿Son tambien obra de usted los papeles *El Grito de un Español* y *La Papeleta de Leon*?

—En esta misma mesa he escrito parte de ellos—repuso el enfermo con disgusto.—Pero no disputemos ahora sobre la ruindad ó exce-

lencia del plan. Yo sigo creyendo, que sin los infames sobornos y traiciones que han mediado, nuestra obra nos habria proporcionado un verdadero triunfo. No es posible formar juicio de lo que no ha podido pasar del pensamiento á la irrecusable prueba de los hechos. Lo real, lo positivo, lo que vemos y tocamos, amigo mio, es que yo me encuentro comprometido, expuesto á perder, no solo la libertad sino la vida, si no hallo un hombre discreto, astuto, hábil y poderoso que me ampare en trance tan aflictivo.

—Pero la Córte, esa Córte que es la que alienta, paga y sostiene las conspiraciones realistas, no le abandonará á usted.....

—¡Ah! Sr. Monsalud de mis pecados—exclamó Gil de la Cuadra con amarga tristeza,—la Córte ó no puede nada, ó teme comprometerse dándome el amparo que de ella he solicitado. Preso D. Matías, sin que ni Rey ni Roque lo hayan podido evitar, hecha pública la conjuracion, no hay ningun prócer ni potentado de palacio que no proteste de su adhesion al liberalismo. ¡Pecador de mí! ¡mil veces pecador! La circunstancia de haber sido afrancesado me hace sospechoso á los absolutistas. Esa es mi fatalidad; esa mi estrella negra; esa es la funesta herencia que me dejó mi esposa. ¡Si viera usted cuántas puertas se han cerrado

hoy ante mí! Es particular: de la noche á la mañana ya nadie me conoce. Soy un extraño, un importuno; creen sin duda que les voy á pedir un socorro pecuniario y me reciben de malísimo talante. La única muestra de benevolencia que he recibido es muy triste, señor Monsalud. Diómela un caballero de la Córte, avisándome hoy el peligro que corro, porque halladas varias cartas y notas mias entre los papeles de Vinuesa, no han de tardar en venir por mí para embaularme en la cárcel, donde, si Dios no lo remedia, nos pudriremos el cura y yo, á no ser que nos cuelguen en la plazuela de la Cebada. ¿No es verdad, Sr. Monsalud, que debí preferir el tratamiento de los milicianos de La Bañeza?

—¿Usted espera que le prendan? ¿Lo sabe usted?

—Lo sé.

—Pues en tal caso—dijo Salvador con asombro,—¿por qué no huye usted? ¿por qué no se oculta al ménos?

—Precisamente de eso queria hablar á usted,—manifestó Gil de la Cuadra, cayendo de nuevo en el lúgubre abatimiento en que Salvador le encontrara.—¡Huir!.... creo que no habrá otro remedio.

—Es el más seguro por ahora.

—Mis achaques físicos y el estado de mi espíritu me hacen de tal modo cobarde, que no acertaré á dar un paso..... ¡Si parece que me convierto en un niño!.... ¡si se me oprime el corazon!.... Luego doy en pensar en la desdichada suerte y soledad de mi pobre hija..... ¿qué será de ella si muero? De tal manera se perturba mi alma y se enflaquece mi razon pensando en esto, que no puedo discurrir los medios de mi fuga ó escondite. Piense usted por mí, pues no con otro objeto he solicitado su amparo; dígame usted lo que debo hacer..... Dígame usted un plan.

—No solo indicaré lo conveniente, sino que haré cuanto pueda para que usted quede en salvo esta misma noche. Es preciso tomar una resolucion pronta. Ánimo, Sr. Gil, no acobardarse, y triunfaremos.

—¡Oh! gracias, gracias mil—exclamó el enfermo estrechando las manos de Salvador.

El infeliz conspirador lloraba.

—No debemos perder tiempo..... Saldremos juntos para que vaya usted más tranquilo,—dijo Monsalud, restaurando más á cada palabra la energía moral y física de su vecino.—No carecerá usted de nada.

—¡De nada!.... ¡qué bendicion de Dios! Usted me devuelve la vida..... Yo que empezaba

á carecer de todo, hasta de lo más preciso....!

—El conflicto de usted, amigo D. Urbano, es poca cosa. Creo que nadie nos estorbará la fuga. Yo le llevaré á usted á un paraje seguro, donde vivirá tranquilo y oculto hasta que podamos conseguir un sobreseimiento, una absolucion..... allá veremos.

—¡Benditas mil veces sean esa boca y esas manos!—dijo Gil de la Cuadra con emocion profunda.—Usted me salva; yo me arrojo en esos brazos como en una playa hospitalaria despues de ser juguete de las olas..... ¿Conque usted, despues que me ponga en lugar seguro, conseguirá un sobreseimiento, una absolucion?.... ¡Cuánto lo agradeceremos mi hija y yo!.... Sola, Solita, ¿dónde estás?.... Ven, corre á abrazar á este caballero.

—Vale más que nos dediquemos sin perder un instante á preparar todo lo que sea necesario..... ¿Qué hora es?

—Las once—dijo el anciano levantándose con dificultad.—Me siento mejor; me siento más ligero; se me ha despejado la cabeza; muevo las piernas con flexibilidad; en fin, soy otro..... ¿Conque á disponer....?

—Sí, á disponerlo todo. Arregle usted lo que ha de llevar de su casa. Yo me encargo de todo lo demás.

Oh! idolatrada hija mia, ya tienes padre
rez; viviremos tú y yo.....—exclamó Gil
Cuadra con viva excitacion de espíritu.—
ıe usted vá á hacer por mí, Sr. Monsa-
supera á cuanto hicimos por usted en
horrendo dia. Si consigue ponerme en
esta noche, me parecerá que resucito, y
ırroroso aspecto de la cárcel dejará de
ıentar mi imaginacion..... Conque apre-
ıonos. Soledad, hija mia, ven..... Una
ue esté libre de las garras de esos infa-
fácil le será á usted sacarme del atollade-
la causa. Las sociedades secretas á que
pertenece lo hacen y deshacen todo.
ás, el señor duque del Parque, de quien
ed secretario, administrador ó no sé qué,
por uno de los hombres de más valimien-
e existen en España.
Antes de media noche estaremos fuera de
id—dijo Monsalud despues de hacer sus
los.—No conviene perder tiempo.
Ese ánimo y decision me regeneran—dijo
ra dando algunos pasos vacilantes por la
acion.—Déjeme usted que antes de ocu-
e en los preparativos de la fuga, le dé á
un abrazo, un estrecho abrazo de ami-
.. así..... Ahora veamos lo que se lle-
.. ¡Soledad, Solita!

La muchacha apareció de repente, pálida, desconcertada. Su semblante expresaba el terror más vivo, y sus lábios descoloridos no acertaban á pronunciar palabra alguna. El padre participó al punto por simpatía natural del pavor de su hija; miró á Monsalud; éste formuló con ansiedad una pregunta.

No pudo dar contestacion la atribulada niña. Oyéronse terribles golpes que resonaban en la puerta de la casa, haciendo retemblar á esta de los cimientos al tejado..... Oyéronse al mismo tiempo pasos de mucha gente, palabras, un rumor soez que llenó de espanto el alma de los tres personajes.

—¡Ahí están!—murmuró con voz tétrica Gil de la Cuadra.

—¡Ahí están!—repitió Monsalud, golpeando el suelo con tanta fuerza que la casa redobló su temblor convulsivo y profundo, como contestando á las llamadas de los polizontes.

V

El amigo de Vinuesa cayendo en el sillon, se oprimió con ambas manos la desnuda calva.

—Se me ha partido el alma.....—exclamó

sordamente.—Parece que me han arrancado la última raíz de la vida..... ¡yo me muero!.... ¡Pobre hija mia!....

Solita corrió hácia él. Padre é hija se unieron en estrecho abrazo.

—Ya no hay remedio—dijo el primero con amargura.

Los golpes se repetian con más fuerza. Salvador, agitado por violenta cólera y despecho, se golpeaba la frente con el puño. En algunos momentos se sentia impulsado á acometer una resolucion desesperada; pero tenia demasiado buen sentido para no refrenarse al punto.

—No hay remedio,—dijo Gil de la Cuadra con acento solemne.—Hija mia, oye lo que voy á decirte. ¿Ves este hombre?....

Solita fijó en Monsalud sus ojos llenos de lágrimas.

—Salve usted á mi padre—gritó.—Discurra usted algun medio para ocultarle, para sacarle de la casa sin que esos hombres le vean.

El tétrico silencio del jóven indicó claramente que no podia discurrir medio alguno que no fuese una locura.

—No puede ser, no puede ser—dijo el anciano.—¿Ves este hombre? es el único que puede hacer algo por mí, por nosotros. Mientras vivamos separados, recuérdale un dia y otro

que tu padre está en la cárcel. Se me figura..... se me figura que será un buen hermano para tí.

Los golpes redoblaron. Parecia que cien puños de hierro martillaban la puerta, y la campanilla sin cesar movida, cayó de su sitio.

—Es preciso abrir al instante—manifestó con vivísima agitacion Cuadra.—Una palabra más, amigo mio, hija de mi alma. Mientras viene de Astúrias tu primo Anatolio, que ha de ser, amen de tu marido, tu único amparo despues que yo falte, te dejo encomendada á este buen amigo. Él será tu padre y tu hermano. Señor Monsalud, si acepta usted el encargo, me voy más tranquilo á la cárcel, y de allí.....

—Acepto—dijo con grave acento el jóven.

—Solita será mi hermana. Además juro por todos los santos y por Dios, que es mi padre, que le he de sacar á usted de la cárcel á donde vá esta noche.

Los tres se abrazaron sin añadir una palabra más. En el mismo instante, despedazada la puerta de la casa, entró en la estancia un hombre brutal y grosero, uno de estos que no creen representar bien á la autoridad si no la hacen antipática y aborrecible.

—¿Quién es aquí el bribon de Gil de la Cuadra?—dijo mirando alternativamente al jóven y al anciano..... ¡Ah! conozco al mozo, que es

Monsalud..... supongo que Cuadra será el vejete..... Véngase usted conmigo á la cárcel de Villa..... no, á la de la Corona, porque en aquella no cabe más gente.

—El señor es Gil de la Cuadra—dijo Salvador.—Por el bribon no preguntes, que aquí no hay otro que tú.

Dos, tres, cuatro individuos no ménos simpáticos que su lindo jefe, penetraron en la estancia.

—¿Y á esta tortolilla, la llevamos tambien? —preguntó uno, atreviéndose á poner la mano en el hombro de la jóven.

—Para preguntar una estupidez—repuso Monsalud rechazándole violentamente, no se necesita dar coces.

—Juan Violin, no seas bruto—gruñó el jefe. —Deja á esa señorita y alcánzame las esposas.

Gil de la Cuadra al ver que le iban á atar las manos huyó despavorido á la pieza inmediata. Siguiéronle todos. Rogóle Salvador que se sosegase, no haciendo resistencia á sus bárbaros aprehensores, y cedió al fin el anciano y ofreció sus manos á las argollas de hierro. Abrazóle estrechamente Solita, diciendo con lastimeros ayes y lamentos que no se separaria de él, y fué necesario separarla. En la sala, Gil de la Cuadra, agobiado por la amar-

ga pena, exánime y aturdido, cayó al suel
Los polizontes tiraron de él como se tira de u
perro que se detiene á hociquear en el suel
Ayudóle Salvador á levantarse y salieron de
casa.

Cuando bajaban la escalera, D. Patricio
su hijo salieron á ver la tristísima comitiva,
La Monsalud quiso que Soledad entrase desc
luego en su casa. Detuviéronla todos, procu
rando consolarla, pero ella insistió en bajar,
luchando con todas sus fuerzas, que no era
muchas, procuraba desasirse de los brazos d
Sarmiento y D.ª Fermina.

—Le soltarán pronto..... no llore uste
niña—le decia el preceptor.—Este Gobiern
es como Dios lo ha hecho..... no persigue mé
que á los liberales..... ¿Conque el Sr. Gil d
la Cuadra era la mano derecha de D. Matía
Vinuesa?....

Soledad bajó rápidamente y tras ella Sa
miento. En la calle arrojóse otra vez la much
cha en brazos de su padre manifestando inqu
brantable resolucion de seguirle, pero las fue
tes manos de los corchetes la separaron. Gil d
la Cuadra, negándose á dar un paso en comp
ñía de la soez cuadrilla, dejóse caer en el su
lo, y otra vez el egregio polizonte tiró d
la soga.

—Tengo sed—dijo el anciano, respirando con ánsia.

Delante de él estaba D. Patricio, con las manos á la espalda, fijando en el reo una mirada maliciosa y nada compasiva.

—Tengo sed—repitió Gil de la Cuadra.

—Sr. Sarmiento,—dijo Monsalud vivamente,—en la escuela de usted hay una alcarraza con agua.....

—Mire usted qué demonches de casualidad,—repuso Sarmiento sin moverse del sitio en que estaba contemplando al anciano;—se me ha olvidado dónde puse esta tarde la dicha alcarraza.

—Subiré yo—dijo Soledad procurando sobreponerse á su pena.

—Subiré yo—dijo Monsalud tomándole la delantera con rapidez suma.—Aguarde usted abajo y procure calmar al pobre viejo.

Pocos instantes despues, Salvador daba de beber á su amigo.

—La noche está fria—manifestó imperturbable y sin dejar su sonrisa picaresca el gran Sarmiento,—y cuando la noche está fria..... y el tiempo fresco..... pues..... no se tiene sed.

Los polizontes tiraron de la soga, acompañando su movimiento de ese chasquido de

lengua que tan bien entienden los animales.

—Ánimo, amigo mio—le dijo Monsalud.—No olvide usted mi promesa.

Pareció que el infeliz colega de Vinuesa recibia ánimo y vida al oir estas palabras.

—¡Pobre hija mia!—exclamó bebiéndose las lágrimas que copiosamente corrian por sus mejillas.

—Solita es mi hermana—dijo Salvador abrazándola.—Vamos: esto debe acabarse. Se reune gente.

Cuadra se levantó con dificultad. En su espíritu habia seguramente poderoso anhelo de colocarse á la altura de su situacion, sofocando la ruin pusilanimidad que le abatia.

—¡Mi hija!.... ¡mi pobre hija!—gritó clavando los tristes ojos en el semblante de su jóven vecino.

Con aquella mirada su afligido corazon de padre dijo cuanto las circunstancias exigian que dijera.

Solita perdió el conocimiento. Sarmiento, que estaba á dos pasos de ella, la sostuvo en sus brazos.

—¿En dónde pongo esto?—murmuró festivamente.

—Subiré á Soledad á mi casa—dijo Salvador tomando en brazos á la jóven, como si fuese

niño,—y despues, Sr. Gil, le acompañaré sted á la prision.
Como lo dijo lo hizo, y poco despues de lia noche todo estaba terminado.

VI

El templo no se habia *descubierto* todavia. era aún la hora de la *tenida*, y los *Hijos de Viuda*, descansando de las fatigas políticas sus casas ó en los cafés, esperaban que la *astral* de la noche marcase la hora propia a los trabajos del *Arte-Real*. Los *Maestros blimes Perfectos*, los *Valientes Príncipes Líbano* ó *de Jerusalem*, los Caballeros *Kaoch*, los que antaño se llamaban *Gerográcias*, los *Hierorices*, los *Epivames*, los *Daques*, los *Rosa-Cruz* de ogaño, los hermatodos, desde el *Terrible* hasta el *Sirviente*, aprendices, compañeros y maestros, desde de mallete hasta los de cuchara, estaban pados en el *agape* doméstico, ó bien conrsando con sus *mopses*, jugando con sus *lotones*, ó matando el tiempo en las reuniones ofanas, lejos de la *verdadera luz*. Las *estre-*

llas no se habian encendido todavia, ni el *mir to eleusiaco* exhalaba su aroma. Imperaba l rosa, emblema del silencio, y la imponent exclamacion *Oseé* no habia resonado aún baj las *bóvedas orientales*. En una palabra (y ha blando con claridad para inteligencia de lo ignorantes) la sesion de la lógia no habia em pezado todavia.

En la *Caverna del Mithra,* ó sea el Uni verso, hay un punto que se llama *Mantua,* Madrid, en cuyo punto es evidente la existen cia de una calle llamada de las Tres Cruces En esa calle, cualquier curioso, aunque n tenga sus ojos abiertos á la *verdadera luz,* po drá ver una tienda de sastre; y si penetra e ella para que el supremo arquitecto de las le vitas le tome medida de una; si durante est fastidiosa operacion alza los ojos á la *bóved del firmamento,* vulgo cielo raso, verá sin duda que por aquellos descoloridos y descas carados yesos se pasean soles, lunas, rayo que fueron de oro, cordones, triángulos, estre llas pitagóricas y otros signos. Al ver esto sentirá en su alma profundísima emocion d respeto, y dirá: «aquí estuvo el gran templ masónico en los tres *llamados* años del 2 al 23.»

Siguiendo nuestra relacion, (y dejando qu

sen algunos dias despues de las escenas últmamente referidas, lo cual nos lleva á los últmos de Febrero de 1821) nos dirigimos á. Es temprano: es la hora en que hierven s clubs, la hora en que *Lorencini*, *La Cruz* *Malta* y *La Fontana*, son otras tantas ollas nde burbujean con rumoroso y mareante mbido las pasiones políticas, entre el chisrroteo de las envidias y el resoplido de las nbiciones. Todavia es temprano porque los abajos masónicos *se abren* (este tecnicismo liga frecuentemente á no hablar en castella-) á hora más avanzada.

El edificio de la calle de las Tres Cruces tá aún á oscuras. Reconocemos el *vestíbulo*, sala de *Pasos perdidos*, donde están los *cuadros lógicos*, y no hallamos persona viva. yense tan solo los pasos de un *hermano sirviente* que vá y viene, poniendo en su sitio las mparas de aceite que bien pronto se han de mar *estrellas polares, astros* ó *nebulosas*. Por timo, vemos que entra un hombre con ademan resuelto, como persona muy hecha á semejantes lugares; y observando que adelanta recelo alguno, nos apresuramos á seguirle, móndole por guía en el laberinto de galerías salas. El desconocido se acerca al *sirviente*, despues de saludarle con signos que no nos

es posible determinar, pronunciando una es pecie de santo y seña, le hace esta pregunta

—¿Está el Sr. Canencia?

—En la *Cámara de Meditaciones* le hallar usted, Sr. Monsalud?

Le seguimos denodadamente, aunque e nombre de *Cámara de Meditaciones* nos d cierta comezoncilla de miedo, por haber oid que es un recinto pavoroso que hace enflaque cer el ánimo más esforzado. A pesar de esto penetramos detrás del gallardo jóven, y desd el mismo instante experimentamos temblore y escalofrios al ver una habitacion toda colga da de negro, no puede decirse que alumbrada sino entristecida por macilenta luz. Damo diente con diente y el cabello se nos eriz al observar que en diversas partes de la tris te estancia, cuelgan, cual objetos en tester de tienda, cantidad de huesos y calaveras y que medio esqueleto se apoya contra la pa red mirando con desconsuelo al otro medio, sea los fémures y tibias que fueron de su per tenencia y ora yacen en el suelo.

En la sepulcral pieza hay una mesa, y jun to á esta mesa se ocupa en *burilar una plan cha,* ó sea en extender un acta, (hablando á l cristiano), un viejo de cabellos blancos. N atendemos á las demostraciones amistosas qu

hace á nuestro introductor, ni á las palabras de éste: por ahora, atentos sólo al conocimiento del local, fijamos los atónitos ojos en algunos letreros que entre hueco y hueco adornan las negras paredes, y leemos: «*Si vienes impulsado por una mera curiosidad ó por otro móvil aún peor, retírate, no trates de descubrirla, porque penetraremos tus intenciones.*» Volvemos la cabeza y nos sale al encuentro este otro parrafillo: «*Si tu conciencia está tranquila, ¿por qué sientes disgusto ante estos despojos que te recuerdan el fin de tu vida?*» Otro letrero dice: «*¿Siente tu alma temor? Pues retírate, porque solo un espíritu fuerte puede soportar las pruebas á que has de ser sometido.*» «*¿Te hallas dispuesto á sacrificar tu vida en aras del progreso humano?*»

Poco á poco nos vamos familiarizando con el fúnebre y medroso espectáculo, y echamos de ver que la Cámara, lo mismo que su extraño mueblaje, tienen cierto sello de arrinconados cachivaches de teatro, dicho sea con perdon de las humanas calaveras. El polvo que los cubre, el desórden y abandono con que están colocados los huesos y las inscripciones, indican que todo aquello está en lamentable desuso. Era la *Cámara de las Meditaciones* un recinto donde encerraban al catecúmeno para que preparara

su ánimo antes de ser recibido como aprendiz por la congregacion masónica. Lo primero que tenia que hacer el pobre profano una vez que lo metian bonitamente allí, era otorgar su testamento y contestar por escrito á varias preguntas, con objeto de mostrar su manera de discurrir y los granos de sal que tenia en la mollera. Formuladas las respuestas, un hermano entraba con el rostro cubierto en la Cámara, y recogiendo aquellas, las entregaba al Venerable, que ya estaba presidiendo la sesion ó *tenida*. Leíanse las pruebas del talento del neófito, y si no resultaba alguna barbaridad estupenda, concedíanle el goce de la verdadera luz. Aquí empezaba una série de ceremonias de que la gente de todos tiempos se ha reido mucho; pero dicen los masones que hasta sus más insignificantes gestos y signos tienen un sentido no ménos profundo que los ritos de las religiones india, judáica y cristiana. Digan lo que quieran, las ceremonias de estas religiones, aun consideradas tan solo bajo el punto de vista artístico, tienen un sello especial de grandeza é idealidad; las masónicas, que solo vagamente responden á una idea filosófica, parecen por lo general un juego de chiquillos, dicho sea con perdon de los *Valerosos* y *Soberanos Príncipes*.

Cuando se acordaba que el profano tenia

nte entendimiento para ser mason, (y no
a de ser grandes las exigencias del tribu-
rendábanle á mi hombre los ojos para con-
eá la lógia, que estaba comunmente á dos
de la *Cámara de Meditaciones*. Daba él
pecito en la puerta, y un mason, á cuyo
corrian las funciones de *primer celador*,
con la voz más campanuda posible: «Ve-
e, llaman profanamente á la puerta del
).»

Venerable, aunque sabia muy bien quién
a y por qué llamaba, se hacia el sor-
do, diciendo con acento solemne: «Ved
es.»

ervenia entonces otro funcionario que
aba el *guarda interino*. Este salia en
nacion del profano forastero que á des-
rbaba la tranquilidad augusta de la ló-
entonces el hermano que acompañaba al
, decia: «Es un profano que desea ser
o en nuestros secretos.»

r fin, despues que habian mareado bas-
l pobre lego, le dejaban entrar, no sin
era antes su nombre, edad, naturaleza,
, religion, profesion y domicilio. El her-
ue le presentaba ponia fin á su alta mi-
n estas palabras: «Ahí os le entrego; ya
ondo de él.»

Seria molesto y ocioso referir la série de preguntas que el Venerable, desde la celeste luminosa altura del Oriente, dirigia al neófito. Despues de las preguntas empezaban las pruebas, á fin de ver, segun dice el código masónico, *hasta qué punto la tortura física influye en la lucidez de las ideas del neófito, y conocer su energía, su carácter,* etc.» Aquí venian las figuradas copas de sangre; los homicidios de mentirigillas; los testarazos que no pasaban de broma; los *cálices de amargura,* cuyo licor ha sido siempre muy conocido en la Fuente del Berro; las abluciones en un pilon denominado *Mar de bronce,* y otros sainetes, algunos de los cuales recibian el nombre de *viajes,* y lo eran en efecto, por los imaginarios países de Bábia. Al *recien nacido* le asistia en tales actos un indivíduo á quien llamaban el *hermano terrible,* siendo comun que desempeñara tal comision y llevase el atroz mote, algun bonachon tendero de la plaza Mayor ó manso escribientillo de cualquier oficina.

En seguida juraba el recipiendiario, prometiendo realizar cosas muy buenas, para las cuales no es preciso seguramente hacer el payaso, pues multitud de personas socorren á sus hermanos en la *Caverna del Mithra,* vulgo Mundo, sin necesidad de que se lo mande un *Vene-*

ble, ni de que les mareen con preguntas vanas, spues de bailar el minuetto entre un *Caballe-Kadossch* y un *Príncipe del Líbano*. El ju-mento no era la última ceremonia, pues nin-n profano podia dejar de serlo, hasta que no obaban de lo lindo. Al golpe de los *mulletes*, ea martillos de palo, caia la venda de los s del neófito y se encontraba rodeado de mas y espadas.

¡Tremendo, crítico instante para aquel que yera iba á ser mechado y asado culiniaria-nte!.... pero las llamas eran pintadas y las adas de hoja de lata. El *Venerable*, compade-lo entonces sin duda de la situacion de aquel bre hermano metido dentro de una hoguera ntre punzantes aceros, procuraba tranquili-le, diciéndole que las llamas y espadas no n otra cosa que una imágen del remordi-ento que *desgarraria el alma del recien na-lo* si llegaba á vender los secretos de la So-dad. Con esto quedaban terminadas las fór-las, y respiraba con libertad el iniciado ndo concluidas las pesadeces del rito. Pero o mejor tomaba la palabra el *Venerable*, que por lo comun un hombre, si nó digno de ve-acion, muy convencido de la importancia de ellas comedias, y le espetaba un discursazo, nado entre ellos *pieza de arquitectura*, en-

careciendo la sublimidad de la Masonería, y re velándole algo de lo concerniente al grado pri mero ó de aprendiz. Este dejaba de llamars Juan ó Pedro y tomaba con singular modesti el nombre de Caton, Horacio Cocles, Leibnitz ú otro cualquier personaje célebre.

No puede formarse juicio exacto de la Ma sonería por lo que esta institucion ha sido en España. Los masones de todos los países decla ran que la Sociedad del compás y la escuadr existe tan solo para fines filantrópicos, inde pendientes en absoluto de toda intencion y propaganda políticas. En España, por más qu digan los sectarios de esta Orden, cuyos miste rios han pasado al dominio de las gacetillas, lo masones han sido en las épocas de su mayo auge, propagandistas y compadres políticos. Tampoco puede formarse juicio de la Masone ría española de antaño por los restos de ell que existen hoy, y que, al decir de los devo tos, se reducen á unas juntillas diseminadas irregulares, sin órden, sin ley, sin unidad, aunque cumplen medianamente su objeto d dar de comer á tres ó cuatro hierofantes. Est antigualla oscura que algunos sostienen com una confabulacion caritativa, para fines positi vos ó menudencias individuales y para prote gerse en uno y otro continente (por lo cual so

masones casi todos los marinos que hacen la carrera de América), no tiene nada de comun con la asociacion de 1820.

Era esta una poderosa cuadrilla política, que iba derecha á su objeto, una hermandad utilitaria que miraba los destinos como una especie de religion (hecho que parcialmente subsiste en la desmayada y moribunda Masonería moderna), y no se ocupaba más que de política á la menuda, de levantar y hundir adeptos, de impulsar la desgobernacion del Reino; era un centro colosal de intrigas, pues allí se urdian de todas clases y dimensiones; una máquina potente que movia tres cosas, Gobierno, Córtes y clubs, y á su vez dejábase mover á menudo por las influencias de Palacio; un noviciado de la vida pública, ó más bien ensayo de ella, pues por las lógias se entraba á *La Fontana* y *La Cruz de Malta*, y de aprendices se hacian los diputados, así como de *Venerables* los ministros. Era, en fin, la corrupcion de la Masonería extranjera, que al entrar en España habia de parecerse necesariamente á los españoles.

Durante la época de persecucion, es notorio que conservó cierta pureza á estilo de catacumbas; pero el triunfo desató tempestades de ambicion y codicia en el seno de la hermandad, donde al lado de hombres inocentes y

honrados habia tanto pobre aprendiz hol
que deseaba medrar y redondearse. Ap
formidable el compadrazgo, y despues la
nía, el cohecho, la desenfrenada concup
cia de lucro y poder, asemejándose á la
ciaciones religiosas en estado de despre
con la diferencia de que estas conservan
pre algo del simpático idealismo de su ir
to original, mientras aquella solo con
ba con su embrollada y empalagosa lit
el grotesco aparato mímico y el empo
atrezo de las llamas pintadas y las espa
laton.

A medida que iba avanzando el trien
decayendo el ritual masónico, simplificá
los símbolos, relajándose la disciplina en
lativo á juramentos, pruebas, iniciacion
eso hemos visto tan empolvados y rot
targetones y huesos de la *Cámara de M
ciones*, cuya inutilidad empezaba á ser r
cida. Es propio de gente tocada del afan
dicia el no preocuparse de detalles ton
bien se sabe que hambre ó ambicion no
espera.

VII

-Gracias á Dios que se te ve por aquí—
) Canencia dando un apretado abrazo al jó-
ı.—Sé que has venido de Francia hace más
reinte dias..... ¡tunante! y no te has dig-
o dar una vuelta por la lógia..... ¡cuando
s que te queremos tanto; cuando sabes que
señores te estiman mucho y desean hacerte
ıbre de pró....!

-Por tener ocupaciones graves no he podi-
venir—repuso Monsalud sentándose.—Me
dicho que esto anda muy revuelto, papá
encia.

-No es esto un modelo de paz y concierto,
jo Canencia con cierto desconsuelo.—Las
siones crecen, y la reciente fundacion de
omuneros ha hecho mucho daño á la Socie-
.... ¿Y tú en qué piensas? Me han dicho
los negocios del duque del Parque te dan
ımer..... lo celebro.

-Vivo regularmente; no como ustedes, los
bres mimados de la situacion, que están
os unos bajás.

—¿Lo dices por mí? ¡pobre Aristogit
exclamó Canencia con filosófica humild
Yo no disfruto otras delicias de Cápua q
emanadas de un miserable destino en Co
Pero estoy contento, contentísimo. Ya
que no soy ambicioso, que me precio de
fo en la verdadera acepcion de la palal
Hijo mio, un pedazo de pan, un vaso de
clara, un buen libro, un tiesto de flor
aquí mis tesoros, hé aquí mis necesidad
aquí mi sibaritismo. Recordarás lo que
gran Juan Jacobo acerca de.....

—Yo no recuerdo nada.

—Pues el filósofo de los filósofos dic
no hay verdadera felicidad sin sabidur
¡Oh! ¿de qué sirven las grandezas hun
Hasta el heroismo es cosa que no tien
simpatías, porque como dice el ginebrin
continuidad de pequeños deberes cum
bien no exige ménos fuerza moral q
acciones heróicas.» Mira tú cómo un h
humilde que no vá más que de su casa á
Correos y de la casa de Correos á la suya
lógia, y carece de esposa y de prole pue
un grande hombre, es decir, un sábio,
quieres más claro, un hombre feliz..... Q
ban los comuneros; que bajen ó suban ó
tén quedos los masones..... es cuestion

me importa mucho. El zoquete de pan, la cántara de agua, el tiesto de flores y el buen libro no han de faltar. Convéncete, ¡oh jóven inexperto! de que la ambicion no ocasiona más que disgustos y enfermedades en el hépate..... en el hígado, para hablar claramente..... Se me figura que tú estás carcomido por la ambicion, ¿eh? Tú traes algo entre manos. Díme—añadió poniéndole la mano en el hombro con patriarcal cariño,—¿por qué has escrito aquella carta á Campos, diciéndole que te retiras de la Masonería, y poniéndonos de oro y azul?.... ¿Tratas de pasarte á los comuneros? Ahí tienes una apostasía que me parece tonta. Pareces un chiquillo. El creer que esto es una casa de locos no es motivo para querer salir de ella, señorito Pistogiton. Quédate aquí, quédate sin perjuicio de que *in foro conciencia* te rias un poquillo de la parte externa, ¿entiendes? Yo también, si he de decirte la verdad, me rio algunas veces.

—Pues si usted se rie, amigo D. Bartolo—dijo Monsalud siguiendo el consejo del anciano,—es un hipócrita; porque usted es el hermano secretario y orador de la Sociedad; usted es el erudito, el que explica las leyes de la Masonería, el consultor general, el que lo sabe todo dentro de esta casa, el que ordena los

ritos, el que explica lo que los demás nc
tienden; usted es el sacerdote, el mago, e
triarca, el senescal, el archimandrita, el
ton, el hierofante ó no sé qué nombre d
porque no sé todavia qué especie de reli
secta ó gerigonza es esta. Usted es el que
dica cosas enrevesadas y enigmáticas q
entendemos; usted es el que dice el nú
de pasos que se han de dar y cómo se ha c
vantar el brazo y cuántas veces se ha de
la mano en el pecho y en la boca y en el
mago; usted es el que dibuja garabatos e
diplomas; usted, asistido de su ayudan
Sr. Regato, fué quien puso aquí esos h
y esas calaveras que están abriendo la
para decir que las vuelvan á la tierra; 1
escribió estos tarjetoncillos y puso las g
das abiertas y las columnas y los triángu
la soga, y lo que llaman el *Delta*, el so
luna, el dosel, la J y la B, el cirio y d
signos y majaderías. Si despues de hace
se rie usted de la Masonería..... vamos, se
prende en qué consiste el ser sábio y filó

Durante el discursillo, el anciano Can
sonreia socarronamente acariciándose la
ba. Cuando le tocó hablar volvió á pon
mano en el hombro del amigo, y bonda
mente le dijo:

—¿Tú no sabes que al pueblo, al vulgo, al comun de las gentes, ó como quiera llamarse á esa turbamulta ignorante é impresionable, es preciso meterle las ideas por los ojos? Ya es un gran adelanto que hayamos desterrado los símbolos y fórmulas absurdas de las religiones. Para inculcar en esas cabezas de estuco el culto y veneracion del Sér Supremo, hay que proceder con paciencia. ¿Hemos de decirles que lo mejor es adorar á Dios bajo la bóveda de los cielos? No, mil veces no; mientras haya hombres es preciso que haya templos, y mientras haya templos es preciso que haya simbolismo, y mientras haya simbolismo es preciso que haya imágenes, ó á falta de imágenes, garabatos, cositas raras y de difícil inteligencia..... Vaya, amiguito, no repitas la vulgaridad de que soy un farsante. Equivaldria esta calumniosa especie á llamar farsantes al Papa y demás gigantones del catolicismo, y no lo son: dentro de su esfera, bajo su punto de vista, no lo son..... Lo que yo siento es que la gente vá perdiendo el respeto al ritual, y llegará dia en que miren todo esto como miran los curas dentro de la sacristía los objetos de su oficio. ¡Pícara humanidad! Verdaderamente es una bestia. No se la puede tratar sino á palos. Acá para entre los dos, Aristogitoncillo de mil de-

monios, desde que se planteó aquí la liber
voy creyendo que Atila, Omar, Felipe I
Bonaparte han tratado á los hombres com
merecen. ¡Mientras todo no vuelva al es
primitivo!.... Pero tú no entiendes de e
¿no es verdad? ¡El estado primitivo! ¡Ah! ¡
gínate el estado anterior á este funesto p
que hemos hecho para destrozarnos los un
los otros, y hacernos todo el daño posible
No hay nada comparable al pacto. La ve
dera sabiduría debe dirigirse á ese fin; un
muchacho, que consiste en volver al pr
pio. Mas no puede formar idea de esto quien
devorado por la ambicion y tiene lleno el e
ritu de ansiedades mundanas, en vez de
formarse á vivir modesta y primitivam
con un pedazo de pan y un vaso de agua
talina, un tiesto de flores y un buen libro

Monsalud no podia tener la risa. Dur
un rato, Canencia, poniéndose las antipa
siguió *burilando,* ó sea escribiendo, *la plan*
ó mejor, el acta.

—Tú te ries—dijo en el momento en
echaba arenilla para volver la hoja,—po
crees que ganarse la vida de esta manera
cuesta trabajo. Niño mimado de la fort
yo quisiera saber qué seria de tí sin la pre
da que tienes en casa del duque del Parqu

Las prebendas—repuso Salvador,—no existen hoy sino en este manejo de la J. y la B., y en este cepillo ó tronco masónico que es el mejor del mundo despues del de las Animas. ¡Ah, papá Canencia, ya podia usted echar un remiendo á estas pobres calaveras, que están diciendo con sus bocas sin lengua la tacañería del sacristan mayor de este templo!

—Así como no tienen lengua para pedir—dijo D. Bartolomé con malicia,—tampoco tienen paladar, y puesto que no comen más que polvo, no puede haber cocina más económica; y limpiarlas seria ponerlas á dieta. Bien dijo el otro, que en polvo nos hemos de convertir.

—No lo dijo por usted, que se está convirtiendo en mómia de Egipto forrada en oro y plata, por obra y gracia de los misterios de Isis, de Eleusis ó de Patillas.

—Esa es la opinion de esos bolos de comuneros—dijo Canencia algo amostazado.—¿Por ventura este granuja se nos ha hecho comunero?

—Tal vez—replicó Salvador.—Allá parece que están por la formalidad. ¿Hay tambien cepillo y colectas?

—Más que aquí. Pregúntaselo al Sr. Regato que ha contribuido á fundar aquella Sociedad, despues de haber comido á dos carrillos en

nuestro plato y hecho *salvas* con nuestra *pólvora*.

Los masones llamaban al vino *pólvora roja*, al vaso *cañon*, y á los brindis *salvas*. No es fácil comprender la misteriosa relacion simbólica entre la embriaguez y la artillería.

—Pero te advierto—continuó Canencia,—por si es tu intencion pasarte á los comuneros, que aquí no tienes más que boquear para obtener lo que mejor te cuadre. Campos te quiere mucho..... anoche mismo habló mucho de tí, y aun se me figura que te vá á sorprender con un buen regalito. Has hecho bien en venir esta noche.

—Lo celebro, porque vengo á pedir.

—¿Á pedir?.... Gracias á Dios, hombre. Eres de los nuestros. Veo que entras en el buen camino,—dijo Canencia mirando su reloj —El acta está lista. Ya es hora de empezar la *tenida*. ¿Y qué vas á pedir?

—Dígame usted, Sr. Canencia,—preguntó Monsalud con gran interés;—¿cuál es el criterio del Orden respecto á la suerte de los que están presos por conspiraciones absolutistas?

—¿Cuál ha de ser? que los ahorquen. ¿Te has echado á filántropo? ¿Hay algun pariente tuyo en la cárcel de Villa?

—Sí señor, hay un pariente mio en la cárcel

de la Corona—repuso Salvador con firmeza,—y es preciso sacarlo de allí.

—¿Es rico?

—Es pobre.

—Pues veo muy difícil que tu pariente coma los buñuelos del San Isidro de este año..... Sin embargo, puedes trabajar. Campos te quiere mucho. El Duque pertenece al Supremo Consejo. Ya sabes que lo que aquí se ata, atado será en el Gobierno, y lo que allá dentro desatemos, desatado será..... allá arriba. Esta noche después de la *tenida* ordinaria, hay *tenida de Príncipes* del grado 31. Creo que se tratarán cosas muy altas. Si consigues tener de tu parte á Campos.....

—¿En la *tenida* ordinaria, quién preside esta noche?

—El mismo Campos..... Ya comienza á venir gente. Sr. Aristogiton, órden y compostura.

Ambos personajes se trasladaron á la sala llamada de *Pasos perdidos,* donde encontraron varias personas. La concurrencia aumentaba á cada instante con la entrada de nuevos hermanos, entre los cuales los habia de todas edades y figuras; muchos militares, aunque sin uniforme, y no pocos clérigos, aunque sin hábitos. El hermano Aristogiton, que por espacio de al-

gunos meses habia estado *dormido*, saludó á sus compañeros de taller. Pasó algun tiempo en animadas conversaciones particulares, hasta que el templo *fué descubierto*, mejor dicho, se abrió una puertecilla que daba entrada á la lógia.

VIII

Era la lógia un salon cuadrangular, muy mal alumbrado y peor ventilado, de techo plano y no muy alto, de paredes súcias y más parecido á cuadra ó almacen que á templo de una religion que dicen tenia entonces en todo el mundo ocho ó diez mil lógias. En los cuatro testeros otras tantas palabras de doradas letras indicaban los puntos cardinales, correspondiendo el *Oriente* á la presidencia, presbiterio, *sancta-sanctorum*, altar mayor ó como quiera llamársele, á cuyo sitio, más elevado que el resto del local, se subia por tres escalones. Para que todo se pareciera á un recinto religioso sério, habia un doselete de terciopelo, en cuyo centro resplandecia un triangulillo, al cual, para hablar con la menor claridad posible, lla-

n ellos *Delta*. Dentro de él se veian unos
atos que indicaban el nombre de Dios
o en hebreo, tambien para mayor clari-
pero ya es sabido que ningun signo ma-
o ha de estar al alcance de los tontos. Lo
í se entendia perfectamente era el sol y la
dos caricaturas de aquellos astros pinta-
derecha é izquierda del Delta, ó como si
mos, al lado del Evangelio y al de la
ola.

n igual disposicion respecto al Presidente
n los sitios del hermano Orador y del Se-
io. Cierto es que las mesillas de que se ser-
fueran más útiles teniendo la forma cua-
; pero era indispensable no abandonar el
ulillo siempre que se pudiera, y por esto
sas eran de tres picos. Tambien tenian un
nás abajo bufetes trípicos el Tesorero y el
talario. En el remoto occidente, es decir,
á la puerta, se elevaban dos columnas re-
ido en granadas entreabiertas. Una co-
tenia la J y otra la B, letras que al pa-
querian decir *Juan Bautista,* pues tam-
al precursor del Mesías le metieron de
en la heterogénea litúrgia masónica,
los misterios egipcios y mil desabridas
s se mezclan gárrulamente con el mosais-
l paganismo, la religion cristiana, la re-

volucion inglesa y la filosofía del siglo de derico. Junto á las columnas se repetian mesillas triangulares, una para el primer lante y otra para el segundo.

El techo no carecia de interés. Por en del doselete destinado á guarecer la calva Presidente, asomaban unas listas dorada presentando los rayos del sol con dudosa lidad. En el friso habia varios garabatos, de indocto pincel, á los cuales los obrero buena fé atribuian intenciones de querer presar los signos del zodiaco; y por debaj ellos corria, tambien pintada, una soga, sí lo de union y fuerza. La estrella pitag andaba tambien de paseo por aquellos cielos, testimonio de la grandeza del Sup *Demiourgos* (Dios), y en su centro llevab letra G, significando *gnos*, palabreja que l los niños entienden sin necesidad de apre que significa *generacion*. Completaban el s me ajuar cuatro candelabros con sendas *estr* que en el mundo ordinario llamamos vela por último, la consabida batería de tra espada ondulante, compás, escuadra y el e plar de los Estatutos. No habia ventana más puertas que la de entrada, porque er rito el ahogarse.

El *Venerable* ó Presidente era un ho

mo de sesenta años, de agradable y aun ermosa presencia, fisonomía simpática, sonri- esculpida, más bien de cortesía que de burla. n todo él había maravillosa expresión de ntento de la vida, un singular convenci- iento de que el mundo era bueno, y si se iere, de que el Arte-Real era óptimo. Vestía n elegancia, y los atributos y arreos de la asonería que no tienen comunmente nada de rosos, le sentaban á maravilla. Había en su arra apostura corpulenta cierto aire de ispo y tambien cierto aire de hombre de ndo, sin que pudiera adivinarse cómo se ve- icaba la síntesis de estos dos términos tan ersos.

Aquel personaje, que á pesar de ser muy luyente en su época, se ha escapado, por raño fenómeno, de las fiscalizaciones entro- tidas de la historia, se llamaba D. *José* mpos. Este era su verdadero nombre, y no agrama impuesto por el novelador para ta- una celebridad; mas no lo busqueis en la toria, como no sea en algun olvidado y uro libro de masones; buscadlo en la *Guía forasteros*, porque era Director *general* de rreos.

A pesar de la poca resonancia de su nom- , á pesar de no estar asociado á ningun mi-

nisterio, á ningun gran discurso, ni ménos á batallas ó sediciones, es indudable que el portador de él fué uno de los hombres más importantes del célebre trienio. A él se debió la organizacion de la Masonería en aquel pié de ejército poderoso. Lo que no se comprende fácilmente es la razon de su modestia. Campos no quiso nunca salir de la Direccion de Correos, á pesar de que su familiaridad con ministros, generales y consejeros, le ponia en la mejor situacion del mundo para satisfacer su vanidad si la hubiera tenido. De las más verosímiles tradiciones masónicas se desprende que el *Venerable* en cuestion era de los que se agachan para dejar pasar las turbonadas y los pedriscos, conservando siempre el mismo sitio y no dejándose arrastrar por la furia de las pasiones, con lo cual si aparentemente adelantan poco, en realidad salen siempre ganando y no están sujetos á las caidas y vaivenes de la gente muy visible y muy talluda. Más hábil vividor no lo conocieron los pasados ni conocerán los venideros siglos.

Las tradiciones masónicas están conformes en asegurar que Campos tenia en las lógias el nombre de Ciceron.

Tomaron todos asiento, siendo de notar

que algunos tenian mandil y banda, y otros no. Hubo no pocos pasos de baile francés, tocamientos y signos que no describiremos por ser demasiado conocidos. La patriarcal fisonomía y espesa cabellera blanca de Canencia se destacaban al lado de la Epístola, y al verle tan circunspecto y hasta con cierta expresion beatífica, se creeria que los templos elevados á la Gloria del Gran Arquitecto *Iod*, tambien tenian sus santos. El Venerable, usando las fórmulas rituales, mandó al primer vigilante que *se asegurase si el templo estaba á cubierto*, y el primer vigilante, despues de hacer la pantomima de salir y volver á entrar, declaró que no *llovia*, es decir, que el templo estaba libre de entrometidos y que podian empezar los trabajos. Un martillazo presidencial abrió estos en el grado convenido.

El *Maestro de ceremonias*, que era uno de los oficiales dignatarios, recorrió los asientos presentando el *saco* de proposiciones. Algunos masones depositaron un papelillo como los que se usan en las rifas domésticas. El Venerable extrajo todas las proposiciones y escogiendo la que le pareció más grave, leyó lo siguiente:

—«*Proposicion de Aristogiton.—Gr.·.* 18: *Salvador Monsalud.*—Pido á este Grande Oriente de Madrid, se sirva declarar que re-

prueba las prisiones ordenadas por el Gobierno con motivo de inofensivas conspiraciones absolutistas, y que se apresure á interponer su mediacion benéfica para que D. Matías Vinuesa y los demás infelices encarcelados por causa del ridículo plan descubierto el 21 de Enero, se libren no solo de la ejecucion capital, sino del largo cautiverio á que los condenará la pasion política.»

Cuando el Venerable concluyó de leer, rumores de desaprobacion sonaron en la lógia; pero el martillo del Venerable impuso silencio, y algunos instantes despues, Aristogiton se expresaba en estos términos:

—He presentado esa proposicion por pura fórmula y para cumplir con los Estatutos del Órden, que disponen sean tratados todos los asuntos en sesion reglamentaria y no en conciliábulos reservados entre dos ó tres hermanos bullidores que arreglan el Mundo y la Nacion para su uso particular.

Nuevos rumores interrumpieron al orador, y Ciceron, despues de acallarlos á golpes, recomendó al orador la mayor moderacion.

—Temprano empiezan las interrupciones— prosiguió el mason del gr.·. 18,—y lo siento, no por mí que estoy dispuesto á decir todo lo que sea preciso, sino por mis queridos herma-

os que van á perder la paciencia y la voz, si ntinúan haciéndome coro hasta el fin de mi scurso..... Decia que desconfio de que mi oposicion tenga éxito aquí, á pesar de ser la presion más leal y clara del espíritu y de las ácticas constantes de este respetable Órden todos los países del mundo; y no tendrá ito, porque este Gran Oriente y los indivíos que en diversos grados dependen de él, n olvidado completamente los fines benéfi-, desinteresados y filantrópicos de tan anti-o Instituto, para desvirtuarlo y corromperlo iciéndole instrumento de intereses políticos y la codicia.....

El martillo del Venerable, interpretando el contento de la asamblea, advirtió al orador e hablaba con la pasion y vivacidad propias un Congreso. Ciceron rogó en breves pala-as al orador tuviese presente que aquello era templo y no un club.

—Hermano Venerable—indicó Aristogiton; i la condicion de templo impide á este lo-oir la verdad, me callaré. Cuantos me es-chan saben ya por su conciencia lo que yo oy diciendo. ¿Por qué no me lo han de oir á , si ya lo saben, y no les digo nada nue-?.... Continuaré, pues, procurando ser breve erir lo ménos posible la susceptibilidad de

mis hermanos, á quienes ofende más lo dich
que lo sentido; más las palabras que los he
chos..... Al proponer al Oriente que temple en
lo posible el ardor de las luchas políticas, he
querido protestar contra la tendencia á fomen-
tarlas y exacerbarlas. El Instituto masónico
debe ser extraño á la política, debe ser pura-
mente humanitario, debe proteger á los desva-
lidos sin pedirles cuenta de sus ideas, y aun
sin conocer sus nombres. Está fundado en la
abnegacion y en la filantropía. Lo dicen así su
historia, sus antecedentes, sus símbolos, que
no representan nada, ó representan una asocia-
cion de caridad y proteccion mútua. Lejos de
practicarse estos principios en España, el Ór-
den se ha olvidado de los menesterosos, cons-
tituyéndose en agencia misteriosa de ambicio-
nes locas, en correduría de destinos y en.....

Protestas, amenazas, y tal cual palabrej
puramente española, que no fué conocida de
Salomon ni de Hiram-Abí, ahogaron la voz de
orador. El tumulto fué tan grande como cuan-
do en el templo de Salomon se dispuso que la
multitud prorrumpiese en gritos para que la pa-
labra Jehová, pronunciada por el Gran Maes-
tro, no llegase á oidos profanos. Del mismo
modo los martillazos de Campos-Ciceron, no
llegaban á profanas orejas. Por último, entr

[illegible]

nencia [illegible]
órden.
—Esto [illegible]
ñero.—Si [illegible]
r por [illegible]
guido: [illegible]
a vez [illegible]
anchar [illegible]
esta [illegible]
—Herman[illegible]
o pued[illegible]
ombres [illegible]
i un [illegible]
ado en [illegible]
andad[illegible]
o que [illegible]
que se [illegible]
a verdad[illegible]
—Que se [illegible]
no esos [illegible]
—Herman[illegible]
ormule [illegible]
ontra el [illegible]
[illegible]

Ciceron rompia la mesa á martillazos.

—¡Fuera, fuera!

Hermanos queridos—dijo el Venerable ha ciendo un esfuerzo para que su sonora voz fue se oida.—Tengamos calma. Ruego al orado tenga presente que estamos en un templo, e el santo templo abierto á las luces, á la hon radez pura, á la filosofía pura, á los noble sentimientos filantrópicos de la humanida toda, sin distincion de clases, iglesias, casta ni estados.....

—¡Bien, muy bien!

—Pues decia al orador que estamos en un templo y no en un Congreso y ménos en un club.

—¡Muy bien!

—Hecha esta advertencia, y rogando á los hermanos de las columnas septentrional y me ridional que se calmen y tengan prudencia oigamos á nuestro hermano; que despues e Oriente tomará las medidas que crea necesa rias. Adelante, hermano Aristogiton.

—Es el colmo de la insolencia—gritó un hermano sin hacer caso de los martillazos cice ronianos,—que aquí dentro se levante una vo á defender al cura Vinuesa y á los demás cons piradores absolutistas.

—Yo no defiendo á los conspiradores—afir

mó el orador.—Lo que pido al Oriente es proteccion para los que padecen, martirizados por una populachería indigna que no sabe oponerse á las conspiraciones de la Corona sino insultando al Rey; que no sabe sofocar las conspiraciones realistas, porque perdona y tolera y agasaja á los hombres verdaderamente temibles, mientras encarcela y atormenta y ahorca á infelices clérigos y ancianos ineptos, incapaces de hacer cosa alguna de provecho contra el régimen establecido. La populachería, á cuyo servicio se ha puesto este Orden, no ve los enemigos reales y poderosos que se unen astutamente al pueblo y se meten aquí, y minan el terreno en que la libertad trata de fundar, sin poderlo conseguir, un edificio más ó ménos perfecto. La populachería, mientras deja trabajar en silencio á los que odian la libertad, se entretiene en dar tormento á la gente menuda.

"Señores masones, ó señores liberales templados, que ahora todo viene á ser lo mismo, sois como aquel Emperador romano que se ocupaba en cazar moscas, y mientras mortificaba á estos pobres insectos no veia á los pretorianos que se conjuraban para echarle del trono. Este era Domiciano. Así sois vosotros. Yo quiero que varieis de conducta, y principio

por pedir que se deje en paz á las moscas..... No conozco á Vinuesa; pero sí á compañeros y amigos suyos, que comparten su suerte en la cárcel de la Villa ó de la Corona. He visto la feroz excitacion que existe en el pueblo contra ellos, y esta excitacion creada y fomentada por este Orden y más aún por la Asamblea de los Comuneros, es una barbárie y al mismo tiempo una imprudencia política. El vil populacho á quien instruis en el inícuo arte de hacerse justicia por sí mismo, aprenderá al cabo, y una vez maestro, querrá dar todos los dias una prueba de esa atroz soberanía que le habeis enseñado. Tengo la seguridad de que si el tribunal que vá á juzgar á Vinuesa se mostrase benigno, la canalla destrozaria á Vinuesa, al tribunal y luego á vosotros, que habeis hecho creer á la bestia en la necesidad de los sacrificios humanos. Mientras la Córte juega con vosotros y os lanza de desacierto en desacierto para desacreditaros y para que os devoreis los unos á los otros, os entreteneis en menudencias ridículas, os debilitais en rivalidades indignas y adulais las pasiones de la canalla, que si hoy ladra libertad, ladrará mañana absolutismo. Todo depende de la mano que arroje el pedazo de pan.

»Poniéndome, pues, en el terreno político,

á pesar de creerlo impropio de esta Sociedad; hablando el único lenguaje que entienden aquí, declaro que la persecucion de Vinuesa, y mucho más la sañuda irritacion del pueblo contra ese hombre infeliz me parecen una desgracia casi irreparable para la libertad, un mal gravísimo, que este Orden debe evitar á toda costa, principiando por propagar la tolerancia, la benignidad, la cordura, y concluyendo por emplear toda su influencia en pró de los procesados. Si no se hace así, esto que llamamos templo merece que el mejor dia entren en él cuatro soldados y un cabo, y que despues de entregar todos los trastos del rito á los chicos de las calles para que jueguen, recojan á los hermanos todos para llenar otras tantas jaulas en el Nuncio de Toledo.

Las últimas palabras del orador apenas fueron entendidas, á causa del gran alboroto que se armó dentro del templo, que representaba la grandeza y maravillosa arquitectura del mundo.

—¡Fuera, fuera!.... Él mismo se ha desenmascarado y ya sabemos lo que quiere.

—A votar..... que se vote la proposicion en escrutinio secreto.

—Ahora mismo se vá á redactar el acta de acusacion.

—¡Fuera!

—¡El acta de acusacion!....

—Pedimos que pierda en absoluto los derechos masónicos. Tanta insolencia, esas infames amenazas, la defensa de nuestros enemigos no pueden quedar sin castigo.....

Estas y otras frases pronunciadas en indescriptible tumulto, indicaban la efervescencia que en el templo reinaba, y por largo rato Ciceron se rompia las manos dando martillazos sin poder calmar las olas de aquel mar embravecido. Al fin, auxiliado de Canencia y de otros, lograron serenar un tanto los irritados ánimos, librando asimismo al insolente orador de las manifestaciones un poco brutales que el grupo más entusiasta, la columna del septentrion, si no estamos equivocados, se disponia á emplear contra él.

—Despues de ver lo que veo, me preocupa poco que se vote ó no lo que he propuesto—dijo Salvador.—Y en cuanto al acta de acusacion, es inútil que se tomen mis hermanos el trabajo de redactarla, porque no es preciso que me expulsen. Me expulsaré yo mismo, abandonando para siempre este Orden inútil, enfermo, podrido, que si aún respira y habla como los vivos, ya infesta como los cadáveres.

¡Escándalo inaudito! Aunque lo normal en

las *tenidas* era que se discutiera con tranquilidad, cuando la congregacion Salomónica se alborotaba parecia un club de los más fogosos. Unos rugian tan cerca del atrevido Aristogiton, que fué necesaria la intervencion personal del Venerable para impedir cosas mayores entre hermanos, olvidados de la santidad que infunde un mandil de cocinero. De las columnas septentrionales era de donde partia el más atroz nublado de amenazas y recriminaciones. Las columnas del Mediodia estaban más tranquilas. Indudablemente habia allí no pocos compañeros que opinaban lo mismo que el orador, hallando tan solo reprensible la forma violenta del discurso.

—*¡Radiacion, radiacion!*—gritaron algunos.—Sin alborotar se puede imponer castigo al delincuente.

Radiar significaba dar de baja.

—Que se le inscriba en el *Libro Rojo*.

Era un librote donde se inscribian los hermanos *radiados* por sentencia masónica.

—Que se vote antes por *esferas* esa absurda proposicion.

Esferas llamaban á las bolas.

—Queridos hermanos—repetia el Venerable con mansedumbre.—Estamos en un templo, no en un club. Órden.

El orador se hubiera marchado de la lógia sin esperar las resoluciones del templo; pero un resto de consideracion hácia los que aún le llamaban hermano, detúvole allí. Vió que Canencia desde su tripódica mesilla le hacia señas de reprobacion y pesadumbre; vió que el Venerable le miraba con expresion de lástima; oyó algunas palabras rencorosas de tal cual hermano que no lejos de él tenia su asiento; observó que muchos, mayormente los del Mediodia guardaban una actitud reservada, como hombres demasiado prudentes que no se atreven á poner su opinion frente á la opinion de la mayoría; vió despues que votaban su proposicion, y por unanimidad la desechaban; pero lo que más sorpresa le causó fué que en la sala de *Pasos perdidos,* concluida la sesion, le dijera al oido algun hermano de los más callados bajo la *bóveda del Universo:*

—Hermano Aristogiton, yo pienso como usted en lo de dejar en paz á las moscas y hacer puntería á los pajarracos; pero esto no se puede decir aquí. Es preciso seguir la corriente y no chocar con la mayoría. Á donde nos lleven iremos.

Y otro le dijo, tambien en secreto:

—Lo mismo que usted hubiera dicho yo, aunque en tono ménos agresivo. No conviene

ensoberbecer al populacho, ni adular sus instintos sanguinarios; pero, amigo, la consigna de estos dias es sacrificar algun absolutista á la implacable furia populachera, y como no ha caido en nuestras redes, ni caerá, ningun tiburon, fuerza es echar en la sarten los pescecillos de redoma. Vinuesa morirá.

Y un tercero le dijo, tambien en secreto:

—Le hubiera aplaudido á usted con toda mi alma; pero, amigo, estas cosas se sienten y no se dicen. Ni vale la pena de que pierda uno su destino y el pan de sus *lobatones* hijos, por una apreciacion política. Yo creo que esto se lo lleva la trampa. Estamos dentro de un torbellino que nos arrastra, y nos hace dar mil vueltas, y nos marea, y no pára nunca, y nos llevará adonde quiera el Gran *Demiourgos*. Creo que hace usted mal en manifestar tan crudamente sus ideas. El populacho tiene ya á Vinuesa entre los dientes, y no seré yo el guapo que pretenda quitárselo. Ese clérigo es bastante criminal, es un disoluto, un perdido. ¿Por qué le defiende usted?

Y un cuarto le dijo, en secreto tambien:

—Siento mucho que le tengamos que *radiar* á usted y apuntarlo en el Libro Rojo; pero no hay más remedio. No se puede tratar al Orden como usted lo ha tratado..... Por mi parte,

acepto esa idea de no hacer caso del populacho; pero ¿quién le pone el cascabel al gato? Soltamos los mastines y ahora tenemos que andar brincando y corriendo huyéndoles el bulto, para que no nos muerdan. Si le he de hablar á usted con franqueza, creo que nada se pierde con quitar de en medio á los autores de ese monstruoso plan; pero al mismo tiempo opino como usted que hay otros peores, sí señor, otros que trabajan en obra fina, y no digo más..... Dios nos tenga de su mano, Aristogiton, y lo que fuere sonará..... Allí veo á Argüelles, á Calatrava y á Feliú que acaban de entrar. Esta noche hay *tenida* de *Maestros Sublimes Perfectos*..... Parece que en Palacio anda la cosa mal, y que las Córtes nuevas no serán muy sumisas..... Yo me voy, porque segun me ha dicho Campos, debo perder la esperanza de un ascenso por ahora.

Y un quinto le dijo en voz alta:

—¡Buena la has hecho....! Yo que pensaba decirte esta noche que te empeñaras con Campos para que me trasladaran á la vacante de la secretaría.....

—El duque del Parque acaba de entrar—le dijo un sexto.—Hay *tenida* de *Valientes* y *Soberanos Príncipes*. Sentiré que te *radien*, hermano Aristogiton. Aunque grité contra tí y te

más insolente y procaz, no hagas caso. Somos
migos. Algo de lo que digiste, me gusta;
incipalmente el apóstrofe á Pipaon. Ese ca-
illa vá á ser presentado esta noche en un gra-
o superior. No hay quien pueda con él.
reerás que la plaza que estaba destinada para
í, la pescó Pipaon para su criado?

Otros pasaban sin mirarle ó mirándole con
rovocativo enojo.

Mientras entraban diversos hermanos, que
n el siglo respondian á los nombres de Quin-
ana, Argüelles, Valdés, San Miguel, etc.,
alieron otros, entre los cuales tambien habia
nombres que despues fueron ilustres, pero que
allamos por varias razones.

Monsalud se quedó en la Sala de *Pasos perdidos*, esperando el resultado de la tenida de *Maestros Sublimes Perfectos*.

La lógia se iba á abrir en uno de los grados superiores.

IX

Duró la reunion de los padres graves bastante tiempo, porque además de que en ella trataron diversos asuntos de política elevada,

hubo admision de un hermano que habia bido *aumento de salario*, es decir, ascen la escala masónica. La ceremonia de rec en los grados superiores no era más sér en el grado de aprendiz, y se hablaba ı de la *Acacia*, de la *Sala de en medio*, de *opaca* y otras lindezas. Para explicarlas preciso entrar con brio en la leyenda del Real; pero como esta y cuanto á ella se es fastidioso en grado sumo, nos guarda bien de incurrir en el pecado de erudicio sónica, recomendando al lector se abster perder el tiempo averiguando el signific los millares de emblemas diversos usad las doscientas ó trescientas disidencias viaciones del primitivo Francmasonismo, tre las cuales el rito *Escocés antiguo y a do*, que parece predominante en nuestros pos, tiene por litúrgia un enredado berer de alegorías, entre místicas y filosóficas, fracasa la más segura y sólida cabeza.

Los *Maestros Sublimes Perfectos* se ı ron muy tarde, y á la madrugada no que en el local más que cuatro indivíduos, dos en torno á la mesa en la *Cámara de taciones*. Eran el Venerable á quien llaı *Ciceron*, Monsalud, D. Bartolomé Canen otro cuyo nombre y persona serán conoci

:urso del diálogo. Este (que acababa de
concluidas las sesiones) y Canencia fija-
atencion en unos papeles llenos de gua-
y en un saquillo de monedas, contando
, y á ratos apuntando cifras. Los otros
blaban.
a *Cámara de Perfeccion*—dijo Cam-
no ha querido mostrarse severa contigo.
idido que no seas *radiado* por ahora, y
vez de *dormir*, pidas una licencia ilimi-
ue se te dará.
onterías y debilidades—respondió Salva-
ndo.—Ni yo quiero licencia, ni la nece-
i la pediré, ni me importa que me *radien*
scriban en todos los libros rojos ó ama-

azme el favor—indicó Campos con so-
ería,—de no echártela de hombre supe-
No valemos tan poco como crees. El
illo de esta noche que tan justamente
tó la lógia, y la carta que me escribiste
iando las comisiones que yo queria en-
te en provincias, me prueban que estás
período de hipocondría ó satánico orgu-
. Sr. Aristogiton, hay que civilizarse; hay
eptar las cosas como son; hay que re-
ar á esos humos de hombre puro, so pena
llarse y caer en triste olvido..... Es par-

ticular: yo te alargo la mano para sosten
elevarte, y me la rasguñas. ¡Pobre gatill
cente! El discurso de esta noche bastaria
expulsarte definitivamente de entre nos
y sin embargo, gracias á mí te quedarás;
cias á mi.....

—Para nada quiero seguir.

—Seguirás—repitió Campos con be
la insistencia,—y no solo seguirás, sin
nos serás útil. ¡Tunante! Más de cuatr
sieran verse en tu lugar. Has de sabe
tus salidas de tono y tus desaires, en v
ocasionarte disgustos, te proporcionan ga
Ya verás qué pedrada te voy á dar esta n

—A nada conduce tanto hablar, Sr.
pos—repuso Aristogiton con impacienc
Es tarde: de una vez dígame usted si ha
tado esos señores algo referente á Vinuesa
conspiracion.

—Eres en verdad sospechoso. ¿En qué
siste tu interés por ese Gil de la Cochera,
Cuadra ó no sé de qué?

—Es pariente mio.

—¿Cercano?

—Muy cercano.

Campos meditó un rato.

—Quizás sea su padre—dijo para sí.—
hijos de nadie se exponen á que de buenas

i les salga un padre en cualquier calabozo.
¿Se ocuparon de esto? sí ó no.
Nos ocupamos, sí. El castigo de Vinuesa
cómplices es una de las cosas que más
upan á la gente política. No han sido ol-
os otros asuntos graves, como la disolu-
del cuerpo de Guardias, los insultos al
las nuevas Córtes que se abrirán dentro
os dias, la Sociedad de los Comuneros,
tá metiendo demasiado ruido, y las par-
de guerrilleros que comienzan á aparecer.
populoso hormiguero de asuntos graves,
acen de este país un país de delicias.
Por supuesto, no habrán resuelto nada.
Maestros Sublimes Perfectos se parecen al
rno como una calabaza á otra. Aquí
allí se procede de la misma manera. Ha-
decidido que no conviene absolver á Vi-
ni tampoco condenarlo; que no conviene
stigar á los insultadores del Rey ni tam-
alentarles; que el cuerpo de Guardias está
lisuelto, pero que se debe crear otro; que
jor manera de acallar el ruido que hacen
muneros, es alborotar mucho aquí; que
uevas Córtes ni son buenas pero tampoco
, y que la política debe ser exaltada para
ntar al populacho, y al mismo tiempo des-
a para contentar á la Córte.

—Atacas el justo medio que es el arte lítico por excelencia, bribon,—dijo Ca riendo.—¿Tú qué entiendes de eso? Sin tira y afloja, sin esta gracia de Dios que siste en no hacer las cosas por temor de h las á disgusto de Juan ó de Pedro, no hay bierno posible.

—En una palabra, los *sublimes* no han dido nada. Ya dijo Voltaire hace muchos *La Masonería no ha hecho nunca nada hará*. Tenia razon.

—Protesto,—gritó Canencia, apartand un momento su atencion de las monedas los guarismos y del amigo que con él cont escribia.—El buen Aroüet no ha dicho jante cosa. No calumniemos al gran filó señores.

—Quienes le calumnian, querido Sócra dijo Campos en un acceso de risa,—so volterianos que fuera de aquí se fingen b para halagar á los curas.

—Pero si halagan á los curas honrados, puso Canencia volviendo á contar,—no t jan por la impunidad de los curas absolu que escandalizan al país con sus conspi nes..... Cuarenta y cinco reales en media setas.

—Usted, papá Sócrates—dijo Mon

al humor,—reparta el [illegible]
e lo demás.
Volviendo á [illegible]
ogiton—manifestó [illegible]—[illegible]
o no meterte á [illegible]
le Oriente [illegible]
del pueblo [illegible]
, aunque hará [illegible]
condene á [illegible]
ertad al de [illegible]
a, porque [illegible]
licidades [illegible]
..... y por más [illegible]
dar algo al [illegible]
o que á todas [illegible]
Pues yo me [illegible]—[illegible]
ite.
Aguarda, [illegible]
darte una [illegible]
No estoy [illegible]
Vamos, será [illegible]
atarte las [illegible]
tus favorece[illegible]
ampos sacó del [illegible]
atro.
Aquí tienes tu [illegible]—[illegible]
¡Qué destino!—[illegible]
oro.

—No te hagas el tonto, Salvador, ni venga acá con ridículas y mentirosas modestias. Co esta clase de latigazos se domestica á las fiera catonianas. Ya sé que no te gusta pedir nada ya sé que te falta boca para proclamar tu hor ror á los destinos públicos, y censurar la ambi cion y á los ambiciosos. Todos hacemos lo mis mo; pero cuando nos dan algo..... lo tomamos

—Yo no entiendo una palabra de lo que us ted me dice.

—Vamos, que no te falta ya sino hacert anacoreta, y excomulgarme por favorecerte No tanto, jóven modesto. Aquí tengo un credencial de treinta mil reales, una canon gía admirable en la secretaría del Consej de Indias. Poco trabajo, ninguna responsabi lidad. Con los suspiros que otros han exhala do por esta plaza, se podria dar á la vela u navío. El Ministro al dármela esta noche en e Capítulo, me dijo que desde que vacó ese pues to, lo han solicitado unos cien ó doscientos *adictos*. Pero yo la habia pedido para tí con muchísimo empeño, y el Ministro no podi desairarme; el Ministro me ha dado la plaza á pesar de tu irreverente y sacrílego discurso d esta noche.

—Estoy muy agradecido á usted; pero no acepto.

—Es el primer caso que veo en España, que lo Salvador—dijo Ciceron con la malicia escéptica que le era habitual;—es el primer caso que veo de un hombre á quien le dan esta bendicion de Dios que yo tengo en la mano, y se queda sereno y frio como tú estás ahora. Tú no eres hombre, tú no eres español.

—¡Pero usted por su propia iniciativa ha pedido para mí ese destino, no habiéndolo solicitado yo?—preguntó el joven tratando de averiguar el motivo de aquella proteccion sospechosa.

—Hombre, la verdad..... á mí no se me ocurrió tal cosa; pero mi sobrina Andrea que á todo alcande, que todo lo preve, que sabe tan bien adivinar las necesidades, me dijo no hace muchos dias: «es una vergüenza que hayan colocado tanta gente inepta y esté sin destino Salvador Monsalud.» Comprendí que tenia razon le contesté que tú nunca habias pedido nada que en la casa del señor duque del Parque estabas muy bien..... Ella me dió á entender que debias la plaza.

—¡Yo!

—Tú. Andrea es excelente, es caritativa como ninguna, y estima mucho á todos mis amigos. Me ha dicho que habias estado en casa á verme; que no hallándome, esperaste largo

rato; que estabas preocupado y meditabun
que te dió conversacion para distraerte; que
blando de cosas de la vida, le diste á enten
con frases delicadas é ingeniosas que deses
un buen empleo; en suma, segun mi sobri
tú le rogaste con buenos modos que influy
conmigo para que el Grande Oriente te pro
cionara una pingüe colocacion.....

—¡Qué falsedad!.... ¿pero lo dice usted
ceramente?—exclamó Monsalud con ira.

—¿Desmentirás á mi sobrina?

—Yo no desmiento á nadie. Simplem
digo que muchas gracias, y que guarde u
su credencial para otro.

Diciendo esto, Salvador clavó tenazm
te los ojos en el semblante de Ciceron,
tando de leer en él los móviles de cond
tan extraña. Aquella extemporánea protec
del *Maestro Sublime Perfecto*, otorgada prec
mente á quien acababa de hacer á la congr
cion una ofensa grave, encerraba sin duda
gun misterio. Monsalud conocia bastant
carácter de Campos para creer en su ben
lencia, y conocia bastante el Órden para su
nerle capaz de dar á los que no pedian. T
poco consideraba verosímil la intervencion
Andrea en aquel asunto. Hizo diversos jui
y sentó varias hipótesis; pero ni de aquello

estas resultó [illegible]
útil la observa[illegible]
de Campos, pues el gran [illegible]
e que permitia á la cara vender [illegible]
l entendimiento.

—Yo lo agradezco [illegible]—repitió el jóven
pero de ningun [illegible]

—Basta: para [illegible] para ver-
encilla de niño [illegible]
mpos burlonamente.—Pues [illegible]
doy, no es más que para hacer boca. Ya he
blado al Ministro de enviarte á desempeñar
a de las superintendencias de Indias, con la
al puedes ser hombre rico en diez años.

Aquel proyecto de envio á Ultramar, au-
entando al principio la confusion del jóven,
nfirmó sospechas dolorosas que en su alma
npezaban á nacer.

—¡Repito que no y que no!—dijo con la ma-
r energía.—Muchas gracias por todo; pero
lebraré que no me vuelva usted á hablar
eso.

—Entonces—indicó Campos, cruzando los
azos en señal de perplejidad,—pide por esa
ca. Imagina algun imposible; pide la luna, á
r si te la podemos dar.

—Lo que deseo, ya lo pedí en la *tenida*.

—Pues eso es un disparate. Ya te he dicho

que no podemos decidir nada. Hay cuestiones que no se resuelven sino dejándolas sin resolucion. ¿Te ries?.... ¡Maldita sea tu filantropía! Yo quisiera comprender en qué consiste tu empeño por Gil de la Cuadra.

—En que le debo la vida.

—¿Y qué es eso de deber la vida?

—Una cosa que no entienden los egoistas.

—Tú estás loco,—dijo Ciceron haciendo gestos de desden.—Sr. Regato, ¿qué le parece á usted la pretension de nuestro jóven filántropo?

El Sr. D. José Manuel Regato alzó los ojos del monton de dinero para fijarlos en el cercano grupo. Hombre tan célebre merece algunas líneas.

X

Era de mediana edad y fisonomía harto comun, ni alto ni bajo, moreno y curtido de rostro, á excepcion de la frente que era muy blanca. Sus pobladas cejas negras y el pelo espeso y cerdoso indicaban fortaleza. Habia en sus ojos la vaguedad singular propia de los ton-

le los que aparentan serlo, y á menudo
omo tributando de este modo compla-
lisonja á cuantos le dirigian la pala-
estia completamente de negro, asemeján-
or esta circunstancia á una persona de
eclesiástico; afectaba la más refinada
stura, y al mirar contraia los párpados
era de los miopes. Si los abria en mo-
s de sorpresa ó de miedo ó de ira, dis-
anse los verdosos y dorados reflejos de su
uy parecido al de los gatos. Cuando que-
blar algo de interés iba acercándose poco
al asiento de su interlocutor, y su ma-
le acercarse, su especialísima manera de
se, arrimando el codo ó el hombro á la
a, eran fiel copia de los zalameros ar-
inamientos del gato. Muchos habian ob-
lo esta semejanza, y hasta en el apellido
-gato, es decir, reiteracion en las cualida-
tunas, hallaban motivo de burla los ma-
s.

Antes de pedir con tanto empeño la im-
ad de Vinuesa y compañeros—dijo don
Manuel,—yo me pondria en paz con Dios
que pudiera suceder. Defendiendo á ta-
ictimas, hay peligro de ser una de ellas.
la Cuadra es uno de los peores. ¡Valiente
aco defiende usted, amiguitó Monsalud!

Con la mitad de lo que él ha hecho se
bureo á la plazuela de la Cebada. No es
dad, señores; pero si á este candoroso an
no le ponen la corbata de cáñamo, no ha
ticia en el mundo.

—A quien hay que poner la corbata
ñamo—dijo Salvador con súbita ira,—es
serviles que impulsaron á Vinuesa y com
ros mártires, para abandonarles en el mo
del peligro. Quizás celebran hoy que la m
de esos infelices borre la huella de tra
más formales; quizás se mezclan hipócrita
te á la canalla soez que pide horca y h
ras..... para distraer de sí la atencion del
blo honrado y del Gobierno.

—Quizás.....—repitió serenamente Re

—Si sigues por esa senda de sentimen
mo—dijo D. Urbano dando á Monsalud
liar espaldarazo,—es muy posible, oh j
que te pongan entre los sospechosos ó
adictos al sistema.

—Pónganme donde quieran—manifest
vador.—Yo sé donde estoy y conozco bi
sitios y las personas. Desprecio los juicio
lignos que aquí ó fuera de aquí puedan l
se de mi conducta.

—Enérgico estás—dijo Ciceron con jo
dad.—Verdad es que quien se ha extralim

mplo, bien puede salir de sus casillas
cristía.
ué es eso de sacristía?—indicó Canencia,
zándose, despues de contado el dinero,
ombre que ha terminado un gran traba-
o se pongan motes de clerigalla á estos
les lugares. Esto se llama la *Cámara de*
ciones..... Cuente usted otra vez lo
r. Regato. Son 836 reales y tres mara-

o vuelvo á ensuciar mis manos en esta
licia. ¡Válgame Dios, cuánta calderilla!
mentira que una hermandad tan ilustre
cual pertenece tanta gente adinerada no
más que estos miserables huevecillos.
s gordos son para el hermano Sócra-
ijo Monsalud.—Mire usted, Sr. Regato,
á echando carrillos y rejuveneciéndose
a mason de Salamanca.
állate, picarillo—repuso Canencia.—Ya
ue puedo sacarte los colores á la cara,
e que quiero.
eñal de que tengo vergüenza.
de que la tuviste..... Pero basta de bobe-
obre usted, Sr. Regato, y venga recibo.
as cuentas de estos señores—dijo Salva-
-son tan embrolladas como las leyes ma-
s.

—Es sencillísimo—contestó Regato.· me deben 1.233 reales. Aquí está mi cuent «Por dos calaveras que mandé traer de l veda de San Ginés en 6 de Noviembr reales..... Por el bordado de cuatro m les, 268..... Por echar una pieza al sol, 1 Por pintar las llamas, 30..... Por una esc nueva y siete malletes, 58..... Por aguard que se dió á los de policía el 5 de Enero, 1· Por lo que se repartió cuando tiraron la p da al coche de Narices, 410..... Por pap circulares, 60..... Por saldo del piquillo q le debia á Grippini el cafetero de La F na, 140..... y así sucesivamente, señores tal, 1.233 reales.» Ahora papá Sócrates a las cuentas de otro modo, y no quiere d más que 836 reales. Estas mermas son la compensas de un hombre de bien que con su tiempo á ser secretario de la Masonerí rante cinco meses..... ¡Vean ustedes qué Adelanta uno su dinero para que el Orde carezca de nada, y al pagar..... ¡Luego pantan de que me haya hecho comunero!.

—Bendito D. José—dijo vivamente ron,—poco á poco. No nos espantamos d usted se haya hecho comunero; nos esp mos y nos enojamos al ver que usted, tan recido por este Gran Oriente, prescindien

os, alcances y descuentos, fomentara la
n funesta que acaba de realizarse en la
ad; que arrastrara fuera del Orden á esos
ciados fundadores de la gárrula Comu-
y que ahora, despues que forman igle-
arte, les incite contra nosotros, les pre-
la anarquía y el desórden, convirtiéndoles
almados jacobinos.
o me marché de la Masonería—dijo
o con firmeza;—yo fomenté el cisma; yo
buí á fundar la sociedad de los Hijos de
a, porque la Masonería vino á ser rápi-
te una Sociedad ñoña y que no sirve
ada como dijo Voltaire. Yo no oí las
les amargas que dijo el Sr. Monsalud
oche, porque como hermano *durmiente*
etuidad, no puedo pasar de la sacristía
puedo entrar aquí, sino ocultamente y
tas horas; pero por lo que me contó el
nencia, sé que este jóven puso el dedo
llaga. Señores, esto es una farsa; esto
nduce más que á un servilismo no *mé-*
fame que el servilismo del año 14. Aquí
en los decretos á gusto de dos ó tres mace-
el grado sublime; aquí se eligen los dipu-
; aquí no hay otra cosa que los manejos de
o fátuos que mandan y á su gusto dispo-
e todo. No les quiero citar, porque no ha-

para qué. Pero ellos quieren establecer e
bierno perpétuo de los tibios, y adjudicar
dos los destinos. Esto no puede ser, y no
Hemos fundado la Comunería para establ
verdadera libertad, sin boberías de órden
vilismo encubierto; para darle al pueblo su
soberanía, y que se hagan todas las cosas
al santo pueblo le dé la gana; para desenn
rar á tanto pillo farsante, y hacer que c
gan destinos los verdaderos hombres de
adictos al sistema. Basta de papeles y
dias bufonas. Nosotros vamos á la verdad
realidad. Odio eterno, señores, entre u
otros; queremos separacion eterna, irrecor
ble de los que desterraron á nuestro qu
héroe, de los que contemporizan con la
te y la Santa Alianza, de los que disu
el ejército libertador, de los que pers
á las sociedades patrióticas de *La Fonto*
La Cruz de Malta, de los que hacen la m
á los obispos y al Papa, de los que poner
cultades á la organizacion de la Milicia N
nal; separacion eterna de los que en una
tienen el libro de la Constitucion y en ot
cetro de hierro del *Rey neto*. Este es el C
de Padilla; esta es la Confederacion de
lla, que vá á hacer en España la revol
verdadera; que vá á establecer el sistema

al en toda su pureza. y á [illegible] el
de los pillos é hipócritas. El Orden de
derribará el infame Ministerio de las
y de los *hilos* antes de ocho dias. se-
íganlo ustedes bien, antes de ocho dias.
lie contestó en los primeros momentos.
meditaba apoyando su sien en el dedo
Canencia sonreia. Monsalud indiferente
rorata se levantó para retirarse.
ran suerte será para nosotros—dijo al
npos,—que el Sr. Regato nos perdone
l
o no amenazo. Al contrario, invito á to-
buenos amigos á que se vengan con-

s muy cómodo eso—indicó Ciceron.—
con la Masonería, cobrar 800 reales por
ras, remiendos echados al sol y aguar-
dado á la policía, y marcharse despues
comuneros para hacernos la guerra.
o pueden ustedes acusarme de interesa-
ijo Regato, levantándose tambien para
arse.—La Comunería es pobre; no dá
os.
ero los dará tal vez dentro de ocho dias.
puede esperar.
ntes que se me olvide, Sr. D. José Ma-
-dijo el filósofo Canencia, que no se apar-

taba de lo positivo.—Me han dicho que tienen falta de espadas y broqueles. Aquí t mos algunas piezas de sobra.

—Veo que esto acabará en Rastro—repu comunero guardando su dinero.—Nosotros mos espadas de acero, no de laton.

—Pues buen provecho, hombre, buen vecho.

—Para mis amigos soy el mismo de siem —dijo Regato echándose la capa sobre los h bros.—¿Quién sale?

—El hermano Sócrates y yo tenemos ajustar ahora otra especie de cuentas. Bu noches, Sr. Regato.

—Yo me retiro tambien—dijo Monsalu Repito lo del destino, Sr. Marco Tulio. Mu gracias, muchas gracias por la secretaría; que sea para otro.

—Adios, puerco-espin..... Sr. Regato, cho cuidado con ese granuja que sale con us Es capaz de hacerse comunero si usted s dice tres veces.

Cuando ambos salieron á la calle, el jóven dijo:

—Sr. D. José Manuel Regato, yo quier comunero.

Uno y otro hablaron breve rato, separá se despues.

XI

lita seguia viviendo en la casa de doña
na Monsalud, á donde trasladó el peque-
eblaje patrimonial, y su bondad y senci-
ativas, así como la gran desgracia que
ia, le abrieron pronto el corazon de la
y el hijo. Otras personas necesitan largo
o y trato para ganarse una amistad pro-
; pero Solita á los ocho dias ya era de la
a. Durante las largas ausencias de Sa-
, que estaba fuera casi todo el dia y parte
noche, la señora mayor y la muchacha,
jar de la mano una y otra labor de utili-
entretenimiento, no cesaban de discur-
bre las probabilidades de que el Sr. Gil
Cuadra fuese puesto en libertad, pero
estas conferencias las llevaban al áspero
no de la política, concluian siempre di-
o mil desatinos, que en su buena fé y can-
s parecian discretas observaciones ó gran-
s descubrimientos.

Dicen que vá á caer el Gobierno—indica-
.ª Fermina.—Si entran despues los que

quieren que todo sea libertad y más libertad, no habrá presos.

—Lo que yo creo más probable—respondia Soledad,—es que el Rey se levante de mal humor cualquier mañanita, y mande á su caballerizo mayor que cierre las Córtes. Desengáñese usted, de ahí viene todo el mal.

Algunos dias veian los sucesos con alegres ojos; otros sombriamente y con tristeza.

—Tengo el corazon traspasado—decia Solita dejando caer sus lágrimas sobre la costura.—He cerrado un momento los ojos para rezar, y he visto á mi padre espirando en el calabozo.

—No pienses tonterías—contestaba la Monsalud.—Yo he cerrado tambien los ojos para rezar y he visto al desgraciado D. Gil poniéndose la capa para salir de la cárcel. El mejor dia le ves entrar por esa puerta..... Mi buen hijo ha tomado con empeño este negocio.

Entraba entonces Salvador fatigado y sombrío, y al punto las dos mujeres clavaban en él la vista para adivinarle los pensamientos antes que los dijese. Solita se lo comia con los ojos, y habia adquirido tal arte para leer en la expresiva fisonomía del jóven, que al verle entrar decia para sí: «hoy tenemos malas noticias,» ó «hay esperanzas.»

Soledad creia deber suyo pagar con peque-

abajos y servicios los favores [illegible]
aquella casa [illegible] En un par de dias
se minuciosamente de los [illegible]
a y procuraba que su presencia en la [illegible]
vivienda fuera lo más [illegible] Agu-
u ingénio para introducir en el cuarto de
lor refinadas comodidades [illegible]
lemente cuanto el buen muchacho pudie-
esitar, y se le conocia en la cara y en el
de mirar que no abandonaba un punto la
racion cariñosa y vigilante de todo cuan-
u hermano postizo se refiriese
parada de su padre y de los parientes ma-
, la persona á quien tenia mayor respeto
quel protector advenedizo en cuyos brazos
caido. Con la madre tenia confianza, y
hijo no. Además de que no osaba enta-
onversacion con él, fuera de las preguntas
as de las circunstancias, manteníase siem-
una distancia como las que establecen el
to ó la veneracion. Salvador á los pocos
le vida comun la tuteaba. Como pasasen
os sin que ella correspondiera á esta fa-
ridad, él le dijo:
Cuando el pobre D. Gil se separó de nos-
, Solita, quiso que fuéramos hermanos.
ame como se tratan los hermanos, y llá-
e *Salvador* á secas y *tú*.

—Me parece que no podré acostumbrarme á eso,—respondió Solita ruborizándose.

A pesar de su propia opinion, se acostumbró muy pronto.

Cuando el jóven dormia, avanzada la mañana, una como divinidad del silencio cuidaba de evitar los más ligeros ruidos de la casa. Cuando volvia muy tarde, las más veces en el último confin de la noche, Solita velaba sin fatiga ni sueño para que no esperase ni un minuto en la puerta, ni le faltara nada al entrar. Nunca se habia permitido la más ligera broma con él, ni dejó de emplear, para decirle alguna cosa, el tono más comedido y sério. Una noche, sin embargo, le salieron las palabras del pensamiento á la boca con tal ímpetu, que se extralimitó á hablarle así:

—¡Qué tarde has venido esta noche, hermano! Se conoce que tú y tu novia habeis tenido muchas cosas que deciros.

Soledad no comprendia que un hombre trasnochase por otra razon que por estar hablando con su novia.

Salvador acogió la observacion con amable sonrisa. Arrojándose en una silla con muestras de gran cansancio, contempló á su improvisada hermana que estaba ante él sosteniendo una luz, y se fijó más que nunca en las graves im-

ciones de su rostro, no tantas, sin em-
que disminuyesen el fuerte atractivo
tico que existia en ella, á manera de re-
anuncio del alma.

olita—le dijo Monsalud riendo—con esa
la mano te me pareces á la Fe [illegible]
nundo. Yo he visto en alguna parte una
a, cuadro ó estampita igual á ti en este
nto..... Dime, hermana, y perdona mi
idad, ¿y tú no tienes novio?

lita volvió rápidamente la espalda para
rse; pero arrepentida sin duda, tornó á
á su hermano.

Bien sabes que lo tengo. Mi primo Anato-
..

¡Ah, ya recuerdo. Tu papá me habló de
imo tuyo, que tambien será ahora primo
... Ya recuerdo, sí, el primo Anatolio,
á á ser mi cuñado.

Justamente. ¿Quieres algo?

Aguárdate y respóndeme. ¿Quieres mucho
stro primo?

Ya sabes que mi padre ha dispuesto que
ni marido.

cha un arrogante hombrazo como Salvador el de D.ª Fermina.»

—Pero no me has dicho si quieres mucho á ese Anatolio.

—Eso no se pregunta. ¿No le he de querer si mi padre me ha mandado que le quiera y me case con él?

—A eso no hay nada que decir, hermana. Cuando te cases y vayas á Astúrias, te prometo hacerte una visita; ¿qué te parece?

—Me parece muy bien.

—Y seré padrino de tu boda..... y seré padrino de tus niños, de mis sobrinillos.

—Buenas noches, compadre.

Pero esta clase de diálogos eran una excepcion. Generalmente, cuando Salvador entraba, Soledad le hacia preguntas referentes á la deseada libertad de su padre.

—Hermano—le dijo una noche,—tu cara me anuncia malas noticias; ¿qué hay?

—¿Malas noticias?—respondió el jóven dando un suspiro y meditando breve rato.—La verdad es que este asunto es difícil. Se sacan piedras del fondo del mar; pero ¿quién saca la pobre víctima que cae en el inmenso fondo de barbárie del populacho?

Solita dió un suspiro y elevó sus expresivos ojos al cielo.

Pero no hay que desesperar, hermanita.—
ó Salvador consolándola.—Cuando yo lle-
l último extremo en mis fatigas y empe-
or salvar la vida al pobre reo moribundo, y
ieda más, vendrá lo imprevisto, vendrá la
idencia, vendrá Dios y lo salvará.
De modo que es cierto que traes malas no-
,—dijo Soledad con abatimiento.
Malas no, regulares. He adelantado algo.
ma veremos. Conque buenas noches, cor-
e.
olita dió otro suspiro y se alejó; pero re-
diendo al instante, hizo esta pregunta:
¿Y le has visto?
Todavia no he podido verle. Ponen mil di-
ades; pero me voy á hacer amigo de los
neros, á ver si por este medio.....
Los comuneros..... es decir, D. Patricio.
, hermano, ¿son todos tan tontos y tan
es como nuestro vecino?
Allá se le van..... Creo que me será fácil
tu padre. Descuida, que si no podemos
guir su absolucion, trataremos de arre-
e la escapatoria.
¡Qué bueno eres, pero qué bueno!—excla-
ola.—Siempre que te oigo hablar, se me
el corazon de esperanza, y veo á mi po-
adre libre y feliz. Lo que haces por nos-

otros, Salvador, es más que cuanto pueden hacer los hombres más generosos. Mucho ha de darte Dios en esta vida ó en la otra para poderte premiar.

—Dios no tiene que darme nada, tonta. Esto es una deuda, mejor dicho, aquí hay varias deudas que pesan sobre mi alma. Si salvo á tu padre de la muerte primero y de la cárcel después, sentiré un alivio.....

—Ya sé..... cuando mis padres marcharon á Francia hace ocho años, ocurrieron cosas terribles.

—Sí, muy terribles. Algunas de ellas no las puedes comprender. Por fortuna tú no estabas allí, porque te dejaron en La Bañeza.

—Pero todo me lo contó mi madrastra—manifestó Solita con emocion.—La pobre te estimaba mucho, y constantemente estaba hablando de tí. Hasta en el dia de su muerte te nombró varias veces.....

Salvador callaba, fijando la vista en el suelo.

—No digas que soy generoso si saco á tu padre de este mal paso,—manifestó despues de una pausa.—Dí mas bien que soy un malvado si no le salvo.

—¿Y si es imposible?

—No hay nada imposible—repuso el jóven

...brio.—Soledad, tendrás padre, tendrás ...rido..... ¿Sabes que conviene escribir á tu ...mo Anatolio, refiriéndole la situacion en que ...hallas?

—Como tú quieras—respondió la jóven con ...diferencia.

—Le escribiré, vendrá, te casarás. Para en...ces, vive Dios, ó soy digno del desprecio de ...dos ó estará tu padre libre. Vivireis felices y ...nquilos..... ¡Oh, qué hermosa familia vamos ...tener aquí!.... porque supongo que el señor ...l se verá rodeado de nietos dentro de algu...s años..... ¡Pobre anciano, cómo gozará ju...ado con los pequeñuelos!.... ¿Y ese Anatolio ...á un buenazo, un corazon de oro?.... Lo di..., seré padrino de tus muñecos.

—Buenas noches, compadre. Que duerma...

—Buenas noches.

Y al acostarse se decia á sí mismo:

—¡La ves tan desgraciada, tan *pobre*, tan ...la! Pues con su sencillez, su *ignorancia* y su Anatolio, será más feliz que tú?

XII

El personaje á quien los de la Acacia daban el nombre de *Ciceron,* vivia en una hermosa casa á la extremidad de la calle de Don Pedro, junto á las Vistillas. La Direccion de Correos, que hoy constituye una posicion decente, era en aquellas calendas una verdadera mina, y ahondando en ella, el Sr. Campos, á pesar de su oscuridad política, habia conseguido, á fuerza de manejar cartas, y no de baraja, allegar un capitalejo que en lo sucesivo sirvió de tema de maledicencia al envidioso vulgo. Entró con pié derecho este insigne personaje en la burocracia revolucionaria, por reunir los tres requisitos indispensables para medrar durante aquel período, los cuales eran: haber padecido durante el régimen absoluto, haber intervenido en la mudanza del 20, y estar afiliado en las sociedades secretas.

Vivia, pues, pacífica y cómodamente con su familia, que no era por cierto muy numerosa, pues constaba tan solo de dos personas: su hermana D.ª Romualda, (señora de muy poco

n su juventud, al decir de la gente, pero
n la época de nuestra historia parecía que
paciguar su conciencia dándose á la devo-
con ardiente celo y su sobrina Andrea
de Mauricio Campos, que volvió de Indias
o 12 con una regular fortuna de que no
disfrutar porque le sobrevino la muerte
rfana de padre y madre á los once años de
, la hermosa niña quedó bajo la tutela de
o, que no tuvo reparo en empezar [illegible]
acion disipando en [illegible] una parte
fortuna de la pobre [illegible] y para ma-
perjuicio de esta los frecuentes viajes de
pos la ponían bajo la inmediata protección
D.ª Romualda, que por aquellos días no ha-
salido aún de la etapa de las calaveradas
Andrea, cuya crianza en América no había
ejemplar á causa de la temprana muerte
u madre, tuvo una escuela lamentable en
peligrosa edad del camino de [illegible]
ir, cuando se decreta la [illegible]
de las muñecas y el [illegible]
ios. Mal atendida por [illegible]
por D.ª Romualda á quien [illegible]
mente, la joven vivía [illegible]
do con ardor [illegible]
o amistades [illegible]
a prohibido [illegible]

criadas; paseaba en compañía de ésta de lo conveniente, y en cambio del ca agasajo que le negaran dentro de casa, taba de una libertad, que no conocian la ritas de aquella época y rara vez las d Por esto Andrea se parecia tan poco á la españolas de su tiempo. Era una criolla tariosa, una extranjera intrusa que habi pudiado Moratin y Cruz. Su familia fa más cada vez aquella libertad. D.ª Ron que empezaba á sufrir la trasformacio edad paleolítica de los amores á la edad tica de las devociones, tenia mucho que estaba en la iglesia. El buen Campos t era hombre ocupadísimo por aquellos d taba conspirando.

Era la indiana buena y sensible. Fác te comprendia la verdad, por poco que mostraran. Fácilmente acertaba con lo j honrado, por simple iniciativa de su c cia. Pero tenia ánsia de afectos ardientes raba sin cesar á todos lados buscándol desgracia consistia en que le era forzoso se sola y sin ayuda de nadie el áspero no de la juventud. Habria necesitado esto tener un caudal de energía y de e moral que rara vez dá Dios á las criatura que suplen segun el admirable órden de

ıd, las personas allegadas y mayores de la lia. Careciendo de fuerza propia y de sos- extraño, hubiera sido un prodigio que la ırda flor se mantuviera derecha. Los pro- os son muy raros en el mundo. Bueno es r constar que la pobre Andrea, avisada del gro por una intuicion poderosa, hizo es- zos instintivos para sostenerse erguida y ıposa, vuelta hácia el sol la virginal coro- pero el viento era demasiado fuerte y se ló.

Era tan guapa, que su vanidad (otra desgra- no pequeña) estaba completamente y cada más justificada. Habria sido conveniente ignorara durante algun tiempo la riqueza ducciones que tenia en sus ojos, en su boca, odas las partes de su cara morena y alegre na de inexplicables gracejos y atractivos, u cuerpo delgado, lleno y flexible, de esos no tienen clasificacion posible en el cuadro cológico, y son tales, que para buscarles se- ante, necesita el observador descender en a de un sér antipático y que se arrastra, la bra.

Pero Andrea no tuvo á nadie que le hiciera el sumo bien de engañarla durante algun mpo respecto á su belleza, y entregóse des- muy niña al fascinador deleite de los es-

pejos. Las criadas cantaban á su oido un de lisonjas. En la sala de su casa habi hermosa estampa que representaba la fa escena de Phrine ante los jueces de Aten Andrea, de tanto leerla, se sabia de memo leyenda grabada al pié con resplandecient tras de oro. Aunque parezca extraño, co dos los tiempos y el lugar, no puede mén suponerse que aquella cabeza estaba lle ideas gentílicas; pero el paganismo es de las edades, y buscando sin cesar donde est cerse, se mete y se acomoda allí donde no otra religion que haya echado raíces.

Andrea fomentó su vanidad y la ador de sí misma, consagrando al adorno de la sona mucho tiempo, mucha atencion y to dinero de que podia disponer. Si este n mucho durante los ominosos tiempos en Campos conspiraba, luego que vino la era y fué restablecido en parte el patrimonio huérfana, el buen tio, que no era tacaño y taba de que su pupila se presentase bien, bastante la mano en lo relativo al lujo. era la fórmula de su cariño, porque sin hay distintas maneras de amar á las sob Además Campos, por razones de egoismo, empeño en no contrariarla, deseando alc de ella placentero consentimiento para un

nupcial que entre manos traia despues
revolucion.
o se crea que el *Venerable* se parecia á los
ıcos tutores que son el elemento bufon de
ımedias italianas del siglo XVIII y que
ien abundan en el repertorio de óperas.
ıos no queria que su sobrina se casase con
staba viejo, habíase entregado al volteria-
ı que en aquellos tiempos empezaba á pro-
:tanto las cómodas prácticas del celibato;
lemás un epicúreo refinado de esos que nos
ıl siglo XVIII, y que aunque pocos en Es-
por aquellos dias, ya comenzaban á des-
ır á los ráncios egoistas de chocolate y bo-
le monjas. Otrosí, tenia Campos sus en-
ıimientos fuera de casa, con los cuales le
ıuy bien al parecer. Su claro talento, ade-
no le decia nada favorable á un enlace
ıuchacha primaveral. Su amigo D. Lean-
ıo escribió para él *El viejo y la niña* ni

l proyecto consistia en casarla con un se-
e edad algo avanzada, pero entero, arro-
ı, fino, discreto, y que sabia ocultar sus
y aun hacerse amable; pues á tanto llega
ivilegiados indivíduos el arte social. El
ués de Falfan de los Godos era un medio
bien conservado, gracias á reparaciones

hábiles y á un cuidado constante. Habia s
exento de Guardias, compañero de Palafo
de Godoy en aquellos tiempos en que los m
guapos desempeñaban grandes papeles en
Córte y en que se hablaba, como lo prueb
desvergonzado libro de un fraile, de serrall
la turca, de envenenamientos proyectados,
matrimonios dobles y otras barbaridades a
las cuales la historia se complace en cerrar
curiosos ojos. Así como el duque de Zara
ra fué célebre y simpático por sus hurañas
sistencias, Falfan de los Godos tuvo fama
lo contrario. Durante la guerra peleó con
lor. En 1821 era general; tenia fama, no s
de honrado y decente, sino tambien de g
trónomo y mujeriego, cosa natural en un
teron riquísimo y bien parecido, de ancha c
ciencia formada como la de Campos en
escuela enciclopedista del siglo pasado.

Hácia 1820, comenzó á pesarle el celib
echó de ménos algo amante, tierno y cariñ
es decir, los hijos que debia tener y no tenia
esposa que siempre habia rechazado como
fastidiosa carga de la vida. Falfan de los
dos pensó en casarse, y supuso que sus cincu
ta años, á pesar de la madurez consiguiente,
dian dar aún mucho de sí. Acontece á men
que estos hombres listos y conocedores

lo, pierden la chaveta cuando tratan de r algun órden en su vida, y bastardean letamente la meritoria idea de ser padres, tan á deshora les ocurre. Falfan de los s, que era un maestro en el arte de vivir, ó el tino, como todos los de su clase, y z de buscar para esposa un tipo de bon- reposada, una madura belleza asegurada eligros, y que se acomodase fácilmen- los gustos é ideas del trasnochado esposo, incurrir en el maldito antojo de la niña y tiernecita que apenas ha empezado á y que tiene un porvenir ignoto delante de ispeantes ojos. El no dejaba de compren- n ratos lúcidos su error; pero se engañó á mo vanidosamente trayendo á la memoria ena presencia, su gran fortuna, su fama, ustos artísticos, su finura, rica herencia ntiguo régimen que contrastaba con la ría de los revolucionarios.

i todo hubiera de resolverse entre el acar- lo Marqués y Campos, la cuestion habria o concluida en un par de semanas; pero ea no queria casarse con Falfan de los s, porque amaba á otro. Esto sí que se e á todas las comedias italianas del si- VIII, á las óperas del primer repertorio y chas novelas de aquel tiempo, principal-

mente á las de D'Arlincourt, Mad. Co
Florian y Mistreess Bennet; pero no es c
nuestra que esta vieja historia se nos ver
las manos. Acontece alguna vez que la
sas vulgares son las más dignas de ser
tadas.

En los dias que van corriendo para nu
relacion hacia tres años que Andrea habi
tablado amistades de cierta clase con un
bre que cierto dia se metió en su casa bu
do refugio contra los corchetes que le p
guian. Cómo nacieron y rápidamente tom
vuelo á manera de incendio estos amor
cosa que ahora no nos importa; pero la lib
de que disfrutaba Andrea explicaria mu
cosas. Pasaron dias, muchos dias y con
sucesos buenos y malos que no merecen ser
tados. En 1821, la casualidad, ó mejor dic
política, juntó en un círculo al amante de
drea y á Campos: hiciéronse amigos, y cu
éste le llevó á su casa no tenia ni vagas s
chas del interés que aquella amistad insp
á su sobrina. De este modo, Píramo y Tis
tuvieron que horadar paredes para hablar
aunque la presencia casi constante del tio l
torbaba, viéndose á menudo aun delante d
tigo, tenian medios para preparar sus con
cias reservadas, las cuales en los últimos

an frecuentes porque la libertad de Andrea
zaba á disminuir.
l favorecido conocia perfectamente las ho-
ue D.ª Romualda consagraba á la grave
diaria de sus devociones, las de oficina y
para Campos. Aplicando bien la senten
rofundísima de uno de los siete sábios de
a que dijo *aprovecha la ocasion*, aquel
re, enamorado hasta la ceguera y el atur-
nto entraba en la casa. Estas atrevidas in-
nes del templo de un exaltado amor no
ni podian ser frecuentes, y exigian gran
la con criados y gente menuda; pero los
tes habian discurrido mil ingeniosidades
taban con la fiel complicidad de una cria-
tigua. Su ceguera, con todo, no era tanta
e ocultase á entrambos la necesidad de
término á tal género de vida.

XIII

na mañana, Salvador entró. Como no
temor de sorpresas, Andrea, despues de
en escucha á su criada, segun costum-
brió al amante las puertas de su habi-
t.

—Ven aquí—le dijo asomando la linda cara y la mano tras la cortina de la sala donde él esperaba.—Estaremos solos hasta que venga mi tia.

El amante se sentó sin decir nada en un canapé, y Andrea volvió al espejo de donde poco antes se habia apartado. Con su preciosa mano se tocaba aquí y allí el cabello recien peinado, dándole la última forma, como artista que remata su obra. Despues se puso una flor. Sin retirarse del espejo, porque en él veia la figura del hombre, le habló así:

—¿Qué tienes hoy que estás tan callado?

—Hace pocas noches ví á tu tio, ¿te lo ha dicho?—contestó Salvador.

—Sí, me contó que te habia ofrecido un destino y no lo quisiste. ¡Bonito modo de ser agradecido!—dijo Andrea, moviendo su cabeza ante el espejo.—¡Qué orgullo!.... porque no es más que orgullo.

—Gracias por tu proteccion.

—¿Qué proteccion?

—¿No fuiste tú quien dijo á Campos que me proporcionara una posicion decente?

—¡Yo! ¿Estás loco?—exclamó Andrea con sorpresa, volviéndose, porque para manifestar cosas importantes no satisface ver la figura del interlocutor reflejada en un espejo.

—No te esfuerces en convencerme de que no fuiste tú—dijo Salvador.—Desde luego comprendí que tu tio me engañaba.

—Seguramente te engañaba. Bien sabes que nunca me atrevo á hablarle de tí; y cuando lo hago es de la manera más indiferente.

—Extraño que Campos, que es hombre muy listo, urdiera tan mal su farsa— dijo Salvador.—¿En qué se funda ese oficioso empeño de favorecerme? No creas, quiere mandarme á América nada ménos. Seguramente le estorbo.

—No lo comprendo así. Si quiere favorecerte es porque te estima—repuso Andrea, volviéndose hácia el espejo.

—¿Tú tambien?—dijo Monsalud con impaciencia y desasosiego.

—¿Qué es eso de yo tambien?—indicó la inglesa jovialmente.

—Quizás tú puedas explicarme lo que la asencia de Campos no ha dejado entrever.

—Queridito, yo no puedo explicarte nada, ¿estamos?.... Hoy has pisado mala yerba. Ya veo que no me libraré hoy de un poquillo de mareo. ¿Y por qué? por la cosa más natural del mundo, porque mi tio ha querido darte una prueba de lo mucho que te aprecia.

—Seria, no muy natural, sino algo natural una prueba de estimacion, si tu tio despues de

ofrecerme el destino, no me hubiera dicho una cosa grave.

—¿Qué cosa?

Salvador la miró con fijeza.

—Me dijo que pensaba casarte.

Como el lector recordará, Campos no había dicho tal cosa; pero el inquieto jóven practicaba el aforismo vulgar que ordena decir mentira para sacar verdad.

—¡Ah!—exclamó Andrea riendo.—Eso es lo que traes hoy. Te conozco, tunante. Vienes mascullando esa idea.

Diciendo esto tomó un abanico y con expresion de graciosísima burla, sonriente la boca, húmedos los ojos, acercóse al jóven y empezó á darle aire rápidamente.

—¿Estás sofocado?.... Aire, aire, no sea que te dé un síncope. Refréscate, hombre..... que se te quite eso de la cabeza.

Monsalud le arrebató violentamente el abanico, lanzándole al aire. El abanico atravesó el recinto de un extremo á otro, abriéndose como un pájaro que extiende las alas.

—¡Qué modo de tratar mis joyas!.... pues me gusta,—dijo Andrea corriendo tras el abanico.

Arrodillóse para cojerlo del suelo, cerrólo, y empuñándolo á manera de puñal, amenazó á su amante diciéndole:

—Te voy á matar.

Monsalud contemplaba, primero sin enojo, despues con gozo, la hermosa figura juguetona y ligera que tenia delante. De súbito Andrea corrió hácia él con los brazos abiertos, y abrazándole el cuello, le apretó fuertemente diciendo:

—Ya me casé, ya me casé, ya me casé.

Repitió esto unas cuarenta veces.

Salvador la obligó á sentarse á su lado.

—A mí se me está preparando una desgracia—le dijo cariñosamente.—Andrea, tengo desde hace muchos dias el presentimiento de que esta preciosa cabeza me vá á hacer traicion. ¿No recuerdas lo que te he dicho tantas veces? Desde que tengo uso de razon no he intentado cosa alguna que haya tenido un desenlace ligero para mí. Si alguna vez he conseguido el objeto por mucho tiempo deseado, mi dicha ha sido corta. Siempre que cavilo acerca del resultado de un asunto cualquiera que me preocupa, no puedo apartar de mi pensamiento la idea de un éxito desgraciado, y siempre acierto..... Tengo la desdicha de no haberme equivocado una sola vez. Yo no sé qué pensar de mí. Si se castigan en la tierra las faltas, las que yo he cometido no corresponden á los golpes que en diversas ocasiones me han venido

de arriba. Fuí jurado y cayó José I; tuve amo
res y por poco muero en ellos; conspiré y l
conspiracion salió mal; dejé de conspirar y sa
lió bien..... en fin, tú sabes mi vida toda y po
drás juzgarlo. Si es verdad que los hombres na
cen con buena ó mala estrella, la que andab
por los cielos el dia en que yo vine al mund
era la más mala, la más perra de todas.

—Eso que dices, ¿tiene algo que ver con m
casamiento?—preguntóle Andrea con malicia

—Tiene que ver, sí. Te quise y te quiero. S
tú me correspondieras con la fidelidad cons
tante que yo merezco y que me debes..... est
seria una suerte, una felicidad, y yo no pued
tener suerte alguna, ni felicidad.

—¡Que majadero!—dijo la sobrina de Cice
ron con desden humorístico.

—Cuando pienso en esto, Andrea,—prosi
guió el jóven enlazando con su brazo el cuerp
de ella,—me asombro de que tal absurdo hay
durado dos años sin desvanecerse, y hac
tiempo estoy pensando que todo vá á concluir
y que tú, como todo lo que interesa á mi co
razon, te vas á desvanecer, á alejarte de mí,
dejándome solo con mi desgracia.

—¡Caviloso!....

—¡Veo que no te defiendes con ardor; ve
que no protestas como yo protestaria en t

caso!—exclamó Monsalud con la impertinente inquietud de los celosos.—Andrea, tú meditas algo, tú me ocultas algo.

—Medito que te quiero más que á mi vida—repuso ella cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el hombro de Salvador, mientras le deshacia el nudo de la corbata.

—Ya sabes, querida mia,—repuso él moviendo la cabeza negativamente,—que tengo motivos para no creer en palabras de mujeres. Déjame que te diga una cosa. Yo creo que tu tio tiene razon al querer casarte; pero el pobre señor ignora que no puedes casarte sino conmigo. Eres tal para mí, que sin poseerte no comprendo la vida. Si me amas del mismo modo, demos fin á estas relaciones peligrosas. Casémonos, Cielo.

—Casémonos, Tierra,—repitió maquinalmente Andrea.—Cuando quise no quisiste..... Está bien. Es verdad que así no podemos seguir..... Pero si le dices á mi tio que seré tu mujer, te arrojará por el balcon.

—Me arrojará por la puerta. Verdaderamente no me importa gran cosa, llevándote conmigo.

—¡Huir!—exclamó la jóven con terror.

—¡Huir!—dijo Monsalud remedándola.—Siempre eres tímida para todo lo que me favo-

rece. ¡Huir! No te llevaré á ningun desierto..... Nos quedaremos aquí.

—Tú estás loco—dijo Andrea levantándose pensativa.

—Pues entonces, hoy mismo le diré al gran Ciceron que te adoro.....

—Si haces eso, si haces eso.....—dijo vivamente Andrea poniéndose pálida.—Pero tú estás loco, Salvador. Mi tio te aprecia mucho, te aprecia muchísimo; pero ¡ay! tú no le conoces. Temo cualquier atrocidad si le dices eso.

—Pues no te comprendo. ¿Creerá tu tio que te morirás de hambre en mi casa? ¿Creerá que no vas á tener una posicion decorosa?

—No.....—dijo Andrea con los ojos fijos en el suelo;—pero mi tio es ambicioso..... tú no sabes quién es mi tio..... tiene ahora la cabeza llena de vanidades, y yo no sé..... Se le figura que yo valgo mucho, que merezco la mano de reyes y emperadores..... tonterías.

—Si tú le ayudas, si tú favoreces en él esas ideas, entonces todo se acabó..... Yo me voy—dijo el jóven con repentina cólera.

—Te enfadas contigo mismo—dijo Andrea mirándole con dulces ojos.—Hazme el favor de no ser terrible. Por ahora no le digas nada á mi tio. Ya veremos.

—Tu tio quiere casarte; tu tio piensa en ello, y sin duda ha formado ya su plan. Andrea, tú no quieres decirme la verdad.

—La verdad es que te quiero con toda mi vida—repitió amorosamente la indiana, repitiendo tambien el abrazo.—Cállate. Haz lo que te mando, y espera.

—¿Crees tú que se puede vivir mucho tiempo de esta manera, á escondidas, ideando mentiras y con absoluta ignorancia del porvenir?

—Es verdad, no se puede vivir de esta manera—repuso Andrea con tristeza.

—No puedes ocultar que te agrada este sistema de vida; que no deseas como yo una paz dichosa al lado de la persona amada. Andrea, en tí ocurre algo. Tú no eres la que eras; tú has variado mucho; en tu cabeza hay una idea nueva. Recuerdo que hace tiempo tú deseabas lo que yo te propongo ahora. ¿Crees que podrás engañarme muchos dias? O te sacaré la verdad, ó te venderás tú misma.

—¿Qué sospechas de mí?

—No lo sé—dijo Monsalud lleno de confusion.—Los que aman no sospechan poco ni mucho; lo sospechan todo de una vez. Cualquier indicio es traicion. Andrea, tú no eres la misma, repito que no eres la misma.

La estrechó entre sus brazos, apretándola

con una fuerza, que más que frenesí de a
parecia el fatal abrazo de Otelo.

—Que me ahogas, tigre,—gritó Andr

Y entre festivas risas le mordió el
En el mismo instante, de las ropas de la
cayó una llave, que escurriéndose por la
bra brilló, al detenerse, sobre el pétalo
flor pintada.

—¿Qué llave es esta?—preguntó Mon
cuya excitacion suspicaz le obligaba á
en el más ligero incidente.

—Es la llave de mis secretos.

Salvador con su perspicacia sutil cre
en el semblante de Andrea ligerísimo
de contrariedad.

—¿La llave de tus secretos?

—Sí; dámela—dijo ella apresurándos
cogerla.

—Es la llave de la cajita negra. Se
antojado abrirla; ¿dónde está?

Andrea vaciló un instante. Parec
meditaba, y que con el pensamiento
raba todo el interior de la cajita neg
tes de entregarla á las pesquisas del
amante.

—Ábrela—dijo al fin.—Allí están t
tas y tu retrato.

—¿Dónde está?

Andrea vaciló otra vez. Al fin, sacando de la cómoda una caja de finísima madera negra, la puso en manos de su cortejo.

—Si encuentras en ella cartas que no sean las tuyas, y un retrato que no sea el tuyo—dijo con gravedad,—puedes matarme. ¿Crees que no hay armas aquí? Mira esto.

Conservando la caja en la mano izquierda, metió la derecha en otro cajon de la cómoda y sacó un puñal. Era una arma preciosa, damasquinada y nielada, con puño berberisco adornado de turquesas.

—Este era de mi padre..... ya lo has visto, —dijo la indiana riendo.—Está destinado á mi esposo, para que me mate el dia en que le sea infiel.

Monsalud, poniendo á su lado el arma, tomó la caja y la abrió:

—Mi retrato—dijo sacándolo.

Andrea se apoderó del medallon y lo cubrió de besos.

—Tú si que no me riñes, tú si que no dudas de mí—le dijo á la pintura.—Tú si que eres bueno, y cariñoso y pacífico.

—Un paquete de cartas—dijo Salvador Monsalud.—Son las mias.

—Dámelas. Valen más que tú.

Andrea desató el paquete. Varias cartas ca-

yeron al suelo. Al inclinarse para recogerlas se sentó en una preciosa piel de tigre que cubria en parte la alfombra. Un rayo de sol que por la ventana entraba inundó de luz el pellejo muerto del animal y el cuerpo extraordinariamente vivo de la hermosa americana.

—Venid acá, prendas adoradas de mi corazon, —exclamó recogiendo los papeles diseminados á su lado y poniéndoselos sobre su lindo pecho.—Vosotras sí que sois amables y cariñosas; vosotras no reñís ni amenazais, ni poneis rostro fiero.

Monsalud, que en el canapé inmediato registraba la cajita, alargó la mano mostrando á Andrea un pequeño estuche abierto.

—¿Quién te ha dado esta joya?—preguntó con calma.

En el estuche brillaba un diamante de gran tamaño. Como al extender la mano entrase en la esfera del rayo de sol, Monsalud parecia estar enseñando una estrella.

—La he comprado yo—repuso Andrea.

—¿Tú?—manifestó Salvador en tono de amarga duda.—Ya sé que tu tio te dá de algun tiempo á esta parte bastante dinero para tus vanidades; pero esto es joya cara, y no es probable que tú la hayas comprado. ¿Cómo es que siendo tu costumbre consultarme hasta cuando

compras una vara de cinta, no me has dicho nada de este despilfarro?

—Pensaba decírtelo hoy,—repuso Andrea soportando con heroismo la mirada penetrante del hombre.

—Entonces lo has comprado ayer.

—Ayer; sí. ¿Eso te sorprende? Ya sabes que me gustan las joyas bonitas..... ¿Pero por qué pones esa cara? ¿Qué piensas?

—Pienso que lo que me dices no será tal vez la verdad—afirmó Monsalud severamente.

—¿De modo que yo no puedo comprar un diamante?

—Pero este diamante es muy caro.

—No tanto como crees, niñito,—dijo Andrea tomando la sortija y poniéndosela en el dedo. —No es muy fino. ¡Pero qué bonito es!

Movia su mano al sol, y los reflejos que partian de ella semejaban hilos de luz, enredándosele en los dedos.

—¿Y este collar de perlas?—preguntó el amante sacando de la caja una magnífica madeja de diez hilos con perlas pequeñas, pero muy iguales.—No diráś que no es fino. Entiendo algo de perlas y estas son de las mejores.

—Ya lo creo—dijo Andrea, sin dejar su cómodo asiento sobre la piel de tigre entre cuyos pelos habian vuelto á desparramarse aquí y

allí las amorosas cartas.—Buen dinero me h costado.

Salvador la miró de tal modo, que la i diana no pudo permanecer en silencio. Neces taba hablar con cháchara festiva para borr de su rostro todo rasgo que, indicando la pr sencia de ciertas ideas en su mente, confirma las sospechas del hombre.

—Veo que estás muy fastidioso—dijo. Dame acá.

Tomando vivamente el collar, se lo pu

—¿No es verdad que es precioso?—añadió i clinando la cabeza hasta unir la barba con garganta y bajando todo lo posible los o para recrearse en la voluptuosa hermosura su propio seno.—Sosten que no es bonito.

—¿Lo has comprado tú?

—No, que me cayó del cielo. ¿Pues cómo tendria si no lo hubiera comprado?....

Monsalud movió la cabeza con triste exp sion.

—Vamos, que no se puede tener nada sin permiso..... Precisamente hoy pensaba habl te de estas magníficas compras. Mi tio me anteayer una gran cantidad; no sé cuanto, n cho, muchísimo dinero. Compré estas joya una señora viuda de un intendente..... ¡C ojos pones! parece que eres tonto..... Sí señ

pré con mi dinerito. Me gustan las co-
nas. Tambien compré en casa del fran-
los portales de Bringas una *citoyenne*
sima, y un chal muy rico. ¿Qué tiene
ne decir á eso, Sr. D. Majaderito?
io un pájaro que vuela, corrió á la có-
sacó las dos prendas mencionadas. La
ne, guarnecida de pieles de armiño y
ro de seda azul y recamada con cordo-
de oro, presentaba el más rico y lujoso
. El chal era de color de rosa con listas
que brillaban como la más deslumbra-
ata. Con esa rapidez de manos que acom-
empre al instinto del bien parecer, An-
puso la *citoyenne;* despues arrojó la
ne para ponerse el chal.
stoy bien?
masiado bien—repuso Salvador contem-
con arrobamiento la hermosísima figura
diana, que volvia la cabeza ante el es-
ra verse la espalda.
me lo permite el Sr. D. Majaderito—
igiéndose á él con ademanes ceremonio-
saré estas prendas que me han costado
ro.
vador no contestó. Hallábase en un es-
profundísimo estupor, cercano al em-
miento.

Andrea se quitó el chal y lo envol rápidamente en el cuello de su amante, ciendo:

—¡Te ahorcaré!

—Habia puesto la rodilla en el canapé, y cuerpo gravitaba con dulce pesadumbre s el pecho y los hombros de Monsalud.

—Andrea,—dijo éste rechazándola su mente.—Si mintieras, si me engañaras, si e vieras jugando conmigo, no tendrias perdo Dios. Quiero creer que no es así. Casi pre una ceguera estúpida á perder la idea que go de tí.

—Pues si te enfadas—exclamó ella con hemencia,—no quiero el diamante, no qu el collar, no quiero el chal.

Quitóse rápidamente las tres cosas y la rojó lejos de sí, dando al mismo tiempo c pié á la *citoyenne* que estaba en el suelo. perlas chocaron contra el cristal de una l na, y el diamante cayó detrás de la cortin uno de los balcones, sin producir ruido alg Monsalud fué allá.

—Ha caido sobre un ramo de flores— con asombro.—Andrea, ¿quién te ha dado hermoso ramillete?

Señaló el objeto mencionado que es en el suelo, junto á los cristales del bal

dentro de un hermoso búcaro de la Montiña.

Andrea estuvo breve rato sin poder contestar.

—¿No te dije que me lo había traido mi tio esta mañana?

—Nada me has dicho. ¡Hermoso ramo! Violetas, pensamientos y rosas tempranas. ¡Qué galante es tu tio!

—Si creerás que me pretende por esposa.

—¿Por qué no?—dijo Salvador tomando el ramo y aspirando su delicado aroma.—El señor Campos está todavia en buena edad.

—Pero no quiere hacer el papel de D. Bartolo. Dame el ramo. Quisiera que la belleza de tantas flores estuviera en una sola para dártela, y que el olor de todas estuviera tambien en una sola, para que guardándola siempre, te sirviera de memoria mia.

Dicho esto con voz patética, que sorprendió mucho á su interlocutor, sacó del ramo una rosa para ofrecerla á Monsalud.

—¡Es la primera vez que tu tio te regala flores?—dijo éste meditabundo.

—¿No la quieres? ¿No quieres una flor que te doy? pues toma, toma, toma.

Andrea se habia sentado otra vez sobre la piel de tigre, y desbaratando el ramo, cada vez que decia *toma,* arrojaba una flor á su cortejo,

apedreándole de este modo lindamente. Él se las devolvia.

Concluido esto, extendió sus brazos sobre la piel ocultando el rostro contra ellos. Yacia dulcemente contorneada en el suelo, y el chal se enroscaba en ella como una culebra de rosa y plata. El desórden de aquella escena era encantador. Las pieles de armiño de la *citoyenne*, semejantes á copos de nieve, eran hollados por los piés de la preciosa indiana, y las ricas telas y la cordonadura de oro se revolvian entre los pliegues de su vestido; las flores aparecian diseminadas en distintos puntos; algunas habian caido sobre las sillas, otras sobre la misma piel de tigre; violetas y jacintos veíanse deshojados y rotos, quier sobre las mismas piernas de Monsalud, quier en los propios rizos del negro pelo de ella. Las perlas extendian diversos círculitos irregulares sobre la alfombra, y el diamante fulguraba sobre el velador como una mirada satisfecha, recreándose en aquel pintoresco y brillante desconcierto.

Uno y otra callaban. Unicamente se oia el ruido que hacia un jilguero en el balcon, escarbando su alpiste y limpiándose despues el pico contra los alambres de la jaula. Monsalud, con el codo puesto en uno de los cojines de la cabecera del canapé y la barba en la mano, halla-

base en el estado de atonía y silencio y quietud que anuncia miradas interiores, ú observacion de fenómenos propios que impresionan profundamente. Andrea no chistaba. Las elegantes ondulaciones de su cuerpo yacente alteráhanse un poco con los movimientos propios de la impaciencia contenida ó con los de la respiracion. De pronto movió la cabeza; Monsalud se extremeció todo al ver aquel movimiento que le mostró la hermosa fisonomía de la indiana, y sus ojos llenos de lágrimas.

—¡Andrea!—exclamó movido de sorpresa y pasion.

La indiana saltó como una ondina, y corriendo á abrazarle, secó aquellas lágrimas junto á él.

XIV

Cuando la criada les avisó que habia peligro, Monsalud pasó á la sala. No era D.ª Rosalda quien venia, sino el mismísimo Campos acompañado del marqués de Falfan de los Godos.

—¿Has esperado mucho?—preguntóle Cice-

ron.—¿Y Andreilla, no ha salido á acor
ñarte?

Salvador, contestando lo que le par
estrechaba friamente la mano del Sr. Ca
y la del Marqués.

—Ya sé á lo que vienes—dijo el *sul*
perfecto.—Siempre con el tema de ese bi
de Gil de la Cuadra..... Ahora quizás sea
fácil. Ya sabes que cae el Ministerio.

—¿Es positivo?

—Figúrate que hoy en la apertura d
Córtes, Su Magestad ha añadido por cu
propia un parrafillo al discurso de la Co
en el cual con buenas palabras pone cual r
gan dueñas á sus Ministros.

—Y en cuanto ha llegado á Palacio
faltado tiempo para exonerarles.....—dijo
fan. —Yo me rio al ver las singulares prá
constitucionales de nuestro Soberano.

—Mientras no se sepa quién nos gobe
mañana—añadió Campos,—hay que de
un lado todos los negocios pendientes. ¡O
buen Aristogiton, no pienses que te ol
Aunque tú pagas con desaires y un hoci
tres varas los beneficios que se te hacen,
demonios! me he propuesto complacerte
conseguiré. Encuentro muy meritorio ese
rés que tomas por un pobre anciano de

do. Hay que trabajar, hay que trabajar, granujilla, porque satisfagas tus sentimientos caritativos. Eres todo un hombre de bien.....

—Gracias—repuso Salvador cavilando acerca de la nueva ingeniosidad de su amigo.

—Ya hablaremos, ya hablaremos—dijo Campos.—Ahora tenemos el Marqués y yo muchas cosas en qué pensar. Y puesto que te hallamos aquí tan á punto, querido Monsalud, vamos á darte una buena noticia. ¿Se lo digo, señor Marqués?

—¿Por qué no?—indicó Falfan de los Godos promulgando el gozo de su alma por medio de sonrisillas y gestos.

—El Sr. Marqués se nos casa—dijo Campos acariciando la espalda del exento.—Ya supondrá con quien. Con mi sobrina.

Monsalud se quedó blanco y frio. Una punzada agudísima hizo extremecer de dolor su corazon. Afortunadamente la sala estaba oscura, y la emocion del jóven que este se esforzaba en disimular, no fué advertida.

—Es un proyecto improvisado sin duda—dijo pasándose la mano por la frente para apartar una especie de negrura que le caia sobre los ojos.

—Ya venimos pensando en esto hace algun tiempo. Pero el Sr. Marqués no ha necesitado

hacer grandes esfuerzos para cautivar á l
mosa americanilla.

—Pongamos las cosas en su verdade
gar—dijo Falfan de los Godos haciendo
de de buen sentido.—No soy un vej
comedia, bien lo sabe el amigo Monsalu
nozco la fecha de mi nacimiento y la d
porcion que existe entre mi edad y la d
drea. Por eso no he caido en la ridicu
pretender inspirar á la niña una pasion
dable..... Verdad es que no soy un ma
cho, y mis cincuenta ofrecen un aspecto
ble..... pero no; nada de pasiones exal
Yo me contento, amigos mios, con haber
do, como es evidente, inspirar á Andre
amor tranquilo y sesudo..... pues, sesud
amor que á las dulzuras propias de est
timiento reune las sabrosas insulseces
amistad. Me satisface además completar
el saber que las primicias sentimental
corazon de esa tierna criatura van á se
este goloso que indudablemente no las n

—Eso sí, amigo Falfan—manifestó
pos:—la prenda que se lleva usted exced
dos los elogios. No es porque sea hija
querido hermano, ni me ciega el amor
que le profeso; pero la verdad por de
Existen pocas muchachas como Andrea.

hay que decir de su belleza que está á la vista de todos; ¿pero y su talento, y sus virtudes, y su piedad, y su génio manso y apacible, y aquella bondad deliciosa que convida á entregarle el corazon? Un defecto tiene, y por lo mismo que está delante el que vá á ser su marido, lo digo..... ya hemos hablado de esto el Marqués y yo; pero este defecto es de los que dejan de serlo, cuando se está en posicion holgada y opulenta como la que tendrá la marquesa de Falfan de los Godos..... la marquesa, sí, sí; ¿por qué no se ha de decir? He encargado hoy mismo una magnífica palangana de plata con las armas y el hermoso lema *Vallifamius Gothorum*..... pues volviendo al defectillo.....

—No hay que fijarse en una inclinacion propia del bello sexo, y que frecuentemente adorna á las que han nacido hermosas—dijo el Marqués.—¿No es verdad, querido Aristogiton?

—Seguramente. El Sr. Campos se refiere á la pasion del lujo y al delirio de las galas y atavíos para realzar la hermosura.

—Andrea se ocupa excesivamente de engalanar su persona—dijo Ciceron;—pero esto que seria imperdonable en la esposa de un menestral, ¿puede vituperarse en la mujer de un prócer millonario? De ninguna manera.

—Al contrario—indicó Monsalud,—la alta posicion exige un esmero constante en la persona, cultivar el lujo, favorecer las artes; con lo cual, una dama elegante dá lustre á su marido y á la casa cuyo nombre lleva.

—¡Oh! Ha hablado usted acertadamente—dijo el Marqués echándose hácia atrás y dándose golpecitos en la boca con el puño de su baston.

—¿Pero qué hace esa chiquilla que no viene! —exclamó con impaciencia Campos.—¡Andrea, Andrea!

Monsalud ante la anunciada presencia de Andrea, sintió una llama en su pecho. Resolvió esperar.

—Voy á buscarla—dijo Campos.—Vaya, que nos obliga á hacer unas antesalas.....

Cuando el Marqués y Salvador se quedaron solos, aquel pegó la hebra, como suele decirse, en la política, espetando á nuestro amigo un trozo literario que bien podria haber pasado por artículo de fondo en las graves columnas de *El Universal*, órgano entonces de la gente templada. Poca ó ninguna atencion ponia el angustiado jóven á los atildados párrafos y discretas observaciones del Marqués, que supo hacer un resúmen de la famosa *coletilla* añadida por el Rey á su discurso de apertura en la so-

idad constitucional de aquel dia, 1.° de
o de 1821. Emitió despues varios juicios,
s muy templados y sesudos, acerca del es-
general de la cosa pública, de la caida del
sterio, del conflicto parlamentario que de-
uceder al acto imprudente de la Corona;
ió una ojeada en redondo al inmenso cír-
de los sucesos y de las personas, señalan-
nómenos desconsoladores, previendo desas-
anunciando terribles hundimientos y nau-
os de esa viejísima *nave del Estado*, en la
la literatura política de todos los tiempos
ares ha hecho tantas travesías.

omo se atiende á la lluvia, cuando no se
a salir á la calle, así atendió Monsalud al
asco verbal del Marqués. Dejábale hablar.
ávés de aquel nublado, el desairado amante
ia más que el cielo que habia perdido. Es-
anonadado cuando regresó Campos. El sem-
e de este revelaba tristeza y contrariedad.

¿Qué hay?—le preguntó Falfan.

Nada, que esa mocosilla se nos ha puesto

Que vayan á buscar un médico..... ¡pron-
a médico!—exclamó con agitacion el exen-
vantándose y dirigiendo brazo y baston á
te y Occidente, como general que dá ór-
s en una batalla.

—No es para tanto.

—¿Puedo pasar á verla?

—Creo que sí—dijo Campos con oficiosa complacencia.—Pero no ahora..... Querrá dormir un rato..... Puede usted pasar si gusta al cuarto de Romualda que acaba de llegar.

Falfan salió.

Monsalud al verse solo con Campos, sintió que en su pecho nacia uno de esos accesos de coraje que al varon más prudente le impulsan á acciones violentas y brutales. Levantóse con los dientes apretados, las manos crispadas.....

Campos vió que sobre él caia una tempestad. Cruzando las manos en ademan de súplica, detuvo al jóven diciéndole:

—Monsalud, por tu honor, por tu vida, cálmate..... Soy tuyo, soy todo tùyo, te pertenezco. Pídeme lo que quieras. Dá por conseguido lo que pretendes. Tu pariente, tu padre ó lo que sea, saldrá de la cárcel..... pero no hagas escándalos, no me comprometas..... por Dios y la Vírgen Santísima, no alces la voz.

Monsalud vaciló un instante, hizo un esfuerzo para domar su cólera y despues dijo:

—¿Á qué tanta farsa? Hablemos con claridad.

—Sí, con claridad—repuso Campos muy agitado.—He descubierto todo. Yo soy aquí el

do, yo soy aquí el ofendido, porque has
do mi casa; pero te perdono, te lo per-
ido con tal que te vayas y no vuelvas
on tal que desaparezcas y no existas
i sobrina..... Yo tengo derecho á ello;
derecho hasta á quitarte la vida; pero
do, pasado. Vete. Ya sabes que he que-
rorecerte; no te quejarás de mí. En cam-
ido que huyas, que desaparezcas, que no
más para mi sobrina. Si quieres, te lo
de rodillas, y será gracioso ver á un *Va-*
Príncipe del Real Secreto de hinojos
triste *Caballero Kadossch*. Vete y bús-
jos de aquí para ponerme á tus órdenes.
s que se suelte á todos los reos que hay
rid? Se soltarán, se soltarán con tal que
tas más para Andrea.
ndrea!—exclamó Monsalud procurando
r en expresiones de desprecio la furia de
.—Yo la desprecio como te desprecio á
ante!
oir las palabras que balbució Campos,
nte engañado salió de la casa.

XV

Monsalud se ocupó durante gran parte del dia en diversos asuntos que no podia abandonar, por muy perturbado que su ánimo estuviese. Cuando fué á su casa, mucho más temprano que de costumbre, Solita con toda la inocencia de su alma le dijo estas palabras:

—Hermano, hoy si que te ha soltado pronto tu novia.

La muchacha se quedó muda de asombro y terror al ver que su broma no era recibida como de costumbre, con simpatía y buen humor. El semblante de su hermano indicaba una agitacion extrema, y sus lábios descoloridos articulaban sílabas silenciosas.

—Déjame en paz—le dijo con bruscos modos.—No seas impertinente.

Solita temblaba como un criminal arrepentido. Su impertinencia se le representaba en la imaginacion cual horrendo delito. Despues de meditar breve rato, creyó que el mejor medio para lavar su falta, era pronunciar algunas palabras que destruyeran el deplorable efecto de las anteriores.

—¿Te pasa algo?—preguntó con mucho interés.—¿Estás enfermo?

Monsalud alzó la cabeza, mostrando á los atónitos ojos de Solita los suyos llenos de extraño fuego.

—No me pasa nada. Ya hace media hora que estás plantada en la puerta—dijo el hermano en tono durísimo.—¿Me dejaras al fin en paz? Sola, Sola, ¿por qué eres tan pesada?

Esta reprension era demasiado fuerte para el alma asustadiza de la hija del realista. Sintió una congoja que le desgarraba el corazon, y casi casi estuvo dispuesta á arrojarse de rodillas delante de su hermano, pidiéndole que la perdonase. Pero el temor de enojarle más la detuvo. Estaba tan asustada, que hasta temia molestarle con el ruido de sus pasos al retirarse. Hubiera deseado poder huir sin moverse, sin correr, sin andar, desapareciendo como una sombra ó apagándose como una luz.

—Te he dicho que no necesito nada—repitió Salvador deteniéndose ante ella, despues de dar varios pasos por la habitacion.

Un instante despues Monsalud estaba solo consigo mismo. Midió la pieza de largo á largo varias veces con agitado paseo; sentóse luego, y apoyando los codos en la mesa, puso la cabeza entre las manos, como si necesitara aque-

lla de estos dos puntales para no caerse busto. Al cabo de un rato de dolorosa medi cion sobre su desaire, la voluntad, ó mejor cho la misteriosa fuerza reparadora que en órden moral como en el órden físico poseem empezó á trabajar dentro de él. Trataba consolarse, imaginando razones positivi que atenuaran el desconsuelo total de su ab curando además la profunda herida abierta el amor propio. Pero en estos casos de sens lidad hondamente excitada, las razones pos vistas por ingeniosas que sean y aunque en nen de la dialéctica más segura, son como medicamentos que el criterio vulgar llama ños calientes y que ó no hacen nada ó exa ban el mal.

El dolorido razonaba admirablemente, mientras mejor razonaba, argumentando c tra su propio dolor, más crecia éste, con fuerza hincaba su agudo diente, más aviv sus inextinguibles áscuas. Una lógica inc trovertible demostraba que habria sido g error contraer matrimonio con Andrea; dem traba que en el carácter de la americana h un gérmen maléfico cuyas consecuencias é fácil prever á la razon fria.

Pero armas tan sutiles no eran poder contra la sensibilidad inflamada. Calmada e

deraba con elevacion el mal que padecia, alizando sus desgracias y sometiendo to- as ocurrencias desdichadas de su vida á ey fatal, que presidia sus tristes destinos, las estrellas de la antigua nigromancia. Otra equivocacion—decia,—otra caida, desengaño. Todo aquello en que pongo los e vuelve negro. Si mi corazon se apasio- r algo, persona ó idea, la persona se cor- e y la idea se envilece. Conspiro y todo al. Deseo la guerra y hay paz. Deseo la hay guerra. Trabajo por la libertad y anos contribuyen á modelar este horri- nstruo. Quiero ser como los demás y no . En todas partes soy una excepcion. viven y son amados; yo no vivo ni soy o, ni hallo fuente alguna donde saciar l que me devora. ¿Amigos? ninguno me ace. ¿Artes? las siento en mí; pero no ten- ucacion para practicarlas. ¿Amor? siem- ue me acerco á él y lo toco me quemo. gion? los volterianos me la han quitado onerme en su lugar mas que ideas va- ... Dios mio, ¿por qué estoy yo tan lleno o tan vacío en derredor de mí? ¿En dónde aré este gran peso que llevo encima y o de mi alma? Voy tocando á todas las as, y en todas me dicen: "Aquí no es,

hermano, siga usted adelante.» Voy sie
adelante. Algun sér existe sin duda que
sentado junto á su casa, esperándome
ansiedad; pero yo paso y vuelvo á pasar,
y bajo, entro y salgo con mi carga á cues
no doy jamás con la puerta de mi semej
Voy aburrido y desesperado, ando sin
«¿Será aquel?» me pregunto. Creo haber
tado, y una brutal mano me lanza al camin
ciendo: «Sigue adelante que aquí no es
«Aquí no es, aquí no es, aquí no es.» En
mi vida no oiré sino estas desesperantes
bras. «Aquí no es,» me dijo Genara. «Aq
es,» me dijo el partido jurado. «Aquí no
me dijo la emigracion. «Aquí no es,» m
la pátria. «Aquí no es,» me dijeron las
del año 19. «Aquí no es,» me han dicho
berales de ahora. «Aquí no es,» me aca
decir Andrea. No es en ninguna parte,
moriré de cansancio y fastidio en med
camino. ¡Maldita sea la hora en que nací
soy del crímen, y la expiacion de él tom
ne y vida en mi persona miserable.....
qué soy tan distinto de los demás que en
guna parte encajo? ¿Por qué ningun hueco
cuadra á mi forma? Mejor es desbaratarse
rir ¡Dios mio! que estar siempre de más..

Al concluir esta série de razonamient

au en su cerebro como chispas de un
candente herido en la fragua por el mar-
lió repetidos golpes con la frente en la
abla de la mesa.
)bre hombre! La verdad es que teniendo
dios vulgares para ser feliz, no podia
sin duda por repugnar á su naturale-
vulgares medios. Pero se equivocaba al
a culpa de sus contrariedades al destino,
strellas, á una crueldad sistemática de la
encia, como es frecuente en los que ra-
poco: las causas de su constante des-
y de sus caidas teníalas dentro de sí
, y se estaba atormentando constante-
en virtud de una poderosa fuerza crítica
ompañaba todos sus actos. Sin quererlo,
te le presentaba con claridad suma todas
minaciones y fealdades de los hombres
a vida, exajerándolas quizás, pero sin
ar ninguna. Por eso, cuando el natural
de compensaciones que preside á la exis-
le conducia á una situacion lisongera y
sta, al amor, por ejemplo, se abrazaba
con la desesperacion del náufrago; y des-
do todas las fuerzas de su sér, las dirigia
objeto; se apasionaba y exaltaba tanto,
si toda la vida debiera condensarse en
mana y el universo entero en las sensa-

ciones y los espectáculos de un dia. Cuando el desengaño llegaba, natural invierno que con órden incontrovertible sigue al verano de la pasion y del entusiasmo, le sorprendia á tanta altura que sus caidas eran desastrosas. Otros caen de una silla y apenas se hacen daño. Él, que siempre se encaramaba á las más altas torres, quedaba como muerto.

Otra causa le hacia infeliz; la desproporcion inmensa entre sus condiciones sociales ó de nacimiento y la superioridad ingénita de su inteligencia y de su fantasía. La fantasía le estaba incitando á todas horas con vivaces estímulos: era como un aguijon constante que intentara hacer correr á quien carece de piés. Considerad una inspiracion ardiente sin medios de manifestarse, semejante á la curiosidad óptica del ciego; una inspiracion que daba el fuego sin combustible, el agua sin vaso, la idea sin la palabra, ni la línea, ni la nota; considerad un alto ingenio que no sabe más que leer y escribir en una época en que el arte tiene que ser letrado porque han desaparecido los bardos y los trovadores de camino, y comprendereis cómo pesa sobre un alma la fantasía cuando la falta de educacion la ha privado de sus sentidos propios. Es verbo inencarnado que lucha en las tinieblas con horrendo torbellino, que-

lo ser forma y sin satisfacer jamás su anhe-
loroso.

alvador tenia pasion por la música. Al
lecerse en Madrid el año 18 creia en su
or (pues su alma era en el fondo excesiva-
e candorosa) que aquel arte estaba al al-
de todo el mundo. Ignoraba las inmen-
ificultades técnicas, jamás vencidas des-
de la infancia, que caracterizan al arte
mable y más profundamente patético en
guedad soñadora de su expresion. Con
ideas, Monsalud compró un piano. Creia,
vulgarmente se dice, que en el clave
es coser y cantar. El desengaño vino
tante, y el pobre jóven se encorvaba
esesperacion sobre el ingrato instrumen-
sus dedos de hierro herian las teclas sin
hacerles hablar más que un lenguaje
de y estrepitoso. Al mismo tiempo tra-
le explorar el mundo de aritmética y de
ía comprendido en las cinco rayas de la
musical, y su mente caia rendida ante
bajo que exige paciencia sin fin y árida
ca. Un dia le sobrevino un arranque de
rante los estudios musicales, que ase-
an su casa á un conservatorio de locos, y
do un martillo, dijo á las teclas:

No quereis responderme? pues tocad ahora.

Y las despedazó. La caja no tuvo mejor suerte, y una vez vacía, la llenó de legajos. Aquel clave sufrió la suerte de los hombres que á cierta edad se vacían de ilusiones y se llenan de positivismo.

La poesía escrita le cautivaba sobremanera. Tambien se le antojó ser poeta escrito, lo cual es muy distinto de poeta sentido; pero tropezó con el inconveniente de no saber nada de nada, grave contrariedad que estorba mucho, aunque no tanto como al músico la ignorancia técnica de su arte. El poeta puede salir de su atolladero con libros, y en aquel tiempo, aunque pocos, había libros. Lo que principalmente faltaba era espíritu literario, que es la atmósfera del artista; faltaban público y amigos tocados de la misma debilidad versificante, porque cuanto respiraba, respiraba entonces con los pulmones de la política. Salvador creyó sin embargo que en sí mismo encontraria todo lo necesario, es decir, poeta, espíritu poético, público, y hasta el aplauso, que tambien es musa. Compró libros, empezó á desflorar aquí y allí; pero ¡ay! que á las primeras tentativas vió que le faltaba una musa imprescindible, una musa sin cuya condescendencia no es posible hacer absolutamente nada; le faltaba tiempo. No sabemos lo que habrian hecho

ero y el Dante con su inmensa inspira-
si no hubieran podido consagrar á los
s ni aun medio minuto, si hubieran teni-
ie ganarse la vida trabajando diez y seis
i en áridas cuentas y fatigosos menestе-
ii la obligacion sagrada de mantener á su
e les hubiera quitado toda ocasion de re-
iar al trabajo lucrativo para emprender
oriosa, agitada y vagabunda vida de la
inacion.

Jn dia Salvador se sintió muy mal humo-
. Cogió los poetas, y acordándose de Feli-
, les trató como á herejes.

ún le quedaba un respiradero, un escape,
vía libre, aunque muy estrecha para sa-
de sí mismo y quebrantar la ley de con-
acion y encierro que le estaba emparedan-
alma, digámoslo así; le quedaba el perio-
o, y entonces habia una prensa no despre-
e; donde la juventud podia hacer sus
s. *El Espectador* y *El Universal*, que hoy
acen reir, eran órganos hasta cierto pun-
nados y sonoros. Salvador no dejó de ha-
i prueba; pero bien pronto aquel enérgico
itu crítico de que antes hablamos le hizo
ecibles las redacciones, como le hizo abor-
les más tarde las lógias, los clubs y la po-

Mas de repente descendió para él de ignorado cielo la hermosa figura de Andrea. Entonces, las artes todas que antes no habian tenido nota ni palabra, se realizaron. Andrea era la música, la poesía, la pintura, la estatuaria, hasta la arquitectura y la danza; era tambien, si se quiere, el periodismo, la gran política, la vida toda en fin. El arte tiene distintos caminos para satisfacer el alma: unas veces vá por el camino de los lienzos y de las notas, otras por los derrumbaderos de la pasion entre tormentos y goces infinitos. Como quien lo tiene todo, como quien recoge á manos llenas abundantes frutos y flores en todas las ramas del gran árbol del espíritu, Salvador estaba satisfecho; todas las teclas habian respondido, y sin notas ni versos, poesía y música habian saciado su sediento afan.

Corrieron dias felices. Él, sin embargo, se proporcionaba el placer de atormentarse pensando en la probabilidad de perder á su amada; y su cavilacion, despertando otros recuerdos y estableciendo los términos sistemáticos de su desgracia, llegó á darle la seguridad completa de un conflicto. El alma se defendia rabiosamente contra aquella alevosa guerra de distingos y sutilezas. Por adorar hasta adoraba los defectos de Andrea, mejor dicho, veia en ellos

s nuevas y donaires desconocidos, por motivo, en el momento de la caida, la visto rechazando las razones positivis- n que el pérfido *intellectus* trataba de arle su hermoso sueño. Andrea era para otalidad de las satisfacciones humanas y al de la vida. La amaba en globo, con sus os, conociéndolos y aceptándolos como se an sin la más leve protesta de los ojos las has del sol. Ni por un momento pensó en arse de ella por causa de tales lunares, ntes encantadores que se confundian con rfecciones, sin que el ciego amor pudiera dónde acababa Dios y empezaba Satán. oismo estupendo del amor ahogaba en- s en Monsalud la potencia crítica que hemos reconocido. Para que uno y otro pararan era preciso, pues, que mediase ran violencia ó una traicion de ella. Esta como hemos visto, y el pobre hombre do- y desesperado por la conmocion de la , meditaba en la noche que siguió al dia esengaño, verificando una especie de re- en su propia pena, y golpeaba en la del bufete con su cabeza, cual si esta un caldero lleno de absurdos, que merecia to y desocupado.

Entretanto, Solita, llena de consternacion por lo que habia visto y oido, se retiró. No se apartaba de su mente la idea de que Salvador sufria algun mal muy grande. ¿Cómo consolarle, cómo aliviarle al ménos? Por último, cavilando durante largo rato, sus ideas variaron.

—Ya adivino lo que es—dijo.—Salvador está triste y enojado porque tiene malas noticias de la causa de mi padre, y se desespera por no poderle sacar de la prision.

Al instante corrió en busca de D.ª Fermina. Manifestóle lo que habia pasado, y las dos deliberaron si debian esperar á que él revelase la causa de su malestar ó interpelarle desde luego sin miedo.

—Esperemos—dijo la madre.—Si dá en callar no le sacaremos una palabra.

No habia concluido de decirlo, cuando sintieron la voz de Monsalud que gritaba:

—¡Madre, madre..... Soledad!

Corrieron allá.

—Madre..... Soledad.....—repitió Salvador viéndolas entrar.—Aquí no tiene uno quien le acompañe..... le dejan á uno morirse de tristeza. Ni siquiera vienen á preguntar si se me ofrece algo.

El semblante del jóven expresaba una reaccion viva en sentido consolador. En lo más

extremado de su pena, sintió que ésta se agrandaba con el aislamiento, y un poderoso instinto de restauracion le impulsaba á rodearse de personas queridas.

—Hijo, si estamos aquí..... Sola me ha dicho que la has despedido con dos piedras en la mano—dijo D.ª Fermina.

—Ha sido una broma—indicó Monsalud, sintiendo remordimiento por haber tratado mal á su protegida.—Solilla, siéntate aquí y trabaja en mi cuarto. Necesito que me acompañes.

—¡Tienes que decirnos algo desfavorable del pobre D. Urbano?

—Nada, nada; todo lo contrario. Espero sacarle pronto de la cárcel. Hoy precisamente han variado las cosas.

Solita miró con expresion de incredulidad á su hermano.

—¿No lo crees?.... Pronto verás que no te engaño..... Una circunstancia imprevista lo arreglará todo. ¿Estás enfadada conmigo porque te dije impertinente?

—¡Qué tonto eres!—respondió la de Gil de la Cuadra, toda ruborosa y turbada.—Nada de lo que tú hagas ó digas me puede enfadar. ¿Qué importa una palabra de más ó de ménos? Bien sé que eres muy bueno para mí.

—Gracias, hijita. Haces bien en tener esa

confianza en el hombre que vá á ser.....

—¿Qué?

—Padrino de tus muñecos. Tengo ganas de ser padrino de algo. Sin embargo, más vale que no sea yo padrino de ellos.

—¿Por qué?

—Porque se moririan.

—¿Pero es verdad que no nos engañas? ¿Hay esperanzas de que el Sr. D. Urbano?....—volvió á preguntar D.ª Fermina.

—Sí, tengo mucha esperanza de lograr mi objeto. ¡De qué caminos tan extraños se vale la Providencia!

—¿Pero es cierto, es verdad lo que dices?—exclamó Sola derramando lágrimas de ternura.—¡Mi padre libre!

—El corazon—dijo D.ª Fermina,—me ha estado diciendo todo el dia que se nos preparaba un acontecimiento feliz.

—Y yo—añadió Solita con emocion profunda,—tambien he tenido hoy unas corazonadas..... Anoche soñé que me asomaba al balcon y que veia á mi padre entrando en la calle. El pobrecito me saludaba con la mano, dándose tanta prisa á entrar y subir la escalera, que tropezaba á cada momento.

—Es particular—dijo la madre.—Yo tambien soñé anoche una cosa parecida.

—Es particular—dijo Monsalud.—Sin duda es esta la casa del sueño. Hace poco me quedé adormecido y soñé.....

—¿Que mi padre estaba libre?

—Sí; pero mira de qué modo tan particular. Yo me dirigia por la calle de la Cabeza á la cárcel de la Corona. Llegué á la puerta y me salió al encuentro, ¿quién creerás que me salió al encuentro?

—¿Un centinela?

—¿Un carcelero?

—Un perro.

—Lo mismo dá.

—Un perro, no de tres cabezas, como el del infierno, sino de una sola; pero tan horrible, que su vista me hacia temblar de sobresalto y horror. Sus ojos despedian fuego, y su espantosa boca llena de cuajarones de sangre, se abria hasta las orejas dejando ver feroces dientes agudísimos y una lengua que vibraba como hoja de metal. Era la bestia más repugnante y horrible que imaginarse puede. Pero lo más particular era que aquel horrendo animal hablaba.

—¿Hablaba?....

—Yo le dije que iba á buscar á un infeliz encerrado en la cárcel. El perro fijó en mí sus ojos de fuego, cuya claridad me llegaba al alma, extremeciéndome todo.

Las dos mujeres se extremecian tambien, y los ojos de Solita no estaban ménos espantados que si tuvieran enfrente al temible can.

—El perro dió un gruñido—continuó Monsalud,—y con su voz que resonaba como si saliera de honda caverna, me dijo: «Está bien, amigo mio.....»

—Amigo mio....! pues no dejaba de ser cortés.

—«Está bien, amigo mio, me dijo; puedes llevarte al preso con una condicion. Ya sabes que yo me alimento de corazones. Dame el tuyo, y hemos concluido.»

—¿Y se lo diste?.... pero hombre..... pero hijo.....—gritó D.ª Fermina con impaciencia.

—Me clavé las uñas en el pecho, apreté fuerte, metí la mano.....

—¡Jesús!—exclamó Solita, apartando el rostro.

—Metí la mano, me saqué el corazon y se lo arrojé á la bestia, que con su feroz boca lo cogió en el aire. Entré, y cuando salia, sacando al señor Gil, ví que el perro mascullaba el pedazo de carne, saciándose en él. ¡Ay! cuánto me dolia!

XVI

lvador se preocupaba bien poco de un scimiento que por aquellos dias, los pri- de Marzo, agitaba hondamente el mar de ítica, produciendo borrascas, zozobras y agios. ¿Necesitaremos recordarlo, á pesar ber hablado de él, por cierto con mucha cion, el marqués de Falfan de los Godos? y, olvidando las prácticas constitucionales haciéndose el tonto, que es la opinion utorizada, añadió al discurso de la Coro- patrafillo de su invencion, en el cual se de los insultos que diariamente reci- cusando con este motivo á los Ministros as autoridades de Madrid. Alborotóse el eso, alborotáronse más los clubs, los Mi- s estaban con medio palmo de boca abier- a saber lo que les pasaba, y mientras el es destituia arrebatadamente, dábales el eso un voto de confianza y una pension- e sesenta mil reales; admirable almohada reclinar la gloriosa cabeza despues de una

Su Magestad, firme en el propósito (cerse el tonto (y quien crea otra cosa nc hasta dónde llegaba la malicia del astut *neto*), pidió consejo á las Córtes para la f cion del nuevo Ministerio; inaudita aber constitucional, pues el Gabinete caido mayoría. Los diputados contestaron al n je del Rey con un refunfuño de desconf achacaron á la *mano oculta* los insultos (bidos, y negáronse á proponer los nuev(nistros, dando á entender al Soberano (Ministerio Argüelles era el mejor de los l terios posibles. Fernando consultó enton Consejo de Estado, y de esta consulta s Ministerio del 4 de Marzo.

Era natural que el nuevo Gabinete n tase á nadie. Los tibios le tenian por exal y los exaltados por tibio. Procedente co anterior de la mayoría, el Gabinete Valde Feliú, representaba las mismas ideas, l pia indecision, idéntica dependencia de jos secretos; representaba tambien la deb frente á los alborotadores, las pedradas al del Rey, la tolerancia de las grandes conspi nes y la persecucion sañuda de las pequ De entonces data, si no estamos equivoc la célebre frase de *los mismos perros con tintos collares*. Más adelante, cuando

de Ultramar á Gobernacion, el Gabinete derezó como una planta cuya sávia se re-a, y supo desplegar contra los alborota- y los clubs una energía que hasta enton- se habia visto en el Gobierno despues de volucion.

al era la situacion política á principios larzo. En el Gobierno debilidad; en el reso confusion; en Palacio, solapados jos de conspiracion, cuyas resultas se más adelante. El pueblo desbordado y conocer ley ni freno alguno, expresaba luntad del modo más ruidoso y grosero clubs. A fuerza de oir hablar de su sobe-, empezaba á creer que esta consistia en constante de la iniciativa revolucionaria el ejercicio atropellado de la revocacion ancion populares en asonadas, violencias cidades sin cuento. Romero Alpuente, un furibundo á quien despues conoceremos, dicho que la *guerra civil era un don del* Istúriz, jóven y exaltado, habia dicho a palabra *Rey era anti-constitucional.* no Guerra, habia dicho que el *pueblo derecho á hacerse justicia y vengarse ropio.* Golfin, habia dicho que *la anar- purgaba la tierra de tiranos.* Otro lla- al Trono *cadalso de la libertad.*

Entretanto las sociedades secretas estaban desconcertadas, porque si bien el nuevo Ministerio saliera de ellas como el anterior, no habia gran seguridad de que se dejase gobernar por los *Valerosos Príncipes*.

—Estamos—decia Campos,—en la situacion más oscura que puede imaginarse. Yo no he tenido nunca á Feliú por muy afecto á nuestro Orden, y temo mucho que se nos vuelva en contra. Sin embargo, anoche nos ha echado un discursejo con muchos ofrecimientos y palabrotas; pero no me fio, no me fio.

Esto lo decia el gran Ciceron sentado junto á una mesa del café de *La Fontana*, teniendo enfrente á Salvador Monsalud, que entre sorbo y sorbo de café leia *El Espectador*. Cómo se habian juntado despues de su violenta separacion, cómo habian ido allí, apareciendo amistosamente reconciliados merced á un par de tazas y otras tantas copas, es cosa que se explica fácilmente. Campos fué á casa de Monsalud una mañana, anunciéle que tenia que hablar de asuntos igualmente graves para los dos, y aunque el jóven le recibió con los peores y más ásperos modos, como Ciceron no se daba por ofendido y era hombre que respondia con risas á las palabras duras, bien pronto uno y otro á pesar de su desacuerdo hallaron

un término comun de reconciliacion pasajera. Campos convidó á Aristogiton á pasar un par de horas en *La Fontana*, y una vez allí, sentáronse en el más apartado y oscuro rincon del local, tras la tribuna, y no lejos del mostrador. Casi estaban solos, porque en tal hora, el célebre club *de los amigos del órden* descansaba de sus fatigas.

—Pero á pesar de todo, nosotros no hemos perdido nada todavia—añadió Campos,—y yo quiero ver quién es el guapo que se atreve á dar un golpe á las sociedades secretas, autoras solo de la revolucion de España, sino de las de Portugal y Nápoles. Este poder inmenso no se pierde por una veleidad ministerial..... Conste, amado Aristogiton, yo planteo nuestra cuestion en los mismos términos en que la planteé en mi casa hace ocho dias, cuando te pusiste como un basilisco y aun creo que intentaste pegar á tu maestro..... pero hombre de Dios, ¿no me haces caso de lo que te digo? Mientras hablo, tú lees.

—Oigo perfectamente—dijo Monsalud dejando el periódico y tomando la taza.—La cuestion planteada en los mismos términos que aquel dia.....

—Cuando me quisiste pegar—repitió Campos con burla.—Despues me estuve riendo de tí

dos horas. Si yo fuera un hombre terrible, te habria echado por el balcon; estaba en mi derecho.

—No lo niego. Si yo hubiera sido un imprudente le hubiera roto á usted la cabeza; tambien estaba en mi derecho por haber sido engañado. Usted intentó comprarme con viles ofertas de destinos y menudencias.

—Y ahora te compro por el precio que tú te has puesto; te compro por la concesion de una gracia á que das suma importancia. La cosa en sí es la misma: no varía más que el precio y la clase de moneda. Tú me dejas en paz á mi sobrina.....

—Y usted me pone en la calle á un pobre preso que será ahorcado si las cosas siguen por el camino que llevan.

—Perfectamente. Trato clarísimo y que no dá lugar á engaños ni malas interpretaciones. *Do ut des.*

Campos, como hombre que ve adelantar satisfactoriamente una negociacion de importancia, respiró con fuerza, embaulando despues media taza. Robespierre (1) subió á sus rodillas. Uno y otro se acariciaron.

—No debes extrañar—añadió,—que yo quisiera favorecerte con un buen destino y aun

(1) Un gato. Véase *La Fontana de Oro*.

e. A mí me gusta hacer las cosas con de-
a. De este modo se llega al objeto sin
r á nadie, sin ruido y sin dimes ni dire-
reí que tú, como hombre listo, me en-
ias despues del primer avance, y toman-
ue te daba, te dispondrias á callar y á
er, dejándome el campo libre. Pero no
liste. Tienes un candor honradillo que
se te digan las cosas claras, y en ver-
mí me repugnaba hablarte con claridad
nto tan peligroso.
lgo creí entender, pero como no contaba
traicion de Andrea, no pasé de sospechas

La traicion!—dijo Campos con gravedad
a.—Pero hombre..... ¡qué palabrotas se
ahora! Dí más bien que mi sobrina com-
ó lo que sacaba del noviazgo contigo.
i parte, de algun tiempo á esta parte me
o porque tenga una posicion tónica y
corresponde á sus méritos. Es tiempo
que tenga un padre vigilante y cariñoso.
fieso, amigo Aristogiton, que cuando
hé tus niñadas con ella, y más aún, cuan-
sospechas se trocaron en certidumbre.....
ntia impulsos de despedazarte. Pero me-
o bien, resolví tener mucha calma, abor-
cuestion con astucia, evitar un escánda-

lo que pudiera turbar la paz espiritual del bue
Falfan de los Godos. De esta manera todo
quedan contentos. No creas que me ha costad
poco cautivar á Andreilla. La pícara se nos es
capaba como una mariposa, cuando creíamo
tenerla segura; pero conquistado tú, que era
el Montjuich, la rendicion de la Ciudadela e
inevitable..... ¿Te das por conquistado?

—Me doy por conquistado.

—¿Renuncias por completo y en absoluto
ella? ¿huirás de su trato y de su vista, y en ca
de que la casualidad te la ponga delante, hará
con ella como si nunca la hubieras conocido?

—Lo haré.

—¿La despreciarás, la arrojarás de tu lad
le harás ver de una manera indudable que tú
ella sois como el agua y el fuego que no se pue
den juntar?

—Como el agua y el fuego.

—Y si la tempestad arrecia, ¿serás capa
hasta de hacerla creer que estás enamorado d
otra?

—Tambien.

—Vamos, eres un hombre. Tus declaracio
nes merecen una *salva*. Echemos *pólvora ful
minante* en el *cañon* y disparemos.

Los masones llamaban pólvora fulminante
ron. El *cañon* y la *salva* ya sabemos lo que eran

—*¡Fuego!*—dijo Monsalud llevando la copa á sus lábios.

—*¡Fuego!*—repitió Campos.

Los del *Arte-Real*, en sus *tenidas* de banquetes, pronunciaban esta voz de mando para dedicar los brindis.

—¿Pero á qué vienen tantas exigencias, que parecen pruebas masónicas,—dijo Salvador,—Andrea no necesita de mis desdenes para obedecerle á usted? ¿No ha dado su consentimiento?

—¡Ah! ¡ah!.... fíate de consentimientos. Dicen que la palabra *veleidad* es femenina en todas las lenguas. Eso prueba que todas las mujeres son veleidosas. Es verdad que Andrea, á fuerza de ruegos, de razones, de regalos, de suspiros, de promesas, me prometió ser marquesa..... ¡marquesa, mira qué pedrada!..... y la muy tonta..... por algo se ha dicho que *entre el sí y el no de una mujer no se puede poner la cabeza de un alfiler.*

—Ella apetece más. La ambicion, una vez desarrollada, no se satisface fácilmente. Creerá que Falfan de los Godos no es bastante rico.

—Si es millonario. No vá por ahí la corriente—dijo Campos con desaliento.—Es que Andrea vuelve los ojos á este tunante y se arrepiente, se arrepiente la muy pícara de la pro-

mesa que me dió. Desde el otro dia..... pero quisiera saber qué tienes tú para trastornar este modo un cerebro, que despues de todo un cerebro de la raza de Campos, fecunda gente sesuda.

—Andrea tiene conciencia: no es una r chacha corrompida—dijo Monsalud, disimul do el interés que aquella parte de la conver cion le producia.

—Qué conciencia ni conciencia..... Resál tontos de su enamoramiento infantil. Yo que eso desaparecerá; pero por de pronto tiene inquieto. Desde aquel dia en que tú y estuvimos á punto de machacarnos las li dres, no sabes cómo se ha puesto esa muc cha. Está loca, rematadamente loca, y ano tuve que encerrarla, porque queria salir.

—¿Salir?

—A buscarte; y se nos escapará, porque niña es sutil. Por eso quiero estar seguro de Querido Aristogiton, si tú no me ayudas, t se pierde. No puedes tener idea de cómo e esa criatura. En mi casa no se oyen más suspiros, y con las lágrimas que unos ojitos gros han derramado estos dias se podia ha otro estanque del Retiro. Sorprendíla a desenvainando el puñal que conserva como cuerdo de su padre. ¡Ay! qué susto. Te ase

ro que si no llego á tiempo, tenemos en casa ma degollina, un suicidio, una de esas grainas que mi sobrina ha leido en las historias le griegos y romanos, y que ahora las noveas sentimentales tratan de poner en moda. Has leido el Werther? Es un Dido macho que e mata por amor.

Salvador estaba pálido y no acertaba á deir nada.

—Por esta causa he querido prevenirte, aseurarme de tu formal renuncia, que espero umplirás con honradez. Es probable que reciias alguna esquelita, aunque la hemos privado le tinta y papel; es tambien muy probable que a mariposa tienda sus alas y se eche á volar poéticamente por las calles de Madrid, y te busque y te encuentre..... Veo que suspiras..... nira, no vengas tú tambien con suspiros. En ma mujer pase, pero un hombre es un hombre, Salvador, y sobre todo un hombre que tiene á su padre en la cárcel á punto de ser ahorcado, debe tener corazon de bronce, portarse caballerosamente y cumplir su palabra.

—Yo la cumpliré—murmuró Salvador.

—Bueno, señor *Caballero Kadossch*. ¿Tú repites las ofertas que hace poco me has hecho?

—Las repito.

—¿Acabaste para mi sobrina?—preguntó

Ciceron en un tono que indicaba la idea de las resoluciones categóricas.

—Acabé— respondió Salvador en el propio tono del suicida que dice adios á la vida.

—¿De modo que no harás caso de esquelitas, ni de recados, ni de visitas?

—No.

Se frotó los ojos con la mano derecha, cual si quisiera reducírselos á polvo.

En aquel momento arrojaba su corazon al perro.

XVII

—Pues lo pasado pasado—dijo Campos.—Amigos otra vez. Olvidemos las ofensas que mútuamente nos hayamos hecho.

—*Pasemos la trulla.*

Trulla era la cuchara de albañil, y la idea de *pasarla* indicaba olvidar y perdonar las injurias, idea que bien podia expresarse hablando como la gente.

—Ahora me toca á mí—dijo Salvador.

—Ahora te toca á tí—añadió Campos sacando dos cigarros habanos y ofreciendo uno á su

—Ahí vá esa *pólvora del Líbano*. Fu-
ı.
Jsted me promete que Gil de la Cuadra
á condenado á muerte?
so no.
Jsted me promete que se sobreseerá su

ampoco.
ntonces.....
o que prometo es que tu padre, tu tio,
iente ó lo que sea, saldrá de la cárcel.
Jómo?
scapándose de ella, lo cual no es fácil;
í posible, sobre todo si tú y yo nos pro-
os hacerlo. No hay que pensar en que el
no suelte la presa absolutista que tiene
las garras. Es preciso ofrecer un par de
as al pueblo, y como no se le puede dar
ın, se le dá un conejo. Ya sabes que el
lerino ha aparecido en Castilla; el *Abue-*
evantado tambien una partida cerca de
ıez, y Aizquibil recorre con su gente el
le Álava. El *Pastor* entra tambien en
ña, y á varios de su partida que han sido
os, se les encontraron muchos ochenti-
los que acuñó el Gobierno hace poco.
ochentines se dieron todos á la casa real,
do que no hay duda alguna respecto á la

mano que está moviendo esta vil máquina
las partidas.

—El Rey.

—Sí, y cuando los Ministros le hicieron n
tar la coincidencia, respondió tranquilament
"Es muy extraño eso," y no dijo más. La Có
te trabaja con desesperacion por encender
guerra civil, y los curas y los guerrilleros, a
parados por ella y por las juntas extranjera
harán un esfuerzo terrible para restablecer
absolutismo. Nos aguarda un porvenir de r
sas. Ya sabes lo que significan en nuestro am
do país estas dos fuerzas: *curas, guerrilleros.*

—No tengo ilusiones en ese particular. l
estupidez de los liberales, su corrupcion y fal
de sentido, anuncian á voces que volverá el a
solutismo.

—Pues bien; cuando por todas partes no
ven más que peligros; cuando el Gobierno
mira amenazado y provocado por los absoluti
tas, ¿no es natural que si logra poner la ma
encima de alguno, apriete y apriete firme ha
ta ahogarle?

—Es natural. Los pobres gazapos que se h
dejado coger, pagarán las culpas de los lobos
de la Córte que los azuza.

—Evidentísimo. Por consiguiente, amig
Monsalud, no hay que pensar en que el G

bierno perdone á ninguno de los que hoy están presos por conspiraciones realistas.

—Serán condenados.....

—Á muerte. El juez, Sr. Arias, confiesa privadamente que no halla motivo para tanto; pero la presion popular y la necesidad de hacer un escarmiento, la necesidad de amedrentar á la Córte, levantará el cadalso. Aquí tienes la libertad en tales trances que no puede pasarse sin el verdugo.

—¿De modo que no hay que soñar con un sobreseimiento?

—Locura. Vinuesa no se escapa de la horca. Los demás serán condenados á presidio..... Puesto que no podemos evitar la sentencia, tratemos ahora de salvar á tu hombre. Yo estoy tan comprometido á ello moralmente como tú. Planteemos la cuestion. Primer punto. Todo el personal de la cárcel está en poder de gentuza comunera ó milicianos nacionales de los más majaderos.

—Lo sé, y he resuelto hacerme comunero.

—Admirable idea—dijo Campos en tono de lisonja.—Y si procuras retener en la memoria todos los disparates y gansadas de los hijos de Padilla para contármelos, tu idea será sublime.

—Yo no iré allá mas que con el fin de contraer

amistades que me sirvan para nuestro objeto.

—Excelente plan. En tanto el Grande Oriente se encarga de hacer en el personal de cárceles alguna variacion.

—Cosa facilísima.

—No tanto, jóven, no tanto. Tú no sabes cuánto se ha alambicado ya en la cuestion de destinos. No se puede estar trasegando la gente todos los dias. Lo peor de todo es que hacemos una variacion, y al punto nos conquistan los comuneros el nuevo personal. Se varia otra vez, y la defeccion se repite. Hacemos tercera hornada; pero llega un momento en que no se puede más, porque se acaban los carniceros, panaderos y pasteleros que quieren ser funcionarios públicos en las porterías de los ministerios, en cárceles, en correos..... Por este camino vá á desaparecer en Madrid toda la clase menestral.

—Pero los cambios traen numerosas cesantías.

—Pero los cesantes, esos insignes patricios desairados, no quieren volver á las panaderías, carnicerías y molinos de chocolate de donde salieron. Encuentran más fácil encastillarse en las *fortalezas* de Padilla, donde, haciendo comedias, se van adiestrando en la oratoria y en el arte de conspirar.

—¿Y cómo viven?

Ese es el misterio. Lo evidente es que tie-
inero. ¿Ves esa turbamulta de vagos que
ı en los cafés, que alborotan en la plaza
lacio, que apedrean las casas de los Mi-
s, que van á cantar coplas indecentes
á las rejas de la prision de Vinuesa?....
todos ellos viven, y viven bien.
os ochentines del *Pastor* harán ese mi-

Eso creo yo. Los ochentines.....
Pero contra los ochentines, el Gobierno
los empleos públicos. Póngame usted en
el de la Corona un empleado que se pres-
avorecer nuestro plan.
Precisamente hay una vacante. Me he in-
do hoy.
Mejor que mejor.
Bueno, pues elije tú el candidato.
ılvador meditó breves instantes.
o mejor será un hombre de bien, pues no
ta de salvar á ladrones y asesinos; se tra-
hacer una buena obra, librando á un po-
ıciano inocente, inocente, sí..... porque
e la Cuadra, aun conspirando con todas
erzas, no es capaz de hacer daño á un se-
te ni á la sociedad.
Pues mi opinion es que elijamos un tonto.
il de encontrar.

—Ya tengo mi hombre—dijo vivamente y con alegría Monsalud.

—¿Has hallado el tonto?

—Un maestro de escuela.

—Viene á ser lo mismo. Apuesto á que has pensado en Sarmiento.

—No, lo echaríamos todo á perder—dijo Salvador arrepintiéndose.—Sarmiento es sencillo, pero su fanatismo rabioso le transfigura, haciéndole cruel. Me parece que debemos elegir un discreto.

—Bien puedes coger la linterna de Diógenes. Echate á buscar el discreto.

—Ya lo hallé—exclamó Monsalud, dándose una palmada en la frente.

—¿Quién?

—Yo mismo.

—Hombre..... la idea no es mala—repuso Campos sonriendo.—Pero la verdad..... ese destino no es propio para tí. Tú vales mucho más.

—¿Y qué me importa?

—El duque del Parque no vá á querer tener á su servicio á un sota-alcaide.

—Dejaré el servicio del duque del Parque.

—¿Pero no te ocurre otra persona?

—No me fio de nadie. Estoy decidido. Seré sota-alcaide.

—Vas á bregar con la gente más cruel, más rdida y más infame de la sociedad. El perso- l de cárceles allá se vá con el de encarce- dos.

—No me importa. He tenido una idea feliz.

—Pues adelante, y realicemos la idea feliz. rás sota-alcaide. En tanto que te nombro..... es no creas que es cosa de un momento: lo nos hay treinta candidatos. Esta misma no- e hablaré á Copons.

—¿El jefe político?

—¡Ah!—exclamó Campos con gozo.—Le ngo cogido, le tengo preso en mis redes. Pre- mente anda tras de mí para que le favorezca ciertas pretensiones que trae en Gracia y sticia. Una bicoca; tres primos que fueron eficiados y ahora se les ha antojado ser nes. Son de la pacotilla de los que llaman destos..... ¡pobrecitos! Copons es muy exal- lo; el Gobierno que le puso en lugar de Pa- ea, no está muy contento de él. Necesita lo el arrimo del Grande Oriente para no ve- á tierra. Muy bien; esto vá á pedir de boca. padre, tu abuelo ó lo que sea, se ha salvado.

Hablaron algo más, determinando algunos alles del plan, y se separaron. Campos te- que revisar unas cartas detenidas por órden erior. Salvador tenia que consagrarse á su s

ocupaciones. Cuando volvió á su casa, entr gáronle un billete que acababa de llegar. H biendo conocido en el sobre la letra de Andre sintió tanta ansiedad como pavor. La carta e taba trazada á prisa, con indecisos rasgos, decia:

"Arrepentida, arrepentida, arrepentida d lo que he hecho.

"Ven al instante. Estoy esperándote en e Retiro, junto al Observatorio. Me he escapad de mi casa. Querido mio, mi vida y mi muer te: si no me perdonas, si no vienes al instant á mi lado, me moriré de desesperacion.

"Lo que he hecho contigo es una villanía, una ofuscacion. Un poco tarde lo he conocid pero lo conozco al fin, lo confieso y te pid perdon.

"Te adoro, y ni Dios podrá hacer que y pertenezca á otro. Eres mi dueño y puedes abofetearme, puedes matarme si me porto mal.

"Salvador, sácame del infierno en que estoy. Ven, no tardes ni un segundo. No vuelvo más á mi casa. Iré contigo á donde quieras: seré tu esposa, tu criada ó lo que tú quieras..... Sácame los ojos y dentro de ellos verás tu cara. Ya me parece que te siento venir..... ¿Vendrás?..... En el Retiro junto al Observatorio. Voy corriendo no sea que llegues antes qu

yo. Adorado mio, te quiere con toda su alma y te ofrece el corazon y la vida,

ANDREA.»

Soledad, que entraba cuando Salvador concluia de leer la carta, notó su palidez y agitacion.

—¿Qué tienes, hermano?—dijo llena de pesadumbre.—¿Ese papel te dice algo desfavorable á mi pobre padre?

—No, no—dijo el hermano con desesperacion.—Es todo lo contrario. Sola, abrázame, abraza á tu hermano.

La muchacha se arrojó llorando en brazos de Salvador.

—¿Pero te causan pena las buenas noticias?

—¡No, no!..... la carta no dice nada—exclamó él sofocando la tempestad que bramaba en su alma.—Estoy alegre, hermana, hermana querida, abrázame otra vez. Tu padre se ha salvado.

Pasó Monsalud todo el dia y toda la noche en un estado de agitacion muy viva. Al dia siguiente, cuando entró en casa del duque del Parque, un criado le dijo: «Han estado aquí dos mujeres buscándole á usted. Parecian ama y criada.»

—Si vuelven—repuso,—dígales usted que he salido de Madrid.

Para evitar un encuentro que temia, salió del palacio por una puerta de servicio que daba á otra calle. Poco más tarde al entrar en su casa, D. Patricio Sarmiento repitió la noticia:

—Aquí han estado dos damiselas á preguntarme cuándo volvia usted. Parecen ama y criada..... ¡oh edad dichosa esta en que nos vienen á buscar dos y tres veces en el breve espacio de unas horas!..... Yo tambien en mis juveniles años.....

Sarmiento exhaló un suspiro.

—Si vuelven, dígales usted que he salido de Madrid y que no volveré hasta dentro de un mes.

—¡Cuánta esquivez!..... Pero en esa edad feliz..... Tambien uno ha tenido sus dulzuras ¿eh? No crea usted: este arrugado semblante y este flaco y débil cuerpo no han sido siempre así. Aquí, amiguito Salvador, aquí se sabe lo que es afan de amores; aquí se comprende bien eso de despreciar á una para apasionarse de otra, volando de flor en flor cual inconstante mariposa..... ¿Pues y estar penando dias y dias por una mirada, solo por una mirada?..... ¡ay! ¿y aquello de estar cavilando

ié me miró así, ó dejó de mirarme?.....
hemos tenido nuestro Abril, todos he-
voloteado y sacado la miel hiblea del cá-
las frescas flores, Sr. Monsalud.
ando éste se dirigió despues de medio dia
tienda de la calle Mayor, donde solia
tertulia, un mancebo le dijo la muletilla:
lan estado dos hembras á ver si habia us-
nido.
is tarde pasó por la parte baja de la calle
ocha. Detúvose de repente porque un
lejano llamó su atencion: era el Observa-
stronómico. Singular trastorno debió
ir en las ideas del jóven la vista del
so edificio, porque apresuró el paso como
huye de un fantasma temible.
osa extraña! Al anochecer, cuando fué al
ocupado por la Masonería en la calle de
s Cruces, con objeto de hacer unas pre-
s á Sócrates, ó como si dijeramos, á Ca-
, un portero le cantó el atormentador es-
o de todo el dia:
quí han estado dos damas á preguntar
dria usted esta noche.
spues marchó á *La Cruz de Malta*, café
o en la calle del Caballero de Gracia.
dábale allí D. José Manuel Regato.

XVIII

En la calle que hoy se llama de Isabel la Católica y antes de la Inquisicion, pasando así bruscamente del nombre más horrible al más hermoso, hay una casa que hoy lleva el número 25 y antes tenia el 2, edificio perteneciente en su juventud al conde de Revillagigedo y que despues fué Conservatorio de Música y Declamacion. Diversas oficinas se han sucedido en dicha casa, y hoy sirve de albergue si no estamos equivocados, á una Direccion del ramo de guerra. Pero lo más interesante de esto caseron en su variada y larga historia es que dentro de él estuvo la *Asamblea de los Comuneros* durante los tres *llamados años*. Ya se habrá comprendido quiénes eran estos bravos hijos de Padilla. Cualquiera que haya vivido en España y prestado atencion á sus cosas políticas, comprenderá que en aquella época, como en todas, los descontentos y los cesantes y los atrevidos y los pretendientes y los envidiosos, que son siempre el mayor número, no podian tolerar que determinada pandilla gobernase siem-

pais y las Córtes. Este afan de renova-
periódica del personal político que en
partes se hace por razon de ideas y de as-
ones elevadas, se suele hacer aquí y mas
es que hoy por el turno tumultuoso de
óminas. Esto es una vulgaridad tan ma-
la, y ha trascendido de tal modo hasta
á las inteligencias mas oscuras que casi
mal gusto ponerlo en un libro.
s comuneros querian reformar la Cons-
on, porque no era bastante liberal toda-
os ministeriales nos referimos á la pri-
mitad de 1821 ó doceañistas, ó si se
los masones convencidos de que su
itucion era la mejor de las obras posibles
la mente no concebia nada más perfecto,
n que se conservase intacta y sin correc-
i reforma como la Naturaleza. De repente
ió un tercer partido llamado de los ultí-
que quiso modificar la Constitucion en
o restrictivo, aspirando á una especie de
ccion con la Córte y la Santa Alianza.
estas tres voluntades giraba aquel torbe-
que empezó con una sedicion militar y
nó con una intervencion extranjera.
s comuneros, que nacieron del ódio á los
es, como los hongos nacen del estiércol,
ndo que los ritos y prácticas de la Maso-

nería eran una antigualla desabrida, antiespañola, prosáica y árida, imaginaron que les convenia establecer un simbolismo caballeresco y nacional, propio para exaltar la imaginacion del pueblo y aun de las mujeres, que por entonces tenian parte muy principal en estos líos. Siendo la representacion primaria de los masones un templo en fábrica y los hermanos, arquitectos ó albañiles, los comuneros formaron su partido de Comunidades, divididas en Merindades y Torres y Casas-Fuertes, y á sus lógias llamaron *Castillos* y á sus Venerables *Castellanos, Alcaides* á sus Vigilantes, y así sucesivamente. En los ritos y ceremonias aumentaron todo lo que hay de teatral en la Masonería; pero dándole forma caballeresca, é ideando ilusorias fortalezas, puentes levadizos, barbacanas, recintos, salas de armas, cuerpos de guardias, almacenes de enseres y demás mogigangas, todo creado por sus exaltadas fantasías, de tal modo, que más que militantes caballeros parecian rematados locos.

Su color distintivo era el morado, así como los masones estaban por el verde. La Asamblea general recibia el nombre de *Alcázar de la Libertad*, y el recinto donde se reunia, llamado *Plaza de Armas*, estaba adornado con embadurnados lienzos y telones, representando tor-

llos con banderolas [illegible] y [illegible]
oles inscripciones [illegible] [illegible]
llamaba á los [illegible] [illegible]
os *reclutas*. [illegible]
con fórmulas [illegible]
ad, siendo [illegible]
con que se [illegible]
nente sobre [illegible]
l egoismo [illegible]
nos, compañeros [illegible]
tu y á [illegible]
erzas y [illegible]
de las libertades [illegible]
oco despues [illegible]
r Monsalud [illegible]
ró en el [illegible]
Inquisicion. [illegible]
, consistente [illegible]
s á las cuales [illegible]
de escalones [illegible]
ometian la [illegible]
Jumbraban [illegible]
ciaba desde [illegible]
a llenado ya de zánganos
-El ceremonial [illegible]
Regato á [illegible]
era sala.—[illegible]
Durante el breve rato de espera Monsalud

tuvo que resignarse á oir las felicitaciones de D. Patricio Sarmiento que á la sazon entraba, y que atronó la estancia con sus gritos y encarecimientos por el feliz suceso de aquella iniciacion. Todo su porvenir caballeresco comunero diera el jóven por sacudírselo de encima; pero al fin sacóle de tan mal paso el Alcaide apareciendo con Regato, y en seguida vendaron los ojos del recluta, mandándole que marchase apoyado en el brazo del comunero proponente.

—¿Quién es?—preguntó una voz.

—Un ciudadano—respondió Regato con toda la seriedad posible,—que se ha presentado en las obras exteriores con bandera de parlamento á fin de ser alistado.

La misma voz gritó:

—Echad el puente levadizo.

Oyó entonces el neófito un espantable ruido que en derredor suyo sonaba, con tal estrépito que no parecia sino que todos los alcázares y torres de España caian en ruinas; mas no se turbó por esto su esforzado corazon, ni aun se le mudó la color del rostro, que para mayores trances tenia coraje y alientos el bravo recluta. Además bien sabia él, como todos, que aquel rumor provenia de una plancha de hierro semejante á las que usan en los teatros para imitar

gorosos ecos del trueno, y que el ruido
rros y cadenas era producido por una
le cacharros que tras de la puerta agitaba
. paleto simulando de este modo con
a perfeccion el acto de bajar el puente
zo.

itáronle la venda: retiráronse Alcaide y
ente y quedó solo con el centinela, que
enmascarado. Estaba en el *Cuerpo de*
rdia, y allí como en la *Cámara de Me-*
mes, debia el candidato reflexionar sobre
uacion y contestar por escrito á varias
itas referentes á las obligaciones y dere-
al comunero. Monsalud observó el local
as paredes pendian varias armaduras
as y algunas espadas mojadas en sangre
rito, que para tan terrorífico uso sumi-
a un dia sí y otro no el conserge de la
ad. Leyó los letreros conteniendo sen-
vulgares de la religion del honor, y se
á tomar asiento junto á la mesa donde
xtender sus respuestas.

centinela, que habia permanecido tieso
e, desempeñando su imponente papel,
e repente la risa y dijo al neófito:

'ambien tenemos por aquí al Sr. Mon-

nsalud miraba á su interlocutor y no

veia más que una máscara horrible, una
espantosa con casco empenachado de ga
ceas plumas y un babero á guisa de cela
encaje.

—¿Qué, no me conoce usted? Soy Puji
dijo el centinela quitándose la máscara.

—Cómo te habia de conocer, vecino,
recias un valiente. ¿Tambien tú te div
con estas mogigangas?

—Vaya un modo de prepararse..... L
mogigangas á una cosa tan séria, qu
derribar el Ministerio y á poner un Go
republicano. Sr. D. Salvador, ¿usted
aqui á burlarse? Le aviso que los que s
burlado de esto no lo han hecho dos
Conque escriba el papelito y me volveré
ner la careta. Acabe usted pronto que m
co y este demonche de carton huele muy

—¿No te fatiga esta tarea? ¿No es mej
descanses en tu casa toda la noche desp
haber trabajado todo el dia?

—¡Quiá! si yo no hago más zapatos
el gran patriota con expresion de hombre
pícuo.—El Sr. Regato me ha prometido
un destino en la Contaduría de Propios. I
tricio me enseña á echar la firma, que es
necesito, y salga el sol por Antequera.

—Ya sabia que eres de los que vocean

motines, patean en *La Cruz de Malta* y apedrean el coche del Rey. ¿A cómo pagan esto?

Pujitos se puso sério al oir tamaña injuria.

—Vamos—dijo.—Está visto que usted viene aquí á mofarse. Pero siempre seremos amigos, ó mejor dicho, compañeros de armas. Escriba el papelito y despache pronto. Me pongo la careta porque el Alcaide vá á venir.

—No hay prisa. Dime, Pujitos, ¿vienes aquí todas las noches?

—Todas, desde el primer dia. Soy caballero fundador, y el dia lo paso en las cosas de la Milicia. Soy teniente, ¡uf! ¡usted no sabe el trabajo que dá esto! A la parada, á pasar lista, á revisar los uniformes, á hacer ejercicio de tiro, á aprender los reglamentos, á echar unas copas con los oficiales para discutir lo que ha de hacerse el dia siguiente..... Y luego guardias y más guardias.

—¿Haces guardias de noche?

—Pues no. Anoche me tocó en el Principal, y mañana me toca en la cárcel de la Corona.

—¡En la cárcel de la Corona..... mañana!—dijo Monsalud con interés.—Ya sé..... es donde están presos esos clerigüchos que han hecho planes horribles para quitar la libertad.

—Y algunos que no son clérigos. Pero esos tunantes morirán ó no hay justicia en España.

Dicen que el Gobierno quiere condenarles á presidio nada más: esto se llama proteccion, ¿no es verdad?

—¿Y me has dicho que eres teniente?

—Nada ménos; y si no fuera por las intrigas que hay en el batallon.....

—Yo tambien seré miliciano y me afiliaré en tu batallon, gran Pujos—dijo Monsalud riendo. —Se me figura que entre tú y yo hemos de hacer algo extraordinario.

—Me alegraria de ello.

—Nos veremos pronto, y hablaremos.....: quizás mañana..... Pero el tiempo pasa y hay que contestar á estas endiabladas preguntas.

—Escriba usted..... Me parece que vienen ya.

Salvador escribió sus respuestas que fueron llevadas á la *Plaza de Armas* para que las examinara la guarnicion. No tardaron el Alcaide y el proponente en conducirle vendado otra vez á la puerta del salon de sesiones, que estaba cerrada. Por dentro una voz gritó:—¿Quién es?

—Esta voz áspera y hueca como una campana rajada—dijo Monsalud para sí,—es la de Romero Alpuente.

—Entretanto el Alcaide respondia:

—Soy el Alcaide de este castillo, que acom-

á un ciudadano que se ha presentado á
anzadas pidiendo parlamento.
'or Dios, amigo Monsalud—indicó en voz
legato,—no se ria usted, le suplico enca-
mente que sofoque toda manifestacion de
. Usted no quiere creerme y yo repito
to es sério, pero muy sério.
rieron la puerta de la *Plaza de Armas*,
ás parecia bodega que plaza, con diver-
ies de asientos ocupados por los caballe-
un estradillo donde estaba el Presiden-
iendo detrás fementido torreon de lienzo
lurnado, y un harapo que llamaban es-
rte de Padilla, y una urna donde *se de-*
olocar todas las cenizas de los comune-
e se pudieran haber.
Presidente le preguntó su nombre, edad,
) natal, empleo ó profesion; luego le ha-
las obligaciones que contraia y del va-
constancia que habia de mostrar para
peñarlas. Levantáronse en seguida los
eros, y Monsalud vió que todos ellos te-
ina banda morada en el pecho, y una
espada ó asador en la mano.
'a estais alistado—le dijo el Presidente.
estra vida depende del cumplimiento de
ligaciones que habeis contraido, y vais á
Acercaos y poned la mano sobre este

escudo de nuestro jefe Padilla, y con todo el ardor pátrio de que seais capaz, pronunciad conmigo el juramento que debe quedar grabado en vuestro corazon.

Hecho lo que al neófito se le mandara, empezó éste la retahila del juramento, que abrazaba diversos puntos, y que concluia con la consabida conterilla que tanto ha hecho reir á la generacion siguiente:—"Juro que si algun "cab. com. faltase en todo ó en parte á estos "juramentos, le mataré luego que la Confede- "racion le declare traidor; y si faltase yo, me "declaro yo mismo traidor y merecedor de ser "muerto con infamia por disposicion de la Con- "federacion de cab. com., y para que ni me- "moria quede de mí despues de muerto, se "me queme, y las cenizas se arrojen á los "vientos."

—Cubrios—le dijo el Presidente,—con el escudo de nuestro jefe Padilla.

Tomó entonces el jóven un mohoso broquel que le presentaron, y cubiertos pecho y cara con tal defensa, pusieron en él todos los demás comuneros la punta de sus espadas, mientras el Presidente dijo entre otras majaderías:

—Si no lo cumplís, todas estas espadas no solo os abandonarán, sino que os quitarán el escudo para que quedeis al descubierto y os ha-

lazos en justa venganza de tan horrendo

eidos algunos caballeros, como gente osa, del papel que estaban desempeñan- caban con excesiva fuerza la punta de dores ó espadas en el escudo ó sarten guardaba la cara y busto del jóven. El ato, temeroso de que por desmedido celo aballeros se agujerease el escudo y per- n ojo su ahijado, creyó necesario inter- por un momento la magestad del cere- , diciendo:

idado, señores, que es de hojalata (1).

farándula no habia terminado aún, tras la ceremonia del escudo, el Alcai- ó la espuela al caballero, dándole es- banda, con lo cual y con acompañarle á r las filas para que fuera dando la mano r uno á todos los confederados, el novel ero descansó á la postre de tantas fa-

(1) Todavia vive un comunero que corrió igual

XIX

Salvador observó la diversidad de fisonomías que presentaba en su innoble recinto la *Plaza de Armas*, y halló entre sus compañeros de caballería muchas caras conocidas. Había unos pocos que eran diputados en el Congreso y estaba tambien el célebre Megía, que algunos meses despues fundó *El Zurriago*. Aunque el elemento principal de la Sociedad era la juventud, habia bastantes viejos, no todos tan inocentes como D. Patricio Sarmiento. Milicianos nacionales los habia por docenas; la gente de poca instruccion y de locos apetitos burocráticos imperaba, y en todos los incidentes de la sesion salia á la superficie un espumarajo de gárrula patriotería, que era la fermentacion de aquel elemento. No habrian trascurrido veinte minutos despues de la admision del nuevo caballero comunero, cuando un hombre desenfrenado que se ocupaba del asunto puesto en discusion, pronunció estas palabras:

—Yo propongo á nuestra Asamblea que cesen las contemplaciones con la Córte y que se dé el grito de *¡viva la República!*

lborotóse la guarnicion con tales palabras, algunos clasificaron de admirable ocurren- otros de desatino mayúsculo, y si bien el idente trató de volver la discusion al ter- que marcaba el tema, no fué posible con- irlo. Entonces el Sr. Regato, manifestando samente que deseaba decir algunas cosas pendas que agradarian á la reunion, usó palabra en estos términos:

«Señores, lo que ha dicho nuestro ilustre y rosísimo compañero de armas, el caballe- ..., ha asombrado á muchos; pero á mí no sombra, porque yo soy más liberal hoy ayer, y mañana más que hoy, porque mi , señores, es adelante y siempre adelante. nos cansados de sufrir, estamos cansa- de esperar. ¿Os aterra la palabra *repúbli-* ?ues yo digo que á mí no me ha aterrado a esa palabra, ni me aterra hoy. Perdamos iedo y seremos fuertes. Amenacemos y nos rán. Somos los más, somos lo más grana- e la España liberal. La Europa nos con- pla, el Piamonte nos imita, Nápoles nos a, Portugal se llama nuestro *discípulo*. res, seamos dignos de la Europa liberal, te nosotros temblarán el Trono y los ma- s.

Despues de dar gracias por los aplausos y

de limpiarse el sudor, el orador prosiguió s

—«No creais que la idea republicana es n va en España. Padilla y Lanuza, nuest maestros, fueron republicanos. Viniendo á tiempos modernos, en la proclamacion de derechos del hombre hecha por Muñoz Torr en las Córtes del año 10, veo yo tambien idea republicana. Leed las obras de Marin de Sempere, y vereis que en ellas palpita la pública. *(Gran estupor.)* Ahora, señores, v ved los ojos á todos los ámbitos de la hisp península *(El orador, excitado por la admi cion general se cree en el caso de tener esti* volved los ojos por doquiera, ¿qué veis? *(Gr silencio; indicio cierto de que nadie veia nad* Pues vereis allá en las Andalucías, allá e populosa ciudad de Málaga, bañada por ondas del Mediterráneo, á Lúcas Franc Mendialdua que concibió el plan de establ la República, como consta en la proclama imprimió, encabezada con las mágicas palab *República Española* y firmada por *Un tri no del pueblo.* Como acontece á los gran génios innovadores, como aconteció á Col Galileo, Savonarola, etc., etc..... Mendial fué preso (1). Pero así como de la noche sal

(1) En Enero del 21.

dia, de las cárceles sale la libertad. *(A tro-*
es aplausos.)
Volved ahora los ojos al llamado reino de
n y vereis allí á nuestro insigne jefe, al
te entre los valientes, al político entre
líticos, al altísimo Riego, que desempeña
go de capitan general en aquella extensa
provincia. ¿Creeis que no hace nada?
no seria esto de su talento volcánico, de
rspícua mirada, que cual la mirada del
penetra en lo más alto del cielo. No
que nuestro jefe está mano sobre mano,
estro jefe trabaja por la República. *(A som-*
neral é innumerables bocas abiertas.) En
oza están á la sazon algunos beneméritos
tas franceses, cuyos nombres no pronun-
(1). Esos patriotas, pertenecientes á la
Confederacion francesa, están de acuerdo
estro jefe, no lo dudeis, están de acuer-
nidos todos, discurren cuál será el mejor
de ponernos la República en España.....
de nosotros si no les ayudamos!.... ¡guay
otros si nos dormimos mientras ellos ve-
.. ¡guay, guay!.... Lo que puedo asegu-
s que si no nos ven dispuestos á hacerlo,
on su proyectillo á Francia. Aquel país

(1) Llamábanse Uxon y Cugnet de Montarlot.

no se anda con chiquitas ni repara en niñe
Estad seguros de que si nuestro jefe se pr
ta en el Pirineo enarbolando la bandera t
lor y gritando *¡viva la República!* todo el
cito francés se le unirá en seguida, y llegr
París en triunfal paseo, como Napoleon cu
volvió de la isla de Elba. *(Los comuneros*
gen esta bola con grande algazara, señal c
de que se la han tragado.)

"Ahora volved los ojos á Galicia, d
está el general Mina; volvedlos luego á
celona, donde está el gran patriota J
Bessieres y vereis que estos campeones
libertad tampoco están mano sobre mano.
remos ménos aquí? ¿Nos espantaremos de
bertad? No, señores. Adelante, siempre
lante. ¡Viva la libertad! Yo, el más hu
de de esta Asamblea; yo, que he ve
aquí porque me repugnaban los infames
nejos de los de allá; yo, que estoy pro
derramar hasta la última gota de mi sa
hasta la última, señores, por el triunfo
causa; yo, que jamás recibí destino de lo
bios ni lo solicité; yo, que soy hombre pu
hay hombres puros en España, os propong
el corazon henchido de patriotismo que ace
desde luego la idea republicana, como ha
puesto mi exclarecido amigo el ciudadano

rios oradores pidieron la palabra. Desde una breve disputa sobre quién habia rla, D. Patricio Sarmiento se levantó y de este modo:

Despues del elocuentísimo discurso del de los ingénios comuneros, D. José Malegato, ¿qué puedo decir yo, que soy un maestro de escuela, un oscuro preceptor tierna juventud? Pero si de algo sirven nsejos de un viejo que se ha quemaı cejas estudiando la historia del puemano, quiero alzar esta noche mi humilı en este augusto recinto para enseñaros no sabeis. Vuelvo los ojos en torno mio zapateros, sastres, talabarteros, comers, taberneros, colchoneros y otros artífiente toda muy honrada, muy patriota, ligna, pero que no está versada en la hisomana. *(Rumores de disgusto.)* No trato nder á nadie: afirmo un hecho y nada más; o yo creo que para tratar ciertos asuntos, sario haberse quemado las cejas..... *(Inciones donosas)*, haberse quemado las cemo me las he quemado yo, de aquí in... Esas interrupciones y cuchicheos no mella en mi ruda entereza, no señor; *(El se amostaza)* y así digo como el gran Teles: «pega, pero escucha.» ¿De qué se tra-

ta? De adoptar la idea republicana. Bien, yo pregunto á la docta Asamblea: ¿Cuándo se estableció la República en Roma? Y la docta Asamblea me contestará que el año 509 antes de Jesucristo. Muy bien contestado. ¿Y cuándo concluyó la República en Roma? El año 1. Total de tiempo en que existió la forma republicana: 480 años. Está muy bien. *(Más fuertes rumores.)* Ahora pregunto: ¿cuáles fueron las causas que determinaron á los romanos á cambiar de forma de gobierno?.....

Los rumores se trocaban en tumulto y una voz gritó:

—¡Que se calle ese pedante!

—¡Que se vaya á la escuela!

—Al indocto grosero que de este modo me interrumpe—gritó D. Patricio agitando los brazos y poniéndose encendido,—le contesto que él es quien debe ir á la escuela á aprender lo que ignora.

—¡Aquí no se quieren estafermos!—salió una voz, de la cual no se tendrá idea sino considerando de qué modo puede hablar el aguardiente.

—Señores,—dijo el Presidente con aquel formulismo parlamentario que algunos hombres quieren llevar á donde quiera que se oiga el sonsonete de un discurso,—no demos á la

paña y á Europa el triste espectáculo de una discordia entre individuos de esta nobilísima Asamblea. No se diga que andamos á la greña como los masones, á quienes yo aplico aquello de *riñen los pastores y se descubren los [illegible]* (*Prolongadas risas*).

—¡Que se calle D. Patricio!

—¡Que se calle Pelumbres!

—Pues á mí no me dá la gana de callarme..... á ver—exclamó una voz que salia del formidable pecho de un hombre tiznado, fiero, corpulento, que parecia personificacion de una fragua.—Y si á mí no me dá la gana de callarme, á ver quién es el guapo que me cierra el pico..... ¡á ver.

Diciendo esto, se levantaba el Sr. Pelumbres entre la multitud apiñada en los bancos. Su figura, así como su voz, pondrian miedo en toda Asamblea que no fuera la de los Comuneros.

—Ciudadano Pelumbres—dijo el Presidente, —¿qué dirá la Europa si no guardamos la compostura propia de hombres de gobierno?... ¿qué dirá?

—Eso es, ¿qué dirá?—repitieron D. Patricio y los que deseaban que hablase.

—Es preciso tener moderacion—continuó el Presidente.—Puesto que el ciudadano Sarmien-

to estaba en el uso de la palabra, conti
su erudito discurso, que tiempo tiene de
blar el ciudadano Pelumbres. Yo le concec
la palabra, esperando en tanto de su finu
buen sentido que no interrumpa al orador
este importantísimo debate.

Ya entonces empezaba á ser costumbi
llamar *importantísimo debate* á cualquier
útil disputa suscitada por la envidia ó la
nidad.

—Señor Presidente—gruñó Pelumbres, t
baleándose como un yunque sin equilibri
lo que digo es que el ciudadano Sarmient
un animal..... y á mí no me soba nadie.

Cayó en el asiento como quien se ec
dormir.

—Señor Presidente—dijo con trémula
Sarmiento.—La Asamblea conoce bien mi
rácter y mis servicios..... no necesito res
der á los *cargos* que me ha dirigido el ciud
no Pelumbres, porque la Asamblea sabe
bien que yo.....

—Sí, sí—gruñó la Asamblea.

Estaba el buen Sarmiento en pié, co
cuerpo doblado por la cintura, recogiéndo
un lado y otro los faldones de la levita, c
quien se vá á sentar y no se sienta.

—Agradezco las manifestaciones de simp

te ilustre Areópago—añadió el orador,—
parece que no debo molestar más al ilus-
reópago, y que los injustos cargos que me
rigido el ciudadano Pelumbres, no deben
starse sino con un magnánimo silencio.
Bien, muy bien.
Por lo cual me siento, dejando á nuestro
recido Presidente la alta honra de conti-
este *importantísimo debate*, para que nos
su opinion, que es lo que más nos im-

umores diversos manifestaban el deseo de
ablase el Castellano. Romero Alpuente se
o á hacer el gusto á sus presididos. An-
atender á su discurso, convendrá decir
l célebre demagogo de los tres años no
a jovenzuelo fogoso, como algunos creen,
n vejete atrabiliario y furibundo, alto,
descuadernado, anguloso, de gárrula elo-
ia, de vulgares modos. Era tanta su feal-
lebida en primer término á la longitud
s narices, que no es fácil se encontra-
onces ni se haya encontrado despues su
.. Alcalá Galiano, al lado suyo, se tenia
a Adonis.
abia sido magistrado de la Audiencia de
d, y en su vida privada era el hombre
ofensivo, más manso y para poco que ima-

ginarse puede. El mismo que en público encarecia la necesidad de cortar no sé cuántos miles de cabezas, era incapaz de matar un mosquito. ¡Pobre carnero viejo que, habiendo leido algo de Robespierre y de Marat, queria parecerse á ellos! pero solo los tontos confundian su clueco balido con el rugir de leones y panteras. Sus discursos, que alborotaban las Córtes y los clubs, eran un conjunto de garrulidades terroríficas, de chascarrillos y vulgares idiotismos. Carecia de formas literarias, y su lenguaje familiar era á veces tan divertido como sus amenazas demagógicas que aquella bendita generacion no tomaba siempre en sério. Algunos le llamaban el *Guzman* (el gracioso) de las Córtes. Tuvo además el pobre *D. Juan Romero Alpuente* la desgracia de que en lo mejor de sus triunfos parlamentarios le saliera un enemigo folletinista, que usando el nombre de *D. Pedro Tomillo Al-vado*, le puso de hoja de peregil.

—«Caballeros comuneros—dijo Alpuente con voz que no tenia nada de temerosa,—ó hay confianza en los hombres del partido, ó no hay confianza en los hombres del partido. Si hay confianza en los hombres del partido, no se planteen cuestiones prematuras. Si algo debe hacerse se hará. No conviene precipitarse; no

ene comprometerse. Las cosas vendrán
is propios pasos. El partido es el partido,
que no crea que el partido es como debe
spere á ver en qué pára el partido y se
ncerá. *(Rumores. Asentimiento general.)*
or consiguiente—prosiguió satisfecho del
de su exordio,—esperemos llenos de pa-
mo, y no hablemos por ahora de repu-
ismo. El partido es un partido que debe
preparado para empuñar el timon de
ve del Estado si se le llama con este
Muestras de regocijo.) Y se le llamará,
lanos caballeros, ¿pues quién lo duda? El
do Gobierno constitucional sigue la mis-
satentada senda que el primero. El país
o mismo hoy que ayer. El pueblo soporta
ismas cadenas; los tiranos no han cambia-
s mandarines siguen, los peligros crecen.
bierno cree que vá á durar mucho, ¿pues
ha de creer? Pero yo quiero ver cómo se
mpone con las tramas de la Junta Apos-
en Galicia, con los guardias destituidos,
os obispos rebeldes, con la conspiracion
nuesa, con la del Abuelo, con los tumul-
Zamora, con el motin de Alcoy, donde
ido destrozadas todas las máquinas, con
o de la balija de Aragon, con los sucesos
lladolid..... ¿Me parece que les cayó que

hacer, eh? *(Risas.)* Yo pregunto, ¿cuál es el medio de que se acaben los trastornos? Establecer la libertad en toda su integridad. Esto es axiomático. Que los absolutistas vean una mano terrible dispuesta á caerles encima en cuanto chisten, y entonces se meterán bajo una silla. Y no me hablen á mí de conspiraciones demagógicas y republicanas. Aquí no hay nada de eso, y si lo hay es amaño de los constitucionales masones para desacreditar á nuestro partido. Ellos tienen el lema de *dar palos y gritar* «*que nos pegan*», lo cual ya no hace efecto por que se vá descubriendo la picardia. *(Carcajadas y bravos).*

«Seamos prudentes, seamos cuerdos. Sigamos defendiendo nuestros sacrosantos principios..... hoy más libertad que ayer y mañana más que hoy..... No nos arredremos, no volvamos la cara atrás. Adelante, siempre adelante. Pero vayamos con pié seguro. A su tiempo se enseñarán los dientes. Pues qué, ¿creen que si logramos empuñar el timon de la nave del Estado (esta figura de la *nave* era la única que se habia asimilado en su carrera parlamentaria el orador comunero), vamos á estarnos mano sobre mano, sin hacer nada, como el Gobierno de la *coletilla?* Y ahora viene bien el repetir lo que ya se dijo en 1511.

¡Mirad qué gobernacion!
¡Ser gobernados los buenos
por los que tales no son!

»No, señores, es preciso que no se pueda decir de nosotros lo que de estos mandarines chinos. No seguirá el tole tole de oprimir al patriota y ensalzar al que no lo es. Se encomendarán los destinos de la Nacion á los comprometidos por el sistema, no á los que no lo están. Se harán castigos ejemplares, se volverá todo del revés para que los pillos bajen y los patriotas suban. *(Muy bien).* No se dará el caso de que de los veinte millones de hombres, suden y trabajen los diez y ocho y apenas puedan llevar á la boca un pedazo de pan moreno, para que los otros dos millones se abaniquen y vivan rodeados de placeres. Entonces se permitirá que eso que llaman los infames *populacho* se reuna donde le dé la gana y grite y diga todos los defectos del Ministerio. La suspirada libertad será un hecho y no llevarán *albarda* más que los que quieran llevarla (1). *(Grandes aplausos).*

»En suma, señores, el partido declara por mi conducto que no quiere ser *vasallo;* que planteará el sistema en toda su pureza. Si para

(1) Casi todos los párrafos de este discurso son auténticos.

esto es preciso la violencia, venga la violencia. Si es preciso la guerra civil, venga la guerra. La Providencia salvará al partido. No olvideis, señores, que el *Criador del Universo bendijo tambien los esfuerzos que hicieron Matatías y sus hijos para evadirse de la injusta dominacion del impío Antioco Epifánio.* Entretanto desechemos la idea de República. La Constitucion establece la Monarquía y nosotros respetamos al Rey constitucional. No se diga que el partido ha sido el primero en alterar la augusta ley. Dejémosles que ellos se caigan solos; y si nos hicieren ascos y no quisieren nuestra ayuda para mantenerse derechos, ¿me entiende usted? si prefieren apoyarse en la Santa Alianza y en sus diplomáticos, enviados, farsantes, zascandiles, espías y soplones, en los que fueron pajes de escoba del Rey Pepillo, en los serviles españoles de todas clases y ropajes, con bandas, cruces y calvarios, en los de mitra, bonete é hisopo, en los seráficos, angélicos, en los tostadores y sus familiares, plumistas, guardas, alfileres, corchetes y agarrantes, en los que dicen *el Rey mi amo.....* entonces nos retiraremos, dejándoles que vayan á donde quieran, pues como dicen en mi tierra, *cuanto más se desvia el borrego mayor topetazo pega.*

Atronadoras exclamaciones de entusiasmo ieron la frase final del discurso de Rome- lpuente, orador, que como se ha visto, no ejado de tener herederos en la política es- ıla.

Jna voz que parecia cien voces, gritó:

-¡Viva Riego!

)ontestó un alarido, y desde entonces el *ortantísimo debate* se convirtió en un im- antísimo aquelarre. Romero Alpuente se y en su lugar el Sr. Regato se dispuso esidir (no hay otro verbo que pueda em- se propiamente) el resto de lo que no hay remedio que llamar sesion.

Jn orador pidió que se hiciesen mani- ciones contra la Santa Alianza en la per- de sus plenipotenciarios, idea que fué aco- con satisfactorio y general asentimiento la Asamblea, y procedióse al nombra- ıto de una comision que se encargase de tar las cuentas á los cristales de las casas le vivian los embajadores de Austria y ia. No se habia calmado la efervescencia ada por este suceso cuando un jóven de ı porte tan correcto de trage como de estilo sta afeminado, pronunció un discurso de gúmeno sobre el plan de Vinuesa y el es- iento que debia hacerse en la persona de

aquel malvado *aborto del infierno, compendio de todos los crímenes.*

Aseguró tambien que Vinuesa estaba conspirando dentro de la cárcel, y que si no se ponia remedio en ello, imaginaria un nuevo plan absolutista para matar la libertad. Acusó al infante D. Cárlos de complicidad con el cura de Tamajon, y afirmó que todo porrazo dado á Vinuesa, seria porrazo dado á la Córte. Aumentando en fogosidad á cada instante, llegó á sostener que el Gobierno se estaba *portando traidoramente* en este negocio, y que á él (al orador) le constaba que habia intenciones de absolver al de Tamajon y aun darle una mitra, si era menester. Aseguró que el pueblo no debia consentir tal iniquidad, porque si la consentia no era digno de la fama que habia adquirido en Portugal, Nápoles y el Piamonte, países que nos habian tomado por modelo, estableciendo la libertad al mágico grito de «*¡vivan los discípulos de España!*»

Al discurso del jóven, contestó otro jóven de muy distinta figura, educacion y modales, (pues en aquella Asamblea habia locos de todas clases) diciendo que la culpa de aquello la tenian los masones, que dando á la Nacion el nombre de populacho y haciendo el bú con la anarquía, estaban poniendo las cosas como en

mpos ominosos. Hizo reir al auditorio, ndo que bien pronto se prohibiria *con le pecado mortal* pronunciar el nombre go; pero que él (el orador) estaba resuel- chalar el último suspiro diciendo *¡Viva* en atencion á que Riego *habia enju- l llanto del pueblo español.* Esta figu- original como patética produjo mucho ismo, con el cual, excitándose el espíritu dor, dijo que él sabia el modo de resol- asunto de Vinuesa; que el pueblo, como no que era, podia hacer su real gana, el Gobierno recibia dinero de la Santa a para ir arreglando la cama al despo- y esto no se debia consentir.

zclando berzas con capachos, aseguró habia entrado en la prision de Vinuesa bia visto escribiendo planes y más pla- ie corria mucho dinero absolutista para de la prision y ponerle al frente de un no despótico, y que el orador y Pelum- l salir una mañana de la taberna, habian na conversacion sospechosa entre dos s, de la cual dedujeron que Vinuesa se icaba constantemente con sus cómplices. yó diciendo que él (el orador) no se pa- n barras, y que si los conspiradores vie- dia docena de cabezas clavadas en otras

tantas pértigas junto á la Mariblanca de Puerta del Sol, doblarian la *cerviz* (única pa bra pedantesca que se permitió el orador en largo discurso) ante el pueblo *re-soberano.*

Despues de este jóven plebeyo, otro jóv decente habló de los que *clavaban constan mente el puñal en las entrañas de la mad pátria,* y anunció su resolucion de ocupar primer puesto el dia del peligro, sacrifican su existencia al triunfo de la libertad. Pu cual no digan dueñas á los masones, acusánd les de afrancesados é impostores, pues mucho dijo, profanaban el nombre de Riego, tomá dole en sus *asquerosas bocas,* siendo así q para pronunciar palabra tan angélica, *debí enjuagarse un mes antes con miel rosada.* Afi mó que Calatrava era un bajo adulador, Fel un traidor, Martinez de la Rosa un mándri Cano Manuel un bobo, Toreno un pedant Argüelles un embustero. Despues de mucho d vagar, propuso á la Asamblea que se diese u voto de gracias á D. José Manuel Regato p lo bien que habia conducido todos los asunt de la Comunería desde su orígen. Rega estuvo á punto de llorar de emocion, y pa demostrar de un modo incompleto su agrade miento, convidó á cenar á varios de los m granaditos. La sesion terminó alegremente e

re las alegres endechas del himno, que sona-an bajo las bóvedas de la fortaleza:

Es en vano calumnie la envidia
al caudillo que adora el ibero;
hasta el borde del hondo sepulcro
nuestro grito será: ¡viva Riego!

El lector no será español si no recuerda al unto la música.

XX

En lo restante de la noche oíase por aque-los barrios el aullido de la Orden de Padilla, uelta por las calles. El himno, el *lairon*, cán-ico que por aquellos dias habia sustituido al roz *trágala*, sonaba de calle en calle, como el onquido de vinoso trasnochador. Íbanse per-iendo en el silencio de la noche, á medida que s grupos desaparecian, entrando en las taber-as, botillerías y cafés patrióticos. En uno de tos se vió que á deshora penetraba el Sr. Re-ato, acompañado de Pelumbres, Pujitos, dos e los jóvenes que pronunciaron discursos aque-a noche, Salvador Monsalud y otros. Cena-on alegremente, sin dejar de la boca los nego-

cios políticos, y sus proyectos eran atrevid
y grandiosos como las concepciones del gén
El Sr. Regato, no solo pagó todo el gasto, si
que ofreció dinero á los más necesitados,
cuales no tuvieron escrúpulo en tomarlo pat
ticamente, por aquello de que tripas llev
piés, que no piés tripas.

Si Salvador Monsalud no se separara an
de tiempo de tan escogida sociedad, pretest
do una enfermedad que no tenia, hubiera vi
que el Sr. Regato, hombre opulentísimo a
que nadie le conocia rentas, ni sueldo, ni
dustria, recompensó largamente á todos, d
doles lo necesario para la existencia y sosten
sus respectivas familias. Cuando esto pasa
habíanse retirado tambien los dos oradores
el gran Pujitos, y solo quedaban en compa
del generoso caballero comunero, Pelumbre
herrero, D. Bruno, *Chaleco*, y otros pad
de la pátria, de cuyas hazañas no puede ter
se idea sino presenciándolas, como las pres
ciará el lector en lo restante de este libro.

Salvador Monsalud fué á su casa cerca
dia. Tenia la cabeza hecha un volcan. Los
cursos que habia oido, las caras de los ora
res, la fisonomía astuta de Regato, la candi
estúpida de algunos, el ramplon jacobinis
de Romero Alpuente, hervian dentro de e

de dormir, pero la Asamblea sin apar-
de sus excitados sentidos, continuaba
ndo y gesticulando con sus cien voces ron-
us doscientas manos amenazadoras. Al
comprendió que era producto infame de
lez y de perversidad, la gárrula bastar-
l entendimiento, explotada por una di-
cia satánica. Comprendió que se habia
) entre hombres, la mitad tontos, la mi-
oces, pero que marchaban juntos á un fin
con alianza parecida á la del asno y el
n más de una fábula. Del esfuerzo que
aba hacer su espíritu para descender al
on tales gentes no hay que hablar, por-
comprenderá fácilmente.

bia avanzado la mañana, sin que el no-
o de Padilla hubiera podido conciliar el
cuando entró Campos lleno de zozobra
acion.

sto ya pasa de broma—le dijo.—La niña
ece. Hemos estado en el Retiro, y no
l el sitio que me indicaste. Valiente bro-
nos está dando la tonta..... ¡Por los cla-
Cristo! si no diera la casualidad de que
l de los Godos está fuera de Madrid, no
o podríamos ocultarle que su novia se ha
do de mi casa anteayer, y á estas horas
emos dónde está.

—En la carta que enseñé á usted me decia que no pensaba volver á su casa.

—Temo cualquiera necedad..... Salvador, estoy muy inquieto—dijo Campos perdiendo aquella serenidad que indicaba en él un gran contento de la vida.—Sin duda esa loca está vagando por Madrid, y te busca de casa en casa, de café en café, como una perdida. ¡Qué deshonra!

—Creo lo mismo. Pero esto tiene que concluir.

—¿Estuvo ayer aquí?

—Dos ó tres veces. Como no me ha encontrado en ninguna parte presumo que volverá. Si vuelve, Sr. Campos, ofrezco remitírsela á usted sin pérdida de tiempo.

—Es que debes hacerlo—dijo Ciceron con energía.—Es que si no lo haces, faltas á la solemne palabra que me diste, y entonces, amiguito, no hay nada de lo dicho. Ya tengo en mi casa tu nombramiento para la cárcel de la Corona; pero como yo no recoja hoy mismo esa oveja descarriada, creeré que me estás engañando, creeré que estás de acuerdo con ella, que la escondes en alguna parte, y.....

El plácido semblante de Campos se enrojeció todo por la congestion que determinaba la ira.

—Mi determinacion es irrevocable—contestó el jóven.—Supongo..... casi estoy seguro de que volverá hoy. Avisaré á Lúcas para que la deje subir.

—¿Convendrá traer acá dos individuos de la policía y un coche que debe esperar en la calle de Bordadores? Conozco á Andrea y sé que no cederá por buenas.

—Nada de eso me corresponde á mí. Usted puede emplear los medios que quiera para llevársela. Yo no tengo que hacer sino poner fin á sus correrías y convencerla de que por más que me busque, no me encontrará en ninguna parte.

—Te comprendo—dijo Campos con viveza y señales de contento.—Tomaré mis medidas. No me moveré en todo el dia de la tienda de Requejo, y Sarmiento y yo nos pondremos de acuerdo para que si la oveja viene á este aprisco no se nos escape.

Despues de este diálogo, que se prolongó un poco más, aunque sin ofrecer en el resto de él nada digno de contarse, Campos se retiró. Monsalud, contra su costumbre, hizo propósito de permanecer en su casa todo el dia. Sin hacer nada en ella, tenia la agitacion y la movilidad exaltada de quien trae entre manos una ocupacion grave. Iba y venia de una pieza á otra; hacia á su madre y á su hermana pregun-

tas que ninguna de ellas entendia; se asomaba al balcon; hacia subir á D. Patricio para darle órdenes; censuraba á veces que la casa no estuviese mejor dispuesta, y reprendia luego á las dos mujeres porque se agitaban para arreglar las habitaciones.

Cerca del medio dia se retiró á su cuarto. Solita entró en él. Llevaba un pañuelo atado alrededor de la cabeza para resguardarse del sutil polvo que zorros y escobas levantaban, y cubria su cuerpo con una falda bastante antigua, pieza de desecho cuyas funciones se concretaban á los dias de limpieza. La figura de la jóven no era con tal atavío un modelo de elegancia.

—Hermana, estás que no se te puede mirar, —dijo Salvador observándola con cierta pena. —Es preciso que te pongas guapa.

—¿Yo?.... ¿Cuándo?—repuso la jóven con la mayor turbacion.—¿Y á qué vienen ahora esas guapezas?

—Me gustaria verte hoy arregladita y linda, como tú sabes ponerte cuando quieres. No es esto decir que me disguste verte así. Acá para entre los dos, siempre estás bien; pero.....

—¿Vamos á algun baile?—preguntó Sola con malicia.

—No vamos á ningun baile—dijo Salvador

con la torpeza que acompaña á las ideas de difícil explicacion;—pero quisiera verte hoy como realmente eres; quisiera que cuantos entraran aquí te admirasen y reconocieran en tí.....

—Tú te burlas de mí—dijo Solita llena de rubor.—Yo siempre estaré mal.

—¡Oh! te equivocas—manifestó Salvador con un tono que antes era de benevolencia que de conviccion.—Vamos, tambien querrás sostener que no eres guapa? Más de cuatro quisieran.....

—No sé por qué me dices esas tonterías.

—Mira, hermana, te agradeceré mucho que te pongas tu mejor vestido, que te arregles bien; pero muy bien.

—Ya sabes que estando mi padre en la cárcel no puedo ir á paseo ni al teatro.

—Si no pretendo llevarte á ninguna parte—dijo Salvador con impaciencia.—En fin, ¿te compones ó no?

—Me compondré.

—Hazme ese gusto, hermana. Así no estás bien, y tú vales mucho. Yo quiero que se vea que tengo una hermana simpática, bonita..... ¿me entiendes?

—Como si hablaras en griego.

—Pues vístete: ponte tu mejor vestido, ya sabes. Figúrate por un momento que soy tu novio. Vaya, ¿no tendrias interés en agradar á

tu novio; no tendrias interés en que él te encontrara siempre linda?

—Si dijera que no, seria una melindrosa—respondió Soledad fingiendo que ponia en órden las sillas para que, vuelto el rostro, no se le conociera la emocion que experimentaba.

—Pero como no eres mi novio ni lo serás.....

—¿Te vistes, sí ó no?

—Al momento, hombre, al momento.

Voló fuera del cuarto. Algun tiempo despues regresaba vestida y ataviada con lo mejor que tenia.

—¡Oh! ¡qué bien!—dijo Salvador con sincera admiracion.—Hermosa prenda se vá á llevar ese bruto de Anatolio! Hermanita, estás preciosísima: te lo digo sinceramente.

El rostro de Soledad se encendió más, y vióse en aquel puro cielo de modestia una chispa de vanidad que lo iluminó momentáneamente. Salvador no mentia, porque de muy distintas maneras está preciosa una mujer. En las incorrectas facciones de la hija del absolutista, en su descolorido semblante que á intérvalos se inflamaba, en sus ojos donde jugueteaba el alma escondiéndose en la penumbra del pudor ó mostrándose en la claridad del cariño, habia lo bastante para turbar la paz de cualquiera.

—Siéntate á mí lado—le dijo Salvador;—parece que estás asustada.

—Yo?.... no.

—Dame acá esa mano. Tienes las manos más bonitas que he visto. ¿Por qué las tienes tan frias y temblorosas?

—Es que las tuyas echan fuego y cuanto tocan lo encuentran helado.

—Ahora te has puesto como el papel..... ¡qué palidez! Pues mira..... así descoloridita es como estás mejor. En tu cara se ve tu alma bondadosa. Me consuela mucho verte á mi lado. Necesita uno personas así, que le compadezcan mucho, que le tengan lástima, que le mimen.

—Y por qué te he de compadecer, si tienes todo lo que deseas; si estás como nadie? Yo sí que soy digna de lástima.

—Pero tú tendrás á tu padre, y yo jamás, jamás recobraré lo que he perdido.

Ambos callaron, inclinando cada cual su cabeza cargada de pesos enormes.

—Me parece que siento ruido—dijo Solita vivamente.—Bueno será prevenir á Rosa, para que si llega esa mujer que ayer estuvo tres veces y que tanto te molesta, no la deje entrar.

—No; ya he advertido á Rosa que la deje

pasar—dijo Salvador con turbacion.—Quizás no venga más.

El ruido cesó y la casa continuaba en silencio.

—Me alegro de que mi madre haya salido hoy—indicó Salvador.

—Me parece que está ahí—repuso Solita poniendo atencion.—Siento pasos en la escalera.

—No; no es mi madre—indicó Monsalud con ansiedad vivísima.

—Los pasos son precipitados..... Se oye una voz de mujer..... ¿Voy á ver?

—No; estate aquí, y no te muevas de mi lado.

Callaron los dos. Solita miró á su hermano como asombrada. Salvador clavaba sus ojos en la puerta, donde no habia nada todavia; pero de antemano su alma llena de ansiedad observaba lo que habia de venir.

Andrea apareció en la puerta. Estaba desfigurada por enfermiza palidez; sus ojos miraban todo con febril extravío, y el desmelenado cabello así como el vestido en desórden indicaban largas horas de insomnio, de lucha y de amargura.

Su primer movimiento fué un impulso poderoso hácia el hombre que buscaba y que ha-

bia encontrado. Vióse en su semblante la contraccion que acompaña á un repentino desbordamiento de lágrimas. Pero dió tres pasos, y viendo que él no estaba solo se detuvo. ¡Qué choque de ideas en aquella cabeza! El impulso, el tierno avance expansivo habian encontrado un obstáculo, un muro frio, y contra éste la exaltada mujer se estrellaba palpitando y llena de congoja. Sus ojos atónitos, enrojecidos por el llanto, preguntaban sin pestañear: "¿qué chiquilla es esta?"

Salvador se levantó. Estaba lívido.

—Tengo que hablarte—balbució Andrea, viendo que daba un paso hácia ella.

Despues dirigió á Soledad miradas recelosas é impacientes, como diciendo:—"¿qué hace aquí esta mujer extraña? Que se vaya."

—Es un error—dijo Salvador.—Usted no tiene nada que decirme, y se ha equivocado sin duda. Yo no sé quién es usted.

—¿No sabes quién soy?.... Yo te lo diré—exclamó Andrea, cruzando las manos.—¡Que se marche esa mujer!

Con imperioso gesto señaló la puerta.

Soledad, tan aterrada como curiosa, pero sumisa siempre, se levantó. Salvador le dijo severamente:

—Quédate.

—¡Conque es decir!...—gritó Andrea con espantosa alteracion de voz y de semblante.

—Que usted es quien no está en su sitio aquí y debe retirarse,—respondió el jóven.—Sin duda ha padecido una equivocacion.

— ¡Perverso!.... ¿dices eso de veras?

Andrea, al decir estas palabras, que salian de su pecho como bramidos, adelantó con los brazos abiertos hácia su amante. Los brazos tropezaron con dos manos de acero que los retorcieron, rechazando el hermoso cuerpo á que pertenecian.

—¡Oh, qué vil soy!....—gritó la indiana cayendo al suelo de rodillas.—¡Rebajarme así!....

—¡Rebajarse así una marquesa!....—murmuró Salvador con sorda voz.—Señora, sentiré mucho que se ponga usted mala. ¿Quiere usted que se mande traer un coche para llevarla á su casa?

Andrea se levantó de un salto. La mirada que arrojó á su amante, como una saeta furibunda, turbó tanto á Monsalud que este en breve rato no supo qué decir.

—Yo creí que eras un caballero—dijo la americana.

Se le conocia que estaba haciendo esfuerzos terribles para conservar una actitud digna. Los impulsos naturales la incitaban á gritar, á

arrancarse el cabello, á cojer entre las manos á aquel hombre, como se coje un abanico, un juguete cualquiera, y destrozarle haciéndole pequeñitos pedazos.

Monsalud se dirigió hácia la puerta. Sus ojos y su gesto decian:—Váyase usted.

—¡Pero si tú me oyeras!....—murmuró Andrea, pasando súbitamente de la ira á una afliccion profunda.

—Yo no puedo oir á quien no conozco—repuso el hombre volviendo el rostro.

—¿No me conoce usted?—gritó Andrea con voz semejante á un rugido.

Parecia que se alzaba sobre las puntas de los piés. La mujer crecia. Sus brazos tiesos hácia atrás; sus puños cerrados; sus lábios descoloridos que temblaban; su fina nariz, que con nerviosas contracciones tambien expresaba la pasion desbordada; los músculos de su hermoso cuello, tirantes; sus ojos, que amenazaban entre llamaradas de despecho; el golpe violento de su pié en el suelo, como buscando apoyo para levantarse más..... todos estos accidentes hubieran puesto miedo en el corazon más acostumbrado á tales embates.

—¿No me conoce usted?—repitió.

—No—repuso Monsalud.

—¿No me conoció usted?

—Tal vez, pero..... ya no me acuerdo.

—Pues me conocerá usted—dijo Andrea con sofocada voz.

Dió algunos pasos fuera de la habitacion; pero de súbito, con brusco movimiento se volvió y entró resueltamente. Detúvose; miró á Solita. Hubo un momento de esos en que se ve inminente é inevitable el peligro de un choque material, aun contando con la reconocida dignidad de las personas. Con la voz más áspera, más impertinente, más insolente y procaz que puede imaginarse, Andrea hizo esta pregunta:

—¿Y tú quién eres?

Solita se quedó muerta de espanto. Su propia turbacion le impidió correr hácia su hermano y abrazarse á él buscando un refugio.

—Eso no se pregunta á los que están en su casa, sino á los que vienen de fuera.

Al oir esto Solita se reanimó. En aquel momento pensaba una cosa. Pensaba que si ella fuera mujer valerosa, echaria á escobazos de la casa á aquella insolente dama.

—¡Oh, qué vil soy!—repitió Andrea corriendo otra vez hácia la puerta.—¡Rebajarme así....!

Apartando el rostro para no ver el de su amante, salió precipitada y atropellándose, de

la casa. Habiéndosele unido su criada en la escalera, ambas bajaron.

Salvador se dejó caer en una silla, y apretando la cabeza entre las manos, se clavaba las uñas en el cráneo.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡qué infeliz soy!.... Sola, Sola, ¿has visto?.... ¡Maldito sea yo mil veces! ¡Maldito sea el dia en que nací!

—Pero esa mujer,—balbució la muchacha saliendo de su estupefaccion,—es un demonio..... Comprendo que te cause tanto furor.....

—¡No es demonio, es un ángel; y no me causa furor, si no que la adoro!.... ¿No la viste? ¿Has visto mujer más hermosa?

—Tú.....

—¡La adoro, me muero por ella!.... Pero tú eres una tonta y no puedes comprender esto. Sola, hermana mia, lloro porque..... no puedo..... ten compasion, ten lástima, mucha lástima de mí.

Solita tuvo tanta lástima que se echó á llorar.

XXI

Es la calle de la Cabeza una de las más tristes de Madrid. Compónese toda ella de casas viejas y feas, entre las cuales descuellan la enorme fachada meridional de la del marqués de Perales, y otra que tiene grabada sobre la puerta esta inscripcion: *Aparta, Señor, de mí lo que me apartó de tí.* Contrastando con las vías cercanas, aquella no tiene tiendas, y la mayor parte de las puertas están cerradas, á excepcion de las cocheras y cuadras que por allí mucho abundan. Hácia el Ave María la calle se eleva, como si quisiera subir á los balcones de las casas. Hácia la Comadre se hunde, buscando los sótanos. Algunas acacias, que se asoman por encima de altas tapias junto á San Pedro Mártir están mirando con tristeza al escaso número de transeuntes. Se oyen tan pocos ruidos allí que la calle no parece estar en Madrid y á dos pasos del Lavapiés. Toda ella tiene un aspecto sombrío, un tinte lúgubre, una mala sombra que no se puede definir, una atmósfera que abruma, un silencio que hiela.

alles, como las personas, tienen cara, y
o esta es antipática y anuncia siniestros
ios, una fuerza instintiva nos aleja de

algarmente se cree que en la calle de la
a no ha pasado nunca nada digno de
se. Por el contrario, es una calle trági-
izás la más trágica de Madrid. La tradi-
ue le dá nombre y que no carece de mé-
a lo que tiene de fantasía, es como sigue:
por aquellos barrios un cura mediana-
rico. Su criado, por robarle, le asesinó,
idole ferozmente la cabeza, y con todo el
que pudo encontrar huyó á Portugal.
é posible descubrir al autor del crímen, y
ado el clérigo, bien pronto su desastroso
edó olvidado. Pero el asesino, despues de
e dado muy buena vida en Portugal du-
muchos años, volvió á Madrid hecho un
ero, aunque no tanto que olvidase su pri-
a condicion de criado. Solia ir él mismo
tro todas las mañanas á hacer su compra,
lia adquirió una cabeza de carnero. Lle-
a bajo la capa, y como chorreara mucha
que iba dejando rastro en el suelo, fué
ido por un alguacil que le mandó mos-
que oculto llevaba. ¡Horrible espectácu-
l echar á un lado el embozo, el criado

alargó en la derecha mano la cabeza del sacerdote á quien diera muerte.

¡Milagro, milagro! Este fué el grito general. Confesó todo el asesino y le llevaron á la horca, acompañado de la cabeza de sacerdote que habia sido de carnero, y cuya vista horrorizaba y edificaba juntamente al pueblo. Murió, segun dicen, con grandísima devocion y arrepentimiento, y hasta que no entregó su alma á Dios, no recobró la testa del cura su primitiva forma carneril. Felipe III, que á la sazon nos gobernaba, mandó labrar en piedra una cabeza que se puso en la casa del crímen para memoria de aquel estupendo suceso.

En este siglo la calle de la Cabeza presenció muy de cerca el horrible asesinato del marqués de Perales el 1.° de Diciembre de 1808 (1). Cuando las revueltas políticas del 14 vió encarcelar á los diputados y ministros, y aquel silencio tétrico fué turbado en más de una ocasion por los rugidos de la plebe furiosa y embriagada. Nuestra narracion nos lleva ahora á la citada calle y á uno de sus edificios más antipáticos y más feos, la cárcel eclesiástica ó de la Corona, que estaba en la esquina de la calle Real de Lavapiés, y que todavia exis-

(1) Véase *Napoleon en Chamartin.*

te, aunque destinada á cuadras ó cocheras.

Un portalon daba entrada al patio, que no ha sufrido variaciones esenciales y tenia en dos de sus lados columnas de piedra para sostener la crugia alta. Las prisiones estaban en el piso bajo y en los sótanos, y consistian en inmundos calabozos, algunos con rejas á la calle. Dos puertecillas abiertas á un lado y otro del zaguan indicaban el cuerpo de guardia y las habitaciones de algunos empleados de la cárcel. Todas y cada una de las partes del edificio, dentro y fuera, arriba y abajo, ofrecian repugnante aspecto de incuria, descuido y degradacion.

La ignominia de la cárcel empezaba desde la puerta. En la esquina del edificio se veian multitud de inscripciones terroríficas é indecentes. A conveniente altura, una de esas manos de artista que tanto abundan en España, habia pintado una horca de la cual pendia un cura, y debajo se leia *Tamajon*. En la misma puerta otro artista habia trazado una especie de cuadro de ánimas donde varios curas recibian tizonazos de los demonios, y más lejos varios milicianos nacionales, caracterizados en la pintura tan solo por el morrion, asaban un cerdo que llevaba el nombre de *Vinuesa*. En el portal repetíanse las horcas y además

otra pintura ingeniosa. Un grotesco y ventrudo muñeco, que tenia en la panza el consabido letrero, abria la boca. Como si esta fuera la de un horno, varios milicianos ó figurillas de morrioncete metian por ella con sendas palas un objeto en que se leia *Constitucion*. Por debajo una escritura infernal rezaba el *Trágala, perro, tú servilon*.

Vinuesa estaba en un calabozo del piso bajo. En la puerta negra habian trazado con tiza la horca y el ahorcado, repetidas formulillas, como *Muera el traidor*, y una cuarteta que decia:

¡Considera alma piadosa
en esta nona estacion
el árbol de que colgaron
al cura de Tamajon!

Dentro del calabozo no reinaba oscuridad profunda. Veíase al infeliz reo arrojado en el suelo sobre un jergon inmundo. Era un hombre viejo, aunque entero, de cuerpo pequeño y que debió ser fornido; pero la larga prision habíale estenuado considerablemente. Su pelo entrecano; su barba blanca, muy crecida por no haberse afeitado durante el encierro; su rostro en que se pintaban resignacion y amargura, dábanle aspecto venerable que sin

duda no tenia cuando andaba suelto por la Villa, ó haciendo planes en su casa de la inmediata calle de San Pedro Mártir. Vestia sotana suelta, raida y llena de girones, y un gorro negro de punto, calado hasta más abajo de las orejas, le cubria la cabeza. Cuando no estaba echado sobre el miserable jergon, se ponia á pasear de un ángulo á otro ó se sentaba en la única silla, apoyando los brazos sobre una mesa negra, y la cabeza en los brazos para dormir un poco. En la mesa negra estaba pintada tambien con tiza la horca y un diablillo que tiraba de los piés al ahorcado. En las paredes se leian varias estrofas de las más indecentes del *Lairon*. Pero al desgraciado preso no le mortificaba tanto leerlas como oirlas, y este era su principal tormento.

Todos los chulillos que pasaban de vuelta para el Lavapiés á la madrugada; todos los rondadores guitarristas que iban á recorrer las calles; todos los grupos de vagos que regresaban de los clubs ó de las lógias; todos los patriotas que salian de las tabernas á hora avanzada, y los chiquillos al salir de la escuela por las tardes ó al ausentarse de ella para ir de huelga ó pedrea al Mundo-Nuevo, hacian escala al pié de la reja del calabozo de Vinuesa; así es que éste oia constantemente durante diez y

ocho horas de las veinticuatro del dia, los famosos versos:

Dicen que vienen los rusos
por las ventas de Alcorcon.
Lairon, lairon.
Y los rusos que venian
eran seras de carbon.
Lairon, lairon.

Estas eran las estrofas comunes; pues las picarescas é indecentes en que se atribuian al *cura de Tamajon* las mayores atrocidades y desvergüenzas, no pueden copiarse. El populacho veia en Vinuesa un galanteador de muchachas, corruptor de doncellas, tercero, mancebista y cuanto abominable y ruin puede imaginarse. Nada de esto es verdad. Su único delito habia sido el plan que conocemos; pero si hubiera faltado á las leyes morales con perversidad é incidencia, habria purgado sus culpas con el infierno expiatorio que tenia en la prision. Era este un lúgubre ventanillo cuadrado y pequeño, con una cruz de hierro en el vano. Por allí entraba la voz terrible del populacho cantando infames coplas, amenazando é insultando sin cesar al pobre reo. Vinuesa aborrecia aquel agujero por donde le entraba la luz y la ira de la Nacion vengativa; y por verle tapado, aunque le dejase á oscuras, die-

estante de su vida y la esperanza de
l. Si lograba conciliar el sueño, no de-
ver aquel boquete horrible, que en su
febril se representaba como el ojo y la
e la inmunda canalla, que sin cesar le
a y le escupia.

de la Cuadra estaba encerrado en un
o de otra crugía, y no gozaba de la pre-
cia de vistas á la calle. En su encierro
bastante claridad, y tenia mejores
s que Vinuesa, entre ellos una cama
. Tambien su puerta se ornaba con
iones; pero en lo interior no las ha-
rtificábanle principalmente los gritos,
y disputas de los milicianos nacio-
que tenian su cuerpo de guardia en el
, y que alborotaban en el patio más de
eniente.

tante despues del encierro sintióse ata-
e dolores en las articulaciones de las
, y no dudó que su reumatismo consti-
l le iba á hacer una nueva visita. Guar-
a, resignándose al suplicio de sus dolo-
paciencia cristiana, y tuvo varias al-
vas de alivio ó recrudescencia. A falta
lios médicos, disfrutó de los cuidados
alabozero algo piadoso, que por haber
lo del mismo mal, no solo poseia recetas

y cierta ciencia práctica, sino tambien una caritativa compasion hácia todos los reumáticos.

De esta manera trascurrieron muchos dias. Lo que más hondamente perturbaba la naturaleza moral y física del ex-oidor era la incomunicacion y con ésta la negra tristeza en que vivia, si aquello era vivir. Solo, febril, contemplando perpétuamente su situacion, midiendo sin cesar la considerable distancia que le separaba de su hija, pasaba las largas horas del encierro, y veia la lenta série de noches y dias, marchando como las ruedas de una máquina de tormento. A ratos oraba, á ratos derramaba amargas lágrimas; por breves momentos recibia consuelo de su propia imaginacion, representándose la libertad y la paz de su casa; pero estas bellas sombras pasaban pronto, y el calabozo le ponia delante sus cuatro paredes inalterables. Conocido el estado de su ánimo, lleno de amargura, se comprenderá cuáles serian su asombro y emocion al ver que un dia se abrió la puerta del calabozo, que entró un hombre, y que en aquel hombre reconoció, despues de congojosas dudas, la persona auténtica de Salvador Monsalud.

Éste corrió á abrazarle y Gil de la Cuadra se desmayó de alegría.

—¡Mi hija, mi hija!....—murmuró cuando

recobraba el uso de la palabra.—¿Ha muerto? ¿vive?

—Animo, Sr. Gil—gritó Monsalud.—Pronto verá usted á su hija, que está buena como nunca, y muy contenta por saber que pronto estará usted libre.

—¡Yo libre!—exclamó el anciano abrazando á su amigo.

—Todavia no; pero pronto será.

—¿Y Anatolio?

—No ha venido aún.

Siguió haciendo preguntas, menudeándolas con tanta prisa que casi no daba tiempo á la contestacion, y al fin se ocupó de su causa que habia dejado para lo último. Monsalud en breves términos le explicó, si no todo, gran parte de lo que habia hecho, así como las circunstancias de su presencia en la cárcel y el destino que desempeñaba.

—Tengo la seguridad—dijo,—de que conseguiré un objeto en el cual he empleado tanta actividad, tanta fuerza, tanta paciencia. La santidad de la obra emprendida, que es el cumplimiento de una de las primeras leyes cristianas, me hace creer que esta vez, como otras, mi trabajo no será estéril. He sufrido contrariedades, amigo mio, contrariedades graves; pero al mismo tiempo he empezado á co-

nocer uno de los mayores goces que puede sentir el hombre y que hasta ahora.....

—No habia usted conocido.

—Al ménos en tan alto grado.

—El goce incomparable de hacer bien á un semejante—dijo Cuadra con voz balbuciente por la emocion.

—Ese, sí, y el de poder dar forma al agradecimiento expresándolo en hechos.

—¡Oh! sí, tambien eso es un goce inaudito.

—Y tranquilizar la conciencia.

—Es verdad.

—Porque el recuerdo de las grandes faltas—añadió Monsalud,—no se atenúa sino con la práctica constante de buenas acciones.

—Tambien, tambien.

—Todo me anuncia que esta vez mi afan no tendrá, como otras veces, un éxito desdichado. El corazon mio, que es la desconfianza misma, me está diciendo ahora: «triunfamos, triunfamos de seguro.» Será usted libre, amigo mio, y lo será pronto. Solo le recomiendo á usted un poco de paciencia. Consuélese usted con saber que me tiene muy cerca, y que estoy discurriendo los medios de rematar nuestra obra.

Gil de la Cuadra, arrojándose en brazos de su protector, lloró como un niño.

XXII

Mientras esto ocurria, todo Madrid se alar-
ba con una estupenda noticia. Por todos los
rrios, por todos los clubs, por todos los
culos corria una noticia, que muchos supo-
an increible, por lo disparatada, y otros acep-
ban con resignacion como una nueva prueba
los desaciertos y traiciones del Ministerio.
fiscal de la causa formada contra Vinuesa
pedia para éste más que diez años de presi-
o. El pueblo irritado, á quien habian hecho
er que la muerte del arcediano no era bas-
nte castigo para las culpas de éste, vió en
diez años de presidio una pena tan suave,
e más que pena le parecia recompensa. De
demás conspiradores absolutistas nada se
cia aún; mas era probable que recibirian en
go de sus infamias algunos años de encierro,
decir, confites.

No es preciso indicar que en todo Madrid principalmente en los barrios bajos era un angelio la opinion de que *habia corrido ucho dinero* para absolver á los malhechores, los más listos decian:

—¿Pues qué? el Rey no podia dejar perecer á sus amigos.

En esto se equivocaban, porque Fernando se distinguia de todos los malvados por un funesto sistema de abandonar cobardemente á cuantos le habian servido, y aun gozarse de un modo incalificable en la desgracia de ellos, como lo prueban, entre otras muchas cosas, las célebres palabras que pronunció ante los guardias fugitivos y vencidos el 7 de Julio. La verdadera causa de la lenidad relativa del fiscal y más tarde del juez, fué que el Ministerio y los masones habian llegado á comprender cuán bárbara y soez era la excitacion vengativa del populacho, á pesar de haberla excitado ellos mismos en Febrero y Marzo, y quisieron rendir homenaje á la humanidad y la justicia, evitando un sacrificio inútil. Hemos llamado lenidad á la pena anunciada, porque con respecto al furioso ardor de la canalla lo parecia; pero en rigor de justicia era una atrocidad, que solo tiene disculpa en las infames transacciones á que obligan los yerros políticos.

En los *comuneros* la noticia fué chispa arrojada á la mina. La fortaleza reventó y una explosion de salvajismo, de barbárie, de ódio y necedad atronó la *Plaza de armas*. Los honrados y los inocentes, que no eran los ménos bajo

tandarte de Padilla, hacian coro á los mal-
s, por la solidaridad que entre todos rei-
.. Eran los primeros envueltos en el torbe-
, y sin saberlo, estaban tan locos como los
ás; mejor dicho, los honrados y los inocen-
ran los verdaderos locos, porque los per-
os conservaban bajo la borrachera de ven-
a su nefanda razon. Pero en realidad la
ia de la blandura del juez, más les alegra-
ue les afligia. Servíales de pretesto para
r en ejercicio su ideal de barbaridades,
ellos y desafueros, y de admirable tema
gritar contra el Gobierno, llenándole de
y escarnio. Acogieron, pues, el suceso
l frenesí del beodo á quien dan aguardien-
se hartaron de furia, de exaltacion polí-
poniéndose como demonios en la sesion
celebraron la noche de la noticia.

Romero Alpuente, á quien respetaban, no
presidir la sesion, porque le fué imposi-
ofocar el tumulto. Regato emitia con su
ual tono de importancia las opiniones más
undas. Megía sudaba gritando, y con el
o encendido, gesticulaba sin poder conse-
que le oyeran. Pelumbres daba golpes en
ancos con un baston semejante á la clava
Hércules. D. Patricio, renunciando á ser
por toda la Asamblea, pronunciaba, ora

frases áticas, ora apóstrofes demostenianos en un pequeño grupo que se formó á su lado. En suma, la *Plaza de Armas,* más que guarnicion regular, parecia un ejército indisciplinado, un manicomio insurrecto, ó un infierno en que fuese ley la libertad individual para hacer diabluras. Cada cual pedia una cosa distinta, y es incomprensible que no se rompieran la cabeza unos á otros, único medio y fórmula de conciliar todas las opiniones.

Era que comunmente la Asamblea en pleno no resolvia nunca nada, siendo más bien doctrinales, digámoslo así, sus sesiones, que ejecutivas. La alta direccion de la *Comunería* estaba como la de los masones, en un pequeño consejo, en cuyo seno ha llegado la hora de que nos introduzcamos osadamente. Hemos presentado en otro libro la camarilla de Palacio (1). Tócales ahora su vez á las camarillas populares, poderes igualmente misteriosos y perturbadores, y la dificultad de nuestro trabajo aumenta, porque las camarillas eran dos: la del populacho ó de los exaltados, y la de los constitucionales ó moderados. Procedamos con método.

Camarilla del populacho.—No tenia local

(1) Véanse las *Memorias de un Cortesano de* 1815.

jo. Reuníase algunas veces en un departamento reservado del café de Lorencini; otras en el mismo local de la Asamblea, ó en casa de Regato. La reunion de ella que nosotros vamos á presenciar, no fué celebrada en ninguno de estos parajes, sino en una taberna de la calle de la Estrella. De los veinte diputados comuneros no asistió ninguno; de los periodistas, solo Mejía; de los que tenian cargos oficiales en la Asamblea de Padilla, solo Regato; de los viejos, solo D. Patricio Sarmiento; pero no faltaba ni uno siquiera de los amigos de Timoteo Pelumbres, ni tampoco la pandilla de milicianos nacionales, en la cual alzaba el gallo con altanera superioridad Pujitos. Sumaban entre todos once personas, y para poder discutir con más libertad, Regato mandó al tabernero que cerrase, luego que todos estuvieron dentro, y cuando el vino empezó á hacer su oficio para que las lenguas pudiesen desempeñar mejor el suyo.

—Queridos compañeros—dijo Regato,—estamos perdidos.

Esta frase hábil produjo la sensacion apetecida.

—Perdidos, porque el Gobierno nos vá á meter el diente, y los hombres gordos de nuestro partido se esconden en su casa llenos de miedo.

—Romero Alpuente—dijo uno,—tiembla como una gallina mojada.

—Desde que se ha dicho que el Gobierno vá á pegar, nuestros diputados ya están buscando vendas.

—Está visto que para reclutar gente valerosa—dijo Regato á quien agradaba mucho la veneracion con que era oido,—no hay que contar con gente de lengua y pluma. ¡Pobre pueblo, siempre sudando por gobernar, como manda la ley de Dios, y siempre engañado por tanto pillo! Está visto que mientras el pueblo no diga: «pues esto quiero y esto ha de ser», y lo haga como lo dice, no tendremos libertad.

—Pero cuando el pueblo quiere portarse como quien es—manifestó Pelumbres,—vienen los *futraques,* llenos de jabon y pomada, y sacan los catecismos de la política para decirnos cosas lelas y de mil flores..... con lo cual se acaba todo, y en buenas palabras resulta que somos unos zopencos y ellos unos Salomones. Nosotros trabajamos y ellos comen.

—Señores—repitió Regato dando un suspiro,—estamos perdidos. El Gobierno viendo que no servimos para nada, (y no me vuelvo atrás....) que no servimos para nada, vá á pegar, pero á pegar muy fuerte.

Breve silencio siguió á estas palabras.

os palos serán para el que los aguante;
'.....
os palos serán para todos—afirmó Re-
a el tono de la mayor competencia.—Yo
buena tinta lo que trama el Gobierno;
odo, y pues venimos aquí para ver cómo
fendemos, lo voy á decir.
l Gobierno vá á cerrar los cafés.
á reformar la Milicia Nacional de modo
entren sino los que él quiera.
á corregir la Constitucion.
á poner dos Congresos, uno como el
á, y otro de clérigos, obispos, generales,
eses, camaristas, y toda la récua de al-
os, persas y serviles.
á suprimir todos los periódicos—indicó
, dando á entender de este modo sus
es literarias.
á mandar á Riego á Filipinas.
odo eso y mucho más hará el Gobierno—
gato;—pero como á quien más aborrece
os buenos patriotas, empezará su obra
ando á los buenos patriotas que somos
os.
osotros—repitieron algunos.
pasando la mano por el lomo á los ser-
que serán los mandarines de mañana.
ignifica la libertad de Vinuesa?

—¿La libertad?

—La libertad, sí. Para los bobos eso de los diez años de presidio significa..... diez años de presidio; pero para nosotros que somos tan listos y vemos un mosquito en la punta de una torre, esa pena no es más que la absolucion del cura.

—Es lo mismo que yo pensaba.

—Le sacan de la cárcel; hacen la pamema de llevarle á Ceuta; métenle en cualquier convento donde habrá abundancia de buenas magras, pollos con tomate, gran trago de vino y muchachas bonitas; dicen luego que se ha escapado, y al poco tiempo, indulto. Tras el indulto viene la canongía y tras la canongía la mitra.

—Pues estamos bien—dijo uno con impaciencia golpeando el suelo con su baston.—Protesto.

—Protesto yo tambien—exclamó Pelumbres.

—Si la Sociedad de los *Comuneros* que empezó con tan buen pié, no saca ahora la cabeza, ¿para qué sirve?

—Para nada, Sanchez, para nada—repuso un hombre que era tratante en cueros.—Dende que oí discursos y ví papeles y *toma la palabra, daca la palabra,* se me cayeron las alas del corazon..... ¡botijos! yo no sirvo para esto.

—Es muy posible que el Gobierno tenga la alevosa intencion de indultar á Vinuesa y aun darle una mitra—dijo con gravedad un indivíduo de aspecto decente, furibundo patriota cándido que tenia dos tiendas y un buen nombre que no hace al caso;—yo creo cuanto ha dicho el amigo Regato, porque el Gobierno es en la superficie liberal y en el fondo absolutista.

—Si Riego estuviera en Madrid, otro gallo nos cantara, amigos—indicó Regato.—Yo de mí sé decir que si tuviera dos docenas, dos docenas nada más de buenos patriotas, intentaria cualquiera sublimidad.

—Cualquier hazaña épica, digna de perpetuarse en mármoles—dijo D. Patricio.—Señor Regato, manifieste usted con claridad su pensamiento. ¿Se trata de que Madrid se levante en masa y arroje del gobierno á ese Ministerio, y convoque otras Córtes, y aun le caliente las orejas al *Rey neto?*

—Eso es difícil hoy; pero no lo será dentro de seis meses, cuando estemos mejor organizados, y se multipliquen las *Casas fuertes* de los regimientos y se reciba el dinero que nos han prometido de América. Contentémonos ahora con dar una prueba de nuestro mucho poder, de lo que somos y lo que valemos, para que

tiemble el cobarde tirano y nos tengan miedo los mandarines.

—Ved aquí, amigos mios,—dijo Sarmiento, —cómo admirablemente concuerda con mi opinion la del Sr. Regato. Siempre he sostenido la necesidad de elevar la voz para que nos oigan, de alzarnos sobre las puntas de los piés para que nos vean, de presentarnos en todas partes para que nos toquen, mientras llega la hora sublime de los bofetones.

—Yo no entiendo de estas máquinas sutiles —manifestó con la ingenuidad de la barbárie, el llamado Sanchez, que era miliciano y habia sido primero cortador de carne y despues empleado en cárceles.—Yo lo que sé es que si conviene dar porrazo se dé porrazo. No hay más que dos políticas: dar y recibir.

—En lenguaje sencillo—dijo Megía,—ha expresado Sanchez la idea de que mientras no se puede realizar una insurreccion que dé la victoria al pueblo, se hagan manifestaciones patrióticas con objeto de que se nos considere como un elemento importante, capaz de cualquier cosa en el Gobierno ó en la oposicion.

—A eso iba—indicó Regato con acento magistral.—En pocas palabras, señores; el Gobierno dice blanco, pues nosotros decimos negro; el Gobierno quiere coles, nosotros lechu-

gas; el Gobierno dice *por aquí no se vá,* nosotros decimos, *por ahí iremos.*

—El Gobierno dice, *no más clubs,* nosotros respondemos, *vengan clubs.*

—El Gobierno quiere poca Milicia, nosotros mucha Milicia.

—El Gobierno paz, nosotros guerra.

—El Gobierno perdona á los absolutistas, pues condenémosles nosotros.

—Condenémosles, caballeros,—gritó el tratante en corambres.—¡Botijos! Si nosotros no hacemos la justicia, ¿quién la vá á hacer?

Dando golpecitos en la mesa con el fondo del vaso, despues de beberse el contenido, entonó esta cancion:

Ay le lé, que toma que toma,
ay le lé, que daca que daca,
ya no bastan las razones,
apelemos á la estaca.

—El ciudadano D. Bruno ha tocado el punto más delicado de la política actual—dijo Regato.—El pueblo, señores, no debe consentir la impunidad de quien ha trabajado y trabaja aún en contra del pueblo.

—¡Botijos!.... no.

—De ninguna manera.

—Consentirlo seria gravísimo desacierto—afirmó Sarmiento.

—Como me llamo Pelumbres, tan cierto es que todo el dia he estado pensando en que debíamos hacer justicia, porque podemos y debemos hacerla. Y si el pueblo no es soberano para esto, ¿para qué lo es?

—A fé de Megía, sostengo que cuando los jueces son inmorales y corrompidos, el pueblo no tiene más remedio que echársela de juez.

—Pues con una palabra basta—afirmó el tratante en pellejos.

—Es preciso sacar á Vinuesa de la cárcel antes que le indulten.

—Y ahorcarle—dijo Sanchez, apretándose su propia garganta.

—En la plazuela de la Cebada.

—En la plaza de Palacio, delante del balcon de Su Magestad—gruñó Pelumbres.

—Admirable y sensata idea—dijo Regato;—pero me parece irrealizable. No es preciso que se lleven las cosas á ese extremo de perfeccion.

—No puedo aconsejar tranquilo la muerte de un hombre—afirmó Sarmiento con gravedad;—pero hay sacrificios necesarios, indispensables, y el cura de Tamajon debe morir. Tambien hay en la cárcel de la Corona un dichoso Gil de la Cuadra, ex-vecino mio, que es uno de los servilones más furibundos, y un conspirador terrible.

il de la Cuadra—dijo Regato haciendo
ia.—Ah, ya: le proteje Salvador Mon-
despues de haberle enamorado á su mu-
no me consta. Váyase lo uno por lo otro.
l traidor Monsalud se dirá de aquí en
te—indicó Pelumbres.—Ese canalla
s de entrar en nuestra Sociedad, ha ad-
un destino del Gobierno.
n la cárcel de la Corona precisamente—
Megía.—No lo hubiera creido. Puesto
ianza, señores. Aquí hay gato encerrado.
engo á Monsalud por una persona decen-
o D. Patricio.—Es amigo mio y no le
paz de servir á los masones. Le he oido
pestes de esos señores.
a lo que fuere—dijo Sanchez,—ello es
tes de meter semejantes tipos en nuestra
ad, debiéramos pensarlo mucho.
s justa la censura, aunque confieso que
presenté—dijo Regato;—pero no hay
para desconfiar de tal jóven. Tengo mo-
para creer que puedo dominarle en un
nto dado. Ese hombre será mio cuando
era. En vez de importarnos que esté em-
en la cárcel, debemos felicitarnos de ello.
mos partido de esta circunstancia.
te-botijos!.... ¡Si está en mi lugar y en
to de que me echaron hace dos meses esos

mamones!.... ¿pues no me ha de importar? Es un caballerito á quien tengo atravesado aquí.

—Dejemos esta cuestion mezquina, señores, y volvamos á lo principal—dijo Regato.—¿Hay aquí gente de valor?

—Basta y sobra; pero si se quiere cosa mayor, con dar la voz en ciertos barrios, se tendrá toda la gente que se quiera.

—Sr. D. Bruno, ¿se puede ir á donde se quiera?

—Al cabo del mundo. Digan hora y lugar y allá estaremos todos. No saldrá tan mal como la noche de los embajadores del Ruso y el Turco.

—Mañana..... mañana.....—dijo Regato meditando.—¿Cuál será la mejor hora?

—Por la noche.

—No, por el dia.

—A las doce del dia—gritó el más decente de todos. No se trata de ninguna traicion, sino de una obra de justicia.

—¡Excelente idea! A las doce del dia.

—*Coram populo*,—murmuró Sarmiento.

—¡Botijos! á las doce en punto.

—Y ahora—dijo Regato levantándose,—á prepararse. La cosa puede ser sencilla si el Gobierno deja á la Milicia en la guardia de la cárcel. Pero si pone tropa.....

—Si se atreve á poner tropa, entonces.....

—Que ponga tropa—gritó Pelumbres dando un puñetazo,—y se hará justicia á la tropa.

—Eso es, justicia á la tropa.

—Porque no es más que justicia.

—Esta noche hay otra vez Asamblea, señores,—dijo Regato con misterio.—Mucho cuidado con los caballeros comuneros de corbatin almidonado y palabrejas cultas. Dirán, como esta noche que estamos locos.

—¿Se guardará secreto?

—Hasta donde se pueda; pero hay que reclutar gente, mucha gente.

—¡A la Fortaleza, á la *Fortaleza!*

—En la *Fortaleza* hay espías y traidores que todo se lo cuentan al Gobierno.

—Si el Gobierno lo sabe, mejor—vociferó Pelumbres.—¿Qué apostamos á que voy á Palacio y se lo digo yo mesmo al Rey?

Una carcajada general acogió estas palabras.

—Las cosas claras. Se vá á hacer justicia. Yo lo digo á todo el que me quiera oir. ¡Muera Tamajon!

—¡Muera Tamajon!—repitieron todos ménos Regato.

Éste con voz apagada y razones conciliatorias quiso aplacar á sus amigos; pero estaban

muy encariñados con la idea emitida por el dos veces gato, para dejársela quitar. Hay que pensarlo mucho, antes de arrojar la piltrafa á esta especie de carnívoros; pero una vez arrojada, el que aspire á quitársela se expone á recibir un mordisco ó arazaño. Así lo comprendió el fundador de la Comunería. Cuando los indivíduos de su alto Consejo salieron á la calle rumiando el sangriento manjar que les habia puesto en la boca, el cobarde Regato se asustó un poco; pero aún tenia seguridades muy grandes de no ser sospechoso, y entre Pelumbres y D. Bruno marchó resueltamente á la Asamblea que aún estaba abierta.

XXIII

Poco despues de este suceso las *Plazas fuertes* y *Salas de armas* encerraban un partido en ebullicion. Despues de media noche la mayor parte de los comuneros sabian que estaba acordada para el dia siguiente la muerte de Vinuesa. A la madrugada, sabíanlo tambien los masones por su bien servido espionaje, y conmovido el *Grande Oriente* ante amenaza tan audaz, deli-

ś con calor y afan tan importante asunto. que allí se dijo veráse á continuacion.

Camarilla constitucional. Reuníase casi apre en el Grande Oriente, con asistencia nuchos hombres que se tenian por lumbre- de otros que realmente lo eran y de mu- s que si carecian de soberbia ó de mérito, raban buenos sueldos en las oficinas del no. En la Masonería habia, segun los datos verosímiles, cincuenta y dos diputados. los Ministros, la mitad por lo ménos carga- el mandil. Pocos eran entonces los hom- notables por su talento oratorio ó por pluma, que no doblasen la cerviz ante el terio eleusiaco, y muchos que despues han rado en los partidos reaccionarios adoraron cacia. Tal fué el atractivo del Orden masó-, que aún se dice trataron con él clérigo apóstatas y un general de franciscos despues fué arzobispo (1). Para que nada ase, los del Arte-Real vieron en las lógias á nfante, que recibió el nombre de *Dracon*, la risible particularidad de que le llamaban *con*. Un general muy célebre era designado *to II*. Puede dudarse, que el mismo Fer- do VII *recibiese salario* masónico; pero no

) Fray Cirilo de Alameda desmintió de un o enérgico la aseveracion de Galiano.

que los nombres más ilustres y respetables del presente siglo, los nombres de Argüelles, Calatrava, Quintana, San Miguel, Flores Estrada, Galiano y otros figuraron en las listas de Maestros, siendo probable que todos ellos fueran *Sublimes perfectos*.

La camarilla, en la hora que nos es permitido asistir á ella, estaba formada por seis indivíduos nada más, cuyos nombres, á excepcion del de Campos, deben mantenerse en secreto. Si en el trascurso de la relacion son conocidos, enhorabuena; pero no se culpe al novelador de haber manoseado nombres pertenecientes á personas de distinto valer, pero todas respetables, algunas de las cuales han respirado hasta hace poco..... y quizás haya alguna que respire todavia.

Los de la camarilla se reunian en la lógia, pero allí estaban familiarmente y sin ceremonias de rito, como clérigos en la sacristía. De los seis, cuatro eran diputados; y de estos, dos habian sido Ministros, y uno lo era en aquellos dias. De los dos restantes, uno casi no era mason, hallándose en la categoría de *durmiente*, y el otro era Campos. Atencion.

Tiene la palabra un jóven de treinta y tres años, alto, elegante, fino, airoso. Sus modales y su vestido eran como su estilo, la correccion

ıa. Su rostro morenísimo y su gran boca
nle aspecto de fealdad; pero tenia la be-
de la expresion y un claro sello de hidal-
y caballerosidad que cautivaba. Sus ojos
negros y vivísimos, llenos de esa luz par-
ır que indica poderosa ereccion de la fan-
; sus cabellos alborotados y fuertes, algo
idos á los de Chateaubriand, rodeaban
espaciosa y limpia y celeste frente, emble-
el privilegiado artista. Era su voz grave
suasiva, y si su estilo carecia de arrebato,
en cambio la serenidad más simpática y
ento que subyugaba oidos y corazones.
Nosotros—dijo señalando á un amigo que
á él se sentaba,—estamos decididos á no
ır nuestro nombre á los errores que se es-
ometiendo. Amamos la libertad con deli-
ero aborrecemos los excesos del populacho
ignominiosa licencia. Antes que empu-
la Nacion por este carril que la precipita-
el abismo, nos retiraremos de la política,
remos toda influencia, perderemos nues-
opio prestigio, y entonces la vergüenza
ber contribuido á este desórden nos servi-
castigo. No se nos oculta que el absolu-
volverá y quizás pronto, si á tiempo no
ıe mano en reparar el Reino que se des-
; y el absolutismo vendrá, porque las

instituciones vigentes no ofrecen condiciones de vida saludable y duradera, porque carecen de fuerza para contener en límites razonables la iniciativa popular y son incapaces de fundar nada sólido. Que el Gobierno, sabedor de la inícua amenaza de los exaltados, evite que se consume hoy un horrendo delito; haga entender á esa gente que su destino y mision no es todavia ni será en mucho tiempo dirigir la cosa pública; establezca el imperio de la razon, de la calma, del buen sentido, y entonces variaremos de opinion. Mientras esto no suceda, la division será completa, y si hoy permanece oculta por nuestra prudencia, mañana trascenderá á las Córtes, y de las Córtes á todo el país.

—Y se formará el partido *anillero* ó de los *amigos de la Constitucion*—dijo un viejo alto y flaco, nervioso y lleno de vivacidad, que respondia entre masones al nombre de *Coriolano*, y era célebre por un folleto contra los absolutistas y varios escritos de Economía política.—Esta nueva escuela será funesta. Tendremos al fin tantos partidos como hombres, y no habrá un solo indivíduo que se resigne á pensar como los demás.

—*La Sociedad de los amigos de la Constitucion*—dijo el compañero del primer orador, que

nto á él se sentaba,—responde á la necesidad nperiosa de establecer un término medio entre s antiguas leyes, que viven encarnadas en el aís, y los principios liberales. ¿Por qué no emos de decirlo? Yo, por lo ménos, tengo mi leal en la *Carta* francesa, con las dos Cámaras el veto absoluto.

Oyóse un murmullo de desaprobacion.

—Condenamos igualmente—dijo con gravedad el de los cabellos alborotados y la boca rande,—toda clase de reuniones como esta, ue ó sirven para fomentar el jacobinismo y frecer un secreto peligroso á las intrigas y á s ambiciones, ó no sirven para nada.

—Estamos disputando sobre si nos hemos de ividir más todavía, mientras una cuestion alpitante, fundada en una alarma quizás lsa, reclama nuestra atencion. Este asunto o tiene espera. Nos está llamando, y nosotros volvemos la espalda para discutir sobre si ebemos ponernos un anillo en el dedo ó un riangulillo de laton en el ojal.

El que esto dijo era un hombre de más de uarenta años, moreno como el anterior, de acciones bastas y gruesos lábios. Su cuerpo ra fuerte y algo pesado. Carecia de soltura y racia y flexibilidad; pero en cambio parecia poseedor de una gran energía. Lástima que esta

energía, circunscrita al entendimiento y al estro poético, no trascendiese á la voluntad. Completaban su persona cabeza admirable, abultada y lobulosa, ojos grandes y hermosos, una frente á la cual no faltaba sino el laurel para ser olímpica; expresion grave y tono sentencioso en la voz. Allí dentro le llamaban *Pelayo*.

—Es verdad, es verdad—dijeron los demás. —A la cuestion.

—Los comuneros han decidido sacrificar á D. Matias Vinuesa—manifestó Campos que parecia secretario de la junta.

—Causa horror el ver que estas atrocidades se cometan; pero causa más horror aún qué se anuncien—afirmó el que oimos al principio de la sesion.

—Yo no lo creo—dijo el poeta.—Los que se ocupan en propagar alarmas han escogido esta para el dia de mañana. Reconozco que el pueblo está irritado.....

—Con razon—manifestó Coriolano.—La sentencia del juez es capaz de sublevar al pueblo más generoso. ¿Por qué se vocifera tanto contra el populacho, cuando sus excesos no son más que el rechazo, digámoslo así, de las osadías de los absolutistas? No, no está el mal en la canalla, que es honrada y generosa: no morirá la liber-

en manos del pueblo, sino en manos de los
quieren establecer una transaccion imposi-
con el despotismo.
Coriolano, que se habia expresado con ener-
, miró á los dos *anilleros*. Estos callaban,
que uno de ellos era gran retórico.
—No disculpo ni disculparé á los exaltados
protestan contra la sentencia del juez—
Pelayo con calor,—pero téngase presente
há tiempo quedan impunes los mayores
tados y crímenes de los absolutistas. Di-
que Vinuesa es tonto; yo no lo creo. Su
n indica maquiavelismo, y por lo ménos las
nciones de este clérigo han sido perversas.
ar y corromper la tropa, sublevar al pue-
, sorprender á los principales diputados y á
primeras autoridades, sacrificarlas inmedia-
ente á la seguridad y á la venganza del
tido conspirador y alzar sobre la sangre de
ellas víctimas el pendon de la tiranía y de
ntolerancia; estos son los proyectos conte-
os en los atroces papeles de Vinuesa. Con-
o y aun confeso el miserable preso, no de-
librarse de la suerte rigurosa á que se expo-
siempre los que traman semejantes atenta-
contra la existencia de un Gobierno esta-
ido. El juez que ha despachado esta causa
dicho públicamente que cualquiera de los

cargos que obraban contra el reo era capital, y que por consecuencia era imposible salvarle. ¿A qué este cambio repentino? ¿Por qué con tales antecedentes, Vinuesa no ha sido condenado más que á diez años de presidio? Semejante condescendencia ha llamado justamente la atencion pública. Hasta se asegura que la Audiencia en vez de agravar la pena la suavizará más. Dícese que han mediado presentes á los cuales la integridad del juez ha resistido con nobleza y con honor; pero que despues han intervenido ciertos recados imperiosos de Palacio, á cuyas fulminantes amenazas no ha podido sostenerse el magistrado, haciéndole blandear desgraciadamente en su fallo (1).

—Siempre han de achacarse todos los yerros á la incorregible mano oculta—dijo con desabrimiento el retórico.

—¡Siempre se han de achacar al populacho! —exclamó colérico el que respondia al nombre de Coriolano.—La plebe es causa de todo. La Córte y el Rey no hacen más que rezar. Con tan admirable sistema de crítica, resulta infaliblemente que la Constitucion es detestable, y que debe convertirse en Carta.

---

(1) Este párrafo no es del novelista, es de las *Cartas á Lord Holland*.

—El populacho y la Córte—afirmó el retórico,—son igualmente culpables. Pero si se encomienda al primero el castigo de la última, ésta vencerá.

—Eso es lo que no sabemos—repuso con inquietud y cierta excitacion el economista.—Por de pronto tenemos que, segun lo que acaba de decir nuestro discreto amigo, la irritacion del pueblo contra Vinuesa y contra el juez Arias, está justificada.

—Braman de cólera los génios impacientes—sostuvo *Pelayo*,—al contemplar semejante impunidad, y hasta los más templados preven y lloran las tristes consecuencias que necesariamente ha de producir..... Pero no puedo creer que un partido popular haya acordado fria y villanamente el sacrificio del reo. Tanta bajeza es inverosímil.

—Es cierta,—dijo Campos que hasta entonces, reconociendo su inferioridad, habia permanecido mudo.—La Asamblea Comunera es un volcan que vomita sangre.

—¿Pero no queda duda de que han acordado eso?

—No queda duda. Lo sé por los espías que tengo allí.

—Si el Gobierno se hace cómplice de iniquidad tan grande—dijo con honrada conviccion

el de los alborotados cabellos,—merece la execracion del género humano.

Uno que hasta entonces no habia pronunciado palabra, adelantó su cuerpo hácia la mesa, tirando de la silla, y habló de este modo:

—No puedo callar despues de lo que he oido. Se quiere que el Ministerio lo haga todo y nadie le ayuda, nadie, señores, cuando tiene que defenderse contra la oposicion de moderados y exaltados, y contra las conspiraciones de absolutistas y comuneros, que se dan la mano para trastornar el país. Pero el Gobierno no merecerá la execracion del género humano. ¿Acaso es él quien ha alentado las conspiraciones de los serviles? Si ha habido cohecho en el asunto de la causa de Vinuesa, la venalidad estaba consumada antes del 4 de Marzo en que entramos nosotros. No podemos estar mudando jueces todos los dias.

—No se trata de mudar jueces; se trata de impedir que una gavilla de asesinos deshonre la revolucion.

—¡Patrañas! Señores, es preciso acostumbrarse á no ver asesinos en todas partes.

El que esto decia era un hombre casi anciano, mason, bastante listo y de mucha práctica en los negocios administrativos. ¿Por qué ocultar su nombre, que por sí se vela bastante con

su propia oscuridad? Era D. Mateo Valdemoro, Ministro de la Gobernacion. En la hora de la madrugada en que le vemos, quedábale solo un dia de poltrona.

—Yo creo que hay por lo ménos exajeracion—dijo *Pelayo*.

—Aunque sea exajeracion, deben tomarse precauciones—indicó Campos.

—Pero, señores, es ridículo que por una alarma nécia, llenemos las calles de artillería—indicó el Ministro creyendo que emitia una idea feliz.—Pareceria una provocacion, y lo que no es más que una alarma insignificante, podria trocarse en formidable motin. Nada me mortifica tanto como la idea, muy generalizada, de que el Gobierno simpatiza con Vinuesa, con el *Abuelo* y los demás absolutistas presos.

—¿Entonces el plan del Gobierno es cruzarse de brazos y dejar hacer?—preguntó con severidad el literato.

—El Gobierno castigará los desmanes.

—¿Qué desmanes?

—Los que se cometan; pero no hará alarde de despotismo, no provocará al pueblo.

—Porque le tiene miedo.

—No tiene miedo, sino prudencia. La excitacion que existe contra Vinuesa es natural y

lógica. Si acuchillamos al pueblo, porque no simpatiza con los absolutistas, pasaremos por serviles, y nuestro lema es Constitucion.

—Yo sigo creyendo que no habrá nada—dijo *Pelayo*, hombre que en su gran talento tenia la más patriarcal buena fé.—Repito que el pueblo es bueno.

—Si no le instigaran los tunantes.....

—Es más—añadió el Ministro.—Si acuchillamos al pueblo, daremos un gustazo á la Córte, Vinuesa estará libre dentro de dos meses, y las cárceles llenas de liberales.

—Pues ahorquen ustedes á Vinuesa—dijo con la mayor viveza el retórico.—Esto seria lógico. Lo absurdo es absolverle y permitir las horribles venganzas del populacho.

—Siempre el populacho..... es decir, el gato, —indicó *Coriolano*.

—Si ahorcamos á Vinuesa, exacerbaremos á los serviles y á la Córte—dijo el Ministro en tono de perspicacia.—Prudencia por un lado y por otro, es lo que conviene. ¿No es el sistema de ustedes contemporizar con todos?

El de los erizados pelos, es decir el retórico ó el literato, á quien esta pregunta se dirigia, estuvo un momento sin saber qué contestar.

—Sí, contemporizar—repuso al fin,—esta-

blecer un equilibrio perfecto, dando la mano á unos y á otros; pero no á los infames, no á los asesinos.

—Estamos juzgando un suceso que no ha pasado todavia ni pasará probablemente—dijo Pelayo.—¿A qué hablar de asesinos? Yo defiendo y defenderé siempre al pueblo. Si alguna vez asesina, hácelo con el puñal que le entregan los de arriba.

—Sea de oro, sea de hierro, lo que importa es que no haya puñal—objetó el retórico.—En una palabra, señores, estamos reunidos para acordar si se debe impulsar al Gobierno á tomar una medida enérgica.

—¡Una provocacion!.... Yo opino como el Ministro—manifestó Pelayo.—El pueblo es bueno, es generoso; pero no debe ser provocado.

—Pues preparémonos á que sea nuestro dueño—dijo el que habia demostrado más seso.—Señores,—añadió levantándose,—mi compañero y yo nos retiramos para no volver más aquí.

El viejo economista tiró al retórico de los faldones de su levita, diciéndole con buen humor:

—Señor cartista, no nos deje usted tan despiadadamente. Somos amigos y zanjare-

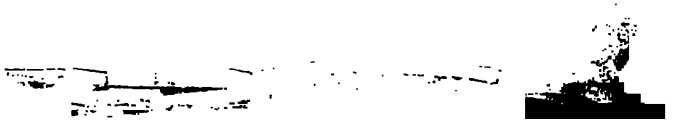
mos nuestras diferencias en familia. Discutamos.

—Me parece que se ha discutido bastante. ¿No ha llegado aún la ocasion de hacer algo?

Aquel hombre que tan bien se expresaba, demostrando tener en su espíritu el instinto de la eficacia política, era de voluntad flaca, como los demás. La sensatez de sus ideas era un fenómeno comprendido dentro de la serena esfera de las aptitudes literarias, y al expresarse con tanta cordura, hablaba su talento, no esa facultad prodigiosa en que se confunden perspicacia y accion, conformando al hombre político. La misma perplejidad que tanto combatia le contaminó cuando fué Ministro. Amaba la *Carta;* pero cuando pudo ocuparse de ella con éxito, pensaba demasiado en la de Horació á los Pisones.

—Todo puede arreglarse—dijo Pelayo.—Por sí ó por no, y aunque hay en esto mucho de ponderacion, creo que se debe quitar la guardia de milicianos que está en la cárcel de la Corona, y reemplazarla con tropa de línea.

—Eso me parece una necesidad imperiosa—añadió Campos, atreviéndose, contra su costumbre, á hacer algo más que callar y tomar lo que le daban.



—Al ménos eso probaria cierta prudencia en el Gobierno—dijo el de la Carta deteniéndose, mas sin volver á sentarse.

—No, la verdadera prudencia—objetó Valdemoro,—consiste en no poner ni quitar ninguna guardia, porque eso seria orígen de sospechas, hablillas, escándalos y seguramente de disturbios graves.

—Adios, señores—dijo el simpático y cortés jóven de treinta y tres años.

—Mudar la guardia me parece una provocacion—repitió el Ministro consultando friamente el rostro de los tres que á su lado quedaban.

Ninguno dijo nada.

—Si se hace con maña y habilidad—dijo Pelayo,—quizás no.

—Señores—manifestó el Ministro con la inquietud propia del que se ve abrumado de responsabilidad.—Es muy fácil resolver todas esas cuestiones fuera del Gobierno, y cuando uno se mete tranquilamente en su casa sin dar cuenta á Dios ni al diablo de lo que hace. Ustedes hablan, como los libros, un lenguaje discreto; pero la práctica, señores, la práctica es cosa muy distinta. ¡Mudar una guardia! Parece la cosa más sencilla del mundo dicho así, como si se tratara de mudarse una camisa; pero los que estamos dentro del Gobierno vemos las co-

sas de su tamaño. Repito que mudar mañana la guardia es pegar fuego á una hoguera. El Gobierno trabajará; el Gobierno tiene alguna influencia en las clases populares; aún puede contar con algunos comuneros que le sirven.... No pasará nada, respondo de que no pasará nada.

—Mi compañero y yo—dijo el retórico dispuesto á retirarse definitivamente,—apreciamos la buena voluntad del Gobierno; creemos que sus intenciones no pueden ser mejores; pero no podemos seguir asintiendo en esta junta secreta á los actos de debilidad y á la indeterminacion que caracteriza á la política presente. En las Córtes evitaremos todo lo posible la escision; pero nuestra conciencia nos impide continuar aquí. Está probado que la Sociedad á que hemos pertenecido estorba toda política formal, y es un aliciente para las ambiciones, para los disturbios populares, y aun para las sediciones del ejército. Hace tiempo que deseamos la ruptura; hoy se nos presenta una ocasion y la aprovechamos. Gobiernen ustedes en armonía misteriosa con los manejos de la Córte, porque las dos políticas contrarias que bajo tierra y en la oscuridad funcionan luchando, se acuerdan en una cosa, en hacer polvo y ruinas de la grandeza y poderío del Reino. Inspiren ustedes al Gobierno y á las Córtes,

dominándolos por medio de la amenazadora extension de estas Sociedades, y haciéndose pagar su proteccion con los destinos, las fajas, las mitras, las cruces que aquí se reparten. Yo renuncio á los beneficios y á la responsabilidad de esta labor oscura y funesta. Adios, amigos mios; la diferencia de opiniones no entibia la amistad de toda la vida, la amistad de Cádiz en los dias de gloria, la amistad del Peñon de la Gomera en los dias terribles. ¡Quiera Dios que no volvamos á abrazarnos en los presidios de Africa!

Dicho esto se retiraron. ¡Ay! Desgraciadamente para España, en aquellos hombres no habia más que talento y honradez; el talento de pensar discretamente y la honradez que consiste en no engañar á nadie. Faltábales esa inspiracion vigorosa de la voluntad, que es la potente fuerza creadora de las grandes resoluciones. Los que salian, á pesar de su sensato hablar, eran tan niños como los que se quedaban en el *Grande Oriente*. Entre todos juntos y fundiéndolos á todos, á pesar de la aptitud versificante y poética de algunos, no se habria podido obtener el brazo izquierdo de un Bonaparte, ni de un Cisneros, ni un Washington, ni siquiera de un Cromwell ó un Robespierre. ¡Extraña ineptitud ocasionada por la servidumbre!

En la uña del dedo meñique de una mujer, Isabel la Católica, habia más energía política, más potencia gobernadora que en todos los poetas, economistas, oradores, periodistas, abogados y retóricos españoles del siglo XIX.

¿Qué resolvió el *Grande Oriente,* despues de la escision? Cosas graves. Mudar algunos mandos militares, negar dos canongías, recomendar á los pueblos la eleccion de dos diputados masones, adjudicar tres subastas, escribir las bases de una transaccion con los comuneros, leer algunas cartas que hablaban de conspiracion, enterarse de algunas confidencias hechas por empleados de Palacio, subvencionar un periódico, adjudicar trece destinos á otros tantos masones, dar una pension á la viuda de un perseguido á causa del *Sistema,* echar tierra sobre un expediente de contrabando, etc.

¿Cuál de las dos camarillas es más responsable ante la historia, la del populacho ó la de los hombres leidos? No es fácil contestar. La primera, en medio de su barbárie, habia resuelto algo en el asunto del dia; la segunda, á pesar de su ilustracion, no habia resuelto nada.

XXIV

Salvador conoció desde la noche del 3 al 4 el infame proyecto de sus compañeros de caballería. Si no pudo ingerirse en la camarilla, asistió á la Fortaleza. Oia y callaba, esperando utilizar las circunstancias; y como habia adquirido y fomentado buenas relaciones con comuneros de todas clases, creia seguro salir adelante con su buen propósito. El plan de hacer justicia en la persona de Vinuesa le pareció irrealizable, porque contaba con la energía de las autoridades. Sintió impulsos de poner en conocimiento de Campos algunas preciosas noticias y datos adquiridos en la Asamblea, para que aquel las comunicase al Gobierno; pero su natural honrado y leal se sublevaba contra la delacion.

En la mañana del 4 entró en la celda de Gil de la Cuadra, y le dijo:

—Ánimo, señor reo, esta noche saldremos de aquí. Tengo todo preparado.

El anciano, apoyando su cuerpo en el lecho y con las rodillas en el suelo, cruzó

las manos y se puso á rezar fervorosamente.

Poco despues Salvador atravesaba el patio de la cárcel, cuando se sintió llamar. A su lado vió una cara entre burlona y suspicaz, unos taimados ojos verdosos que gatunamente le miraban, una mano blanca que con suavidad le agarraba el brazo. Era el Sr. Regato. Vestia el uniforme de capitan de la Milicia.

—Amiguito,—le dijo,—tenemos que echar un párrafo. Subamos.

Instaláronse solos en una pieza del piso alto, y D. José Manuel habló de este modo:

—Tengo el corazon oprimido, amigo Salvador. Ya sabe usted que el pueblo está furioso..... y con razon, con muchísima razon. El Gobierno se empeña en perdonar á Vinuesa, regalándole más tarde una mitra, y el pueblo, que despues de todo es soberano, se empeña en que *Tamaion* debe ser ahorcado. ¿Qué tal? Aquí tiene usted dos reyes que se desafian sobre el cuerpo de ese pobre sacerdote.

—No creo posible que esos hombres feroces consigan su objeto..... Tal ignominia no pasará en España. Lo espero así para honor de esta Nacion.

—¡Oh! no conoce usted los arranques del pueblo español. La resolucion de los comuneros, nuestros amigos, es definitiva. Yo he tra-

tado de contenerles, porque no me gusta el derramamiento de sangre; pero me ha sido imposible. Intentarán hacer justicia.

—Pero no lo conseguirán. El Gobierno es malo; pero está compuesto de hombres honrados.

—El Gobierno se cruzará de brazos, amigo mio,—dijo Regato poniendo gran interés en aquel diálogo.—He visto á Campos al amanecer, y me ha dicho que el *Grande Oriente* reprueba la justiciada del pueblo; pero que no hace nada.

—Dicen que se quitará la guardia de milicianos.

—Error; no se quitará guardia ninguna. El Gobierno está lleno de sentimientos humanitarios; pero no quiere hacer frente al oleaje popular, por temor de ser arrastrado. Teme que se le acuse de servil; teme las murmuraciones y se ruboriza si le dicen que proteje al absolutismo.

El asombro no dejó hablar á Monsalud durante breve rato.

—Eso no puede ser—exclamó al fin pálido de ira.—¡Tal infamia no cabe en corazones españoles!

—El Gobierno no hará nada. Quizás algunos de sus individuos se aprestarian á la resistencia si supieran lo que vá á pasar; pero no

lo saben. Los masones se lavan las manos como Pilatos; han cogido miedo á la Comunería. En verdad que somos temibles.

—Lo que usted me cuenta, Sr. Regato,—dijo Salvador levantándose con inquietud,—parece una pesadilla horrible. Segun usted, es muy posible que esa canalla abominable trate hoy de invadir este edificio, sin que el Gobierno se lo impida.

—¡Es verdaderamente espantoso!—exclamó Regato afectando sensibilidad;—pero me parece que podrá evitarse una desgracia..... Compadezco con toda mi alma á ese pobre D. Matías. ¿No es verdad que es una lástima que le maten así tan brutalmente?

—No; no puede ser. Esto se quedará en amenaza ridícula.

—Que no es amenaza ridícula digo.....—afirmó Regato acercando más su asiento al de Monsalud y pasándole la mano por el hombro.—Mire usted; á mí se me ha ocurrido que podríamos salvar al pobre arcediano.

—¿Cómo?....—preguntó vivamente Monsalud con el interés que le inspiraban siempre las buenas obras.

—Le asombrará á usted que me inspire lástima ese desgraciado. Yo soy así, más liberal hoy que ayer, y mañana más que hoy; pero

bien está la sangre en las venas donde Dios la ha puesto, ¿eh?

Monsalud, recordando lo que habia oido á Campos respecto al sospechoso liberalismo de Regato y algunas noticias que él mismo habia adquirido, se explicó fácilmente la compasion del comunero.

—Yo no soy amigo suyo, ni lo fuí nunca,—prosiguió D. José Manuel recogiéndose dentro de su reserva como el caracol en su casa.—Los demonios le lleven. Lo que únicamente quiero decir es que pudiéndose evitar la muerte de un semejante, debe evitarse.

—Parece difícil y sin embargo es sencillo. Cálmese el furor de la canalla; póngase una buena guardia en el edificio, y todo está concluido.

—Ninguna de esas dos cosas puede hacerse.

—Pues entonces.....

—Usted no carece de talento,—dijo Regato sonriendo,—y sin embargo no comprende mi idea. Siga aquí la guardia de milicianos..... Supongamos que viene eso que usted llama populacho.....

—Y que los milicianos, recordando que son hombres de honor, españoles y cristianos, defienden la entrada.

—No..... supongamos que no la defienden.

—Entonces entra la canalla.

—Eso es, entra.....

—Abre el calabozo.

—Abre el calabozo..... y no encuentra á Vinuesa.

—¡Ah! ya..... que se escape.....

—O que se esconda.

—Pero sus enemigos le buscarán.

—Que le busquen. Con tal que no le encuentren.....

—Pero ya sabe usted que cuando la ferocidad popular pide una víctima, si no se le dá.....

—Sacrifica al primero que encuentra.

—Es posible que la falta de Vinuesa la pague otro preso quizás más inocente que él..... No, no me conviene ese plan.

—¿Y qué nos importa que la falta de Vinuesa la pague otro?

Monsalud miró á Regato con tanta severidad, que el dos veces gato entornó sus párpados para mirar al suelo.

—¡Ah! ya comprendo—dijo afectando buen humor.—Usted no quiere que le toquen á su Gil de la Cuadra, que es, entre paréntesis, el más malo de todos y el que mereceria cualquier castigo.

—Es verdad que le protejo—dijo Salvador.

—Como que se ha metido usted en esta inmundicia solo por salvarle.

—Tambien es verdad.

—Como que fué usted conmigo á los comuneros solo con el fin de hacerse amigos entre la gente exaltada.

—Tambien es cierto. Ese conocimiento tan hábil de mi conducta y de mis intenciones me mueve á declarar que poseo del mismo modo parte de los secretos de una persona á quien yo conozco.

—Con tal que no se refiera usted á las infames calumnias que dicen contra mí los masones.....

—Yo no me refiero á calumnias. Usted ha desempeñado su mision incitando al pueblo á lanzarse en una vía de atrocidades sangrientas.

—Calumnia.

—Usted cumple tambien su mision, procurando que despues del atentado quede vivo el arcediano; y con tal que el pueblo consume su bestial proyecto y tenga una víctima..... poco le importa lo demás.

—Yo no quiero que haya víctimas—dijo Regato comprendiendo que era mejor hablar con franqueza.—Lo que quiero es que Vinuesa no corra peligro, y que si ha de haber sacrificio, recaiga en la cabeza de alguno de tantos pillos

como llenan esta cárcel y la de Villa. Contaba con eso y cuento todavia.

—¿Y qué papel debo yo desempeñar en esto? —preguntó Monsalud con cierta perplejidad, —porque usted me habla en el tono del que solicita ayuda.

—Exactamente. El alcaide de la cárcel es hombre con quien no se puede contar. Usted que ha venido aquí por una intriga; usted que ha venido aquí con el exclusivo objeto de salvar á un hombre, es quien puede hacer esta buena obra.

—¿Cómo?—preguntó el jóven deseando saber hasta dónde iba el maquiavélico entendimiento del agente secreto de Su Magestad.

—Aprovechando la borrachera que tomará hoy al medio dia, segun su santa costumbre, el Sr. Alcaide.....

—¿Para poner en libertad á Vinuesa?

—Eso no puede ser, porque los milicianos no lo permitirian. Soy listo y comprendo que si fuera posible este modo de escapar, ya lo habria usted intentado en favor de Gil.

—Seguramente.

—Lo que yo quiero es que mude usted á Vinuesa de calabozo.

—Le buscarán.

—No le buscarán, si se pone otro en su lugar.

—Eso es entregar un hombre á los asesinos.

Regato no supo qué contestar. Estaba impaciente y nervioso, y agitábase en su silla tomando diferentes posiciones á cada minuto.

—Hombre de Dios—gritó al fin.—Me sorprenden esos escrúpulos. ¿No hay en la cárcel un Barrabás? Que muera Barrabás y que se salve Jesús. Concedo con muchísimo gusto que Gil de la Cuadra no sea el sustituto.

—Esa farsa infame no es propia de mí,—contestó el jóven.—Si el populacho quiere una víctima, no seré yo quien friamente se la entregue, como el leonero que escoje la res más gorda para darla á las fieras con que se gana la vida.

—Sr. D. Rígido—dijo Regato sin poder disimular su enfado,—maldito si le sientan á usted esos humos de juez severo. ¿A qué tanta nimiedad y sutileza de abogado para un asunto tan sencillo? Usted ha empleado toda clase de recursos para sacar de aquí al que con más justicia está preso.

—Usted juzga mal á mi amigo—repuso Monsalud con serenidad,—y es extraño porque le conoce bien. No aparece complicado más que por unas cartas que se hallaron entre los papeles de Vinuesa, y el juez debe de haber comprendido que apenas merece castigo, pues solo

le condena á cuatro años de presidio, pena relativamente leve en estos tiempos.

—Nada de eso hace al caso—dijo Regato como hombre afanado que se decide á marchar derechamente hácia su objeto.—Usted creerá tal vez que yo no corresponderia á su buena voluntad con otra buena voluntad, á su beneficio con otro beneficio.

Diciendo esto, el dos veces gato se llevó la mano á un cinto, y desliándolo hizo sonar su contenido, un metal precioso que enloquece á los hombres.

Monsalud sintió un impulso de ira y crispando los dedos miró el cuello del agente de Su Magestad. Pero la razon no le abandonaba, y calculó que era muy prudente contenerse para imaginar algun ardid que sin comprometerle, le librase de las enfadosas sugestiones de aquel hombre.

—Guarde usted su dinero, Sr. Regato,—dijo con serenidad.—Yo no soy Pelumbres.

Regato no dijo nada y puso el cinto sobre la mesa.

—Este soberbio no cede con cualquier bicoca—pensó.—Será preciso hacer un sacrificio, un verdadero sacrificio.

—Yo creí—indicó Salvador disimulando su ira con una apariencia festiva,—que ya no le

quedaban á usted más ochentines de los que el Gobierno dió á la Casa Real.

—Son onzas de oro,—dijo Regato con naturalidad.—Ya sé que usted me dirá mil lindezas y pedanterías. No parece sino que es un crímen aceptar obsequios en pago de un servicio leal. Bueno, señor mio, usted se lo pierde. Viva usted de sus rentas, viva usted de sus fincas, ya que donosamente rechaza lo que le cae.....

Levantóse en seguida y dando varios pasos en diferente sentido, se detuvo ante el jóven, le puso la mano en la cabeza y se la movió con gesto entre cariñoso y amonestador.

—Y si nó—añadió,—no hay nada de lo dicho. Por eso no hemos de reñir. Cada uno tiene su conciencia como Dios se la hecho. Hay escrúpulos respetables. Yo no censuro que haya personas así..... tan entiesadas. Lo que siento es que se vá usted á ver en un mal paso, caballerito. Si yo le he propuesto á usted lo que ha oido, es por encargo de varios amigos, y ellos no son como yo, mansos y pacíficos y que con todo se conforman, sino muy fieros y vengativos. Capaces son de darle un disgusto á mi señor D. Rígido..... ¿Qué cree usted?—prosiguió poniéndosele delante y clavando en él sus ojos cuya pupila brillaba con dorados y verdes re-

flejos.—Ya anoche estaban mis amigos muy incomodados con usted, llamábanle traidor por haber aceptado un destino de esa canalla masónica.

Monsalud seguia meditando.

—Y en rigor.....—añadió el agente de Su Magestad,—la conducta de usted no ha podido ser más sospechosa. Anoche tuve que platicar mucho para defenderle á usted..... «Es un traidor,» decian. «Pues si no nos sirve en su destino de carcelero, haciendo lo que le mandemos, lo pasará mal....» En fin, como son unos bárbaros, no es de extrañar que digan barbaridades. Yo me miraria muy bien antes de enemistarme con ellos.

El otro seguia meditando.

—Yo se lo digo á usted con franqueza—continuó Regato animándose al ver la perplejidad del jóven,—porque somos amigos, porque tengo particulares simpatías con usted, conociendo como conozco sus méritos, su buen corazon y mucho entendimiento. Tenga usted muy presente mi advertencia, pero muy presente. Si se resiste á ayudarme, no salga usted solo por las noches, ni vuelva á poner los piés en la Asamblea ni en sitio alguno donde nos reunamos. Además, los antecedentes políticos de usted no son tales que pueda el caballerito

estar tranquilo, si alguien se propone hacerle daño.

—No creo tener enemigos—dijo casi maquinalmente el jóven.

—Téngalos ó no, usted es un hombre que no ha dejado de cometer errores en su vida.

Salvador le miró con tristeza.

—Y entre ellos se cuenta—continuó Regato, —el haber tenido relaciones con Amezaga, el poseedor de los secretos del Rey en Valencey.

—¡Yo!....—dijo Monsalud lleno de estupor.

—No me lo negará usted á mí. Amezaga que se cortó el pescuezo con una navaja de afeitar, antes que se lo retorciera el verdugo, concluyó como debia concluir. Usted que le ayudó en la publicidad de los célebres secretos, no fué objeto de persecuciones ni aun de sospechas, porque supo esconderse; pero ¡ay, insigne jóven! usted no podrá librarse de una causa el dia en que cualquier mal intencionado quiera hacerle daño..... Usted tuvo correspondencia con Amezaga.....

La cara atónita de Monsalud estaba diciendo:—Es verdad.

—Amezaga le escribió á usted varias cartas que le comprometen; pero de una manera..... La causa está abierta. Ya sabe usted que este es uno de los asuntos en que Su Magestad no

perdona. Se trata de sus chicoleos en Valencey, de sus diabluras con los Bonapartes..... en fin, esto es grave, y no hay Gobierno por patriotero que sea, que no apoye á nuestro Rey.

—Eso es historia antigua—dijo Salvador con desden.

—Antigua, sí; yo no he visto las cartas de Amezaga dándole instrucciones á usted y á otros conspiradores para publicar las aventurillas de Su Magestad; pero el amigo mio que las posee, me ha dicho que son terribles. Con la mitad de aquello se sube al cadalso en todos tiempos.

Salvador sentia viva agitacion.

—En el año 19, usted conspiraba; usted se vió obligado á esconderse hoy aquí, mañana allí, para burlar á la policía. En una de estas mudanzas un amigo mio se apoderó de un paquete de cartas que tenia mi señor D. Salvador en la gabeta de su mesa. Segun me ha dicho, las habia políticas, amorosas, familiares, de todas clases.

—Es verdad que perdí unas cartas; pero que....?

—Que el poseedor de ellas las guarda como oro en paño. Ni siquiera á mí me las ha querido mostrar. ¿Sabe usted quién es? Alonso Sanchez, que fué de la policía y ahora está cesante

y como cesante desesperado. Tiene una admirable coleccion de papeles curiosos..... Es amigo mio, muy amigo mio.

Monsalud no contestó. Regato, al decir lo que antecede apretó el brazo contra su cuerpo, complaciéndose en sentir bajo el uniforme el contacto de un cuerpo semejante en tamaño y dureza á un paquete de papeles. Habia mentido como un bellaco. Las cartas firmadas por Amezaga y dirigidas á Monsalud en Julio del 14 las tenia él, juntamente con otras de dudoso valor político por ser esquelas de amores ó de familia. Habíalas recibido del agente de policía y las guardaba, como otros muchos tesoros epistolares, esperando que llegase la ocasion de utilizarlas. El astuto intrigante daba gran importancia á todo papel que en su mano por cualquier evento caia, y los tenia clasificados por autores con una escrupulosidad cariñosa, semejante al celo de los anticuarios y bibliófilos.

Aquella mañana antes de dirigirse á la cárcel de la Corona, abrió una arqueta que encerraba numerosos paquetes, parecidos á expedientes, y despues de recorrerlos brevemente con la vista, sacó uno que decia: *Amezaga, Salvador Monsalud.* Guardólo en un profundo bolsillo interior con que habia dotado á su ca-

saca de miliciano, para que el uniforme, segun decia festivamente, no fuera una prenda inútil.

—Sr. Regato—dijo Monsalud.—Todo eso de los papeles de Amezaga me tiene sin cuidado en lo referente á lo que usted me propone hoy. Pero me gustaria recobrarlos, ¿por qué he de decir otra cosa?

—¡Bribon!—dijo Regato para sí, oprimiendo dulcemente el bulto de papel.—Como no cedas ni á las onzas, ni á las amenazas, te venceré con esto.

XXV

Monsalud no dió importancia alguna á tal incidente. Fijábase ante todo en la amenaza de concitar contra él el ódio de los Pelumbres y comparsa. Esto le pareció un verdadero percance, porque Regato en tal especie de guerra era omnipotente. Considerando la maldad de aquel hombre, vió un peligro real y cercano, comprendió que no eran palabras vanas las referentes á la brutalidad vengativa de los amigos del agente de Su Magestad. Su mente se llenó súbitamente de las ideas evocadas por el peligro, y pensó en los medios de librarse del que

con una mano ofrecia oro y con otra porrazos.

—Este tunante—pensó Monsalud,—no me perdonará. No soy quien soy, si dejo á este reptil en disposicion de morderme.

Cuando esta idea cruzó por su mente, tuvo otra felicísima: seguir aparentando perplejidad para que Regato le creyese inclinado á una inteligencia.

—Mucho lo piensa—dijo para sí D. José Manuel.—Su indecision es buena señal. No se enfurece, no grita, no dice una palabra de su honor. Sacaré el dinero para que viéndole..... pues.....

—Déjeme usted pensar un rato lo que debo hacer—dijo Monsalud.

Conservando una seriedad ficticia, Regato empezó á contar dinero sobre la mesa.

—No se trata de ningun desafuero—dijo,—sino de un servicio. Mi objeto solo es que Vinuesa no muera, y que la irritacion del pueblo pase sobre él como pasan las olas por encima de una roca sin conmoverla. Si el pueblo registra demasiado los calabozos y quiere hacer alguna atrocidad en cabeza absolutista, lo más acertado me parece sacar á Vinuesa de su encierro, esconderle en las bohardillas..... y nada más. El alcaide es un borracho y un fanático. No me atrevo á hablarle porque estamos reñi-

dos desde hace tiempo. Ni él me traga á mí ni yo á él, ¿entiende usted? Vá para un año que no pongo los piés en esta casa y no conozco á nadie en ella. Pero usted puede hacerlo todo. Los milicianos que están de guardia no es fácil que se enteren.

—¡Oh! sí, es muy fácil—dijo Monsalud.

—Pide mucho—pensó Regato,—habrá que hacer un sacrificio mayor.

—¡Ah! tunante—pensó Monsalud mirándole fijamente pero sin dejar conocer su idea;—tú has creido jugar conmigo, y yo, aunque nó soy agente de Su Magestad, ni dispongo de fuerza alguna, ni de grandes caudales, te voy á sentar la mano de tal modo que has de acordarte de mí toda tu vida.

La sonrisa del triunfo presente ó anunciado por el corazon alteró el semblante pálido y sério de Salvador; pero Regato sin advertir nada, continuaba manoseando las peluconas.

—Te juro, miserable—prosiguió Monsalud pensándolo,—que el lazo que voy á armarte y en el cual vas á caer como un pobre pajarillo inocente, se deja atrás á tus diabólicos ardides. Cuenta, cuenta el dinerito.

—¿Lo ha pensado usted?—preguntó Regato.

—Hombre, sí que lo he pensado..... ¡Qué demonios! Este es un país donde las personas

honradas no pueden conservar su honradez. No hay medio de vivir; todo cuesta un ojo de la cara.

—Tiene apuros.....—pensó Regato.—Cayó. La historia de siempre.

—Por el momento—dijo Salvador,—guarde usted ese dinero. Puede pasar alguien, verlo ú oir su seductor sonido, y entonces..... las sospechas.....

—Está bien, muy bien—manifestó el comunero miliciano encerrando las onzas en el cinto.

—Y ahora discurramos lo que se ha de hacer.

—Es muy sencillo, sacarle del calabozo sin que lo vea nadie, y subirle á las bohardillas. Salga usted á ver si ya el Sr. Alcaide está durmiendo la mona. A los demás empleados de la cárcel se les puede dar algo..... Eso á juicio de usted.

Monsalud empezó á dar paseos por la habitacion. El plan que rápidamente habia concebido para dar una severa leccion y un castigo muy duro al agente, presentósele muy difícil de realizar.

—Atarle aquí, ponerle una mordaza y subirle á las bohardillas—pensó,—es muy aventurado. Gritará..... Dá la maldita casualidad de que no hay un solo calabozo vacío. ¿Pero no

habrá algun calabozo vacío?.... El 17 se ocupó ayer..... el 14 no se desocupará hasta mañana.

Siguió meditando.

—No debe perderse tiempo—dijo súbitamente Regato.—Entremos ambos en el encierro de Vinuesa. Son las tres y media. El Alcaide duerme la siesta. Hable usted con los calaboceros que puedan estorbar. Los milicianos están en el cuerpo de guardia, y si hay algunos en el patio, se les convidará á todos á café. Mande usted traer copas y café, diciéndoles que es hoy su cumpleaños.

Monsalud se echó á reir.

—No está mal cumpleaños el que á tí te espera—pensó.

Ya tenia un nuevo plan.

—Espéreme usted aquí—dijo.—Voy á dar una vuelta por la cárcel. Veré si duerme el Alcaide, diré dos palabras á los calaboceros, aunque se me figura que no serán necesarias tantas precauciones. La prision de Vinuesa está bajo la escalera, y no es preciso pasarle por el patio, ¿entiende usted?

—Entiendo..... ¡Oh! las cosas se presentan bien—dijo Regato.—En fin, vaya usted..... No olvidarse de las copas. Con los milicianos no se puede contar sino engañándoles, lo cual es facilísimo. Dígales usted que se han recibido

noticias de que viene Riego con su ejército, con veinte ejércitos como los de Jerjes á conquistar á Madrid. Yo no bajo, porque se me pegarian, no dejándome respirar.

Monsalud salió de la pieza, recorió la cárcel, habló brevemente con el Alcaide que en aquel momento se disponia á dormir la siesta. Este, recomendándole mucha vigilancia, le dijo:

—Me parece que no tendremos la jarana que se anunció. Alarmas, alarmas de los desocupados. No se ha visto hasta ahora un solo grupo sospechoso en toda la calle, y me parece que tendremos un dia tranquilo. Además, la Milicia no toleraria ningun desman. Está decidida á que nadie traspase el umbral de la cárcel.

Pasado algun tiempo despues que el Alcaide se encerró en su cuarto, Salvador convidó á los milicianos, siguiendo las advertencias de su sobornador, y despues dió varias órdenes á los dos calaboceros que estaban á la sazon en la casa, enviándoles á puntos de donde no pudiesen volver antes de un cuarto de hora. Con estas ligeras precauciones habia seguridad completa, como se verá ahora mismo.

Bajo la escalera de la cárcel, en el oscuro hueco que formaba el primer tramo, habia una puerta pequeña y poco visible. Era la puerta del calabozo en que estaba Gil de la Cuadra.

Aquella prision era la única en la cual se podia entrar sin atravesar el patio y las crugías bajas del edificio. Monsalud tomó un pedazo de tiza y en la puertecilla dibujó groseramente una horca con su correspondiente ahorcado, cuidando de poner debajo *Tumajon*. En seguida subió: de un cuarto oscuro destinado á trastos sacó dos objetos que guardó cuidadosamente, dirigiéndose al punto en busca de Regato. Pocos momentos despues ambos estaban frente á la puerta del calabozo.

—¿Conque aquí está ese desgraciado?—dijo el agente de Su Magestad.—Sí, ya veo la célebre horca y los letreros.

Monsalud abrió, y entraron. Al principio la oscuridad no les permitió ver objeto alguno.

—Sr. D. Matías, Sr. D. Matías,—dijo Regato adelantando en las tinieblas.

—¿Quién es?—murmuró Gil de la Cuadra.

—Sr. Vinuesa.....

Monsalud cerró por dentro.

Pasó un rato antes de que el agente conociese el engaño.

—¿Qué es esto?—gritó.—Engaño, traicion..... ¡Salvador!

—Engaño, traicion—repitió éste.

—Infame, abre pronto, ó te ahogo—exclamó el gato ciego de ira, y amenazando con las

crispadas zarpas el cuello del jóven. Haciendo un movimiento rápido, echó mano á la espada.

Monsalud levantó el brazo derecho y descargó sobre el agente una bofetada olímpica, una de esas bofetadas supremas y decisivas, que recuerdan la quijada de asno de que se servia Sanson. Regato cayó al suelo. En pocos segundos Salvador le amordazó.

—Ahora—le dijo,—desnúdate..... ¡pronto!

Nunca el agente se habia parecido tanto á un gato. Arañó al jóven, y falto de habla, bufaba sordamente.

—Desnúdate pronto, ó te aplasto, reptil. Necesito tu uniforme de miliciano.

Gil de la Cuadra miraba con estupor aquella escena.

—Necesito tu uniforme.

Monsalud tiraba de las mangas, desabrochaba los botones. En poco tiempo el morrion, los pantalones, la casaca y la espada de Regato, fueron arrojadas al rincon opuesto. Inmediatamente el jóven sacó una larga cuerda y con mucho trabajo, porque el gato se defendia rabiosamente, le ató con tal fuerza que no podia moverse. Las argollas que habia en la pared de la prision sirvieron para sujetar al nuevo preso, que estaba adherido, clavado al muro como un murciélago.

—Sr. Gil—dijo Monsalud imperiosamente, —póngase usted ese vestido de miliciano. Pronto será de noche. ¡A la calle!

Gil de la Cuadra no apartaba los ojos del triste espectáculo que tenia delante.

—Pronto..... ¡el uniforme!—repitió Monsalud.—Saldrá usted ahora y le ocultaré en mi cuarto hasta que sea de noche..... Prontó.

Gil de la Cuadra obedeció, y en silencio empezó á vestirse.

Hubo una pausa de silencio profundo. Pero luego sintióse un rumor que crecia, crecia, y de rumor se trocó en mugido sordo, confusas palabras de gente, gritos, pasos, puertas que se cerraban. Sonaron varios tiros.

Monsalud, despues de asegurar con toda su fuerza la cuerda que ataba á Regato, salió lleno de zozobra del encierro.

XXVI

Poco despues del medio dia una horda de caníbales se reunia en la Puerta del Sol, mejor dicho, se diseminaba, marchándose cada animal por su lado, despues de acordar juntarse

por la tarde en el mismo sitio. Así lo hicieron, y las autoridades miraban aquello como se mira una fiesta. Despues de las cuatro los grupos volvieron á invadir la Puerta del Sol. Habia en ellos una frialdad solemne y lúgubre, como de quien no fia nada al acaso ni á la pasion, sinoal cálculo y á la consigna. La autoridad seguia no viendo nada, ó negligente ó cómplice ó imbécil, que las tres cosas pueden ser. Los grupos susurraban, y por un momento vacilaron; pero al cabo de cierto tiempo dirigiéronse por la calle de Carretas y las de Barrionuevo y la Merced, á la cárcel de la Corona. Llenóse la calle de la Cabeza en su mayor parte. Destacábase al frente de uno de los grupos el ciudadano Pelumbres, arengando como una bestia que hubiese aprendido durante corto tiempo y por arte milagroso, el lenguaje de los hombres. Casi todos llevaban armas ménos él.

Considerando que su persona no estaba completa, pidió una navaja; mas como nadie se hallase dispuesto á tal generosidad, dirigió su mirada de buitre á todas partes. Hácia la calle de San Pedro Mártir estaban construyenpo una casa. Pelumbres se acercó á la empalizada; vió algunas piedras de granito á medio labrar y encima de ellas un gran martillo.

—Para el sastre la aguja—dijo,—la lezna

para el zapatero, el cuerno para el toro, y para el herrero el martillo.

Cuando se dirigió con su arma al hombro á la esquina de la calle de Lavapiés, sus compañeros rompian á hachazos la puerta de la cárcel. Los milicianos, no queriendo sostener una lucha contraria, segun su criterio, al progreso, ni tampoco entregarse sin resistencia, habian asegurado la puerta con un solo cerrojo, y en el zaguan se disponian intrépidos á descargar sus armas..... al aire.

La puerta no resistió mucho. Lo que empezaron los hachazos, dos docenas de coces lo concluyeron. Disparáronse al aire varios fusiles de milicianos, la turba penetró en el patio de la cárcel, rápida como un brazo de agua, rugiente y soez. Hay un grado de ferocidad que la naturaleza no presenta en ninguna especie de animales: solo se ve en el hombre, único ser capaz de reunir á la barbárie del hecho las ignominias y brutalidades de la palabra. Viendo á los hombres en ciertas ocasiones de delirio, no se puede ménos de considerar á la hiena como un animal caritativo.

El calabozo de Vinuesa era bastante conocido de casi todos los que entraron. Cómo lo abrieron no se sabe. La turba que en la calle era gruesa, se afiló para entrar en la cárcel.

Para penetrar por una puertecilla estrecha tuvo que aguzarse más. Parecia una serpiente de largo cuerpo y cabeza estrecha, introduciendo su boca por una hendidura. El cuerpo se agrandaba en el patio; enroscándose salia á la calle, daba varias vueltas por las inmediatas, y la cola, parte en extremo sensible y movible, culebreaba en la plazoleta de Relatores. La cola se componia de mujeres.

Cuando Vinuesa vió que entraban en su calabozo aquellos hombres terribles, comprendió que su fin era inminente. Poniéndose de rodillas y cruzando las manos, gritó:

—¡Perdon, perdon!

El calabozo retumbaba con las imprecaciones. Vióse en el aire un círculo rápido y espantoso trazado por un pedazo de hierro adherido al extremo de un palo, que impulsaban manos vigorosas. El martillo describió primero un círculo en vano, despues otro..... y la cabeza del infeliz reo recibió el mortal golpe. Siguióle otro no ménos fuerte y despues diez navajas se cebaron en el cuerpo palpitante.

Lavaban los asesinos el martillo en la fuente de la calle de Relatores, cuando el Gobierno resolvió desplegar la mayor energía. ¡Qué seria de esta Nacion si la Providencia no le deparase

en ocasiones críticas el tutelar beneficio de su Gobierno! La noticia del crímen corrió por Madrid, y la villa que es y ha sido siempre una villa honrada, se extremeció de espanto y piedad. El Gobierno se extremecia tambien, y declaraba con patriótico celo que no descansaria hasta castigar á los culpables. Para que nadie tuviera duda de su gran entendimiento y perspicacia política, mandó que inmediatamente se pusiera fuerza del ejército en el edificio, y por si alguno tenia dudas todavia de su diligente y paternal actividad, ordenó que al instante, sin pérdida de un momento, *se instruyesen las oportunas diligencias*. Quejarse de un Gobierno así es quejarse de vicio.

XXVII

Cuando Gil de la Cuadra y Regato se quedaron solos, siguieron oyendo aquel rumor de voces que resonaba en el patio de la cárcel. Durante más de un cuarto de hora el estrépito fué grande. Gil de la Cuadra, comprendiendo que el populacho habia invadido el edificio, se puso de rodillas, y cruzando las manos, rezó en voz alta.

El otro desgraciado se hinchaba y gruñia. De su rostro congestionado afluia copioso sudor. Trataba de romper sus ligaduras y de escupir su mordaza; pero unas y otra habian sido puestas por buena mano. Por último, despues de repetidos esfuerzos, de su boca pudo salir una voz, más que voz, silbido, que decia:—¡Piedad, piedad!

Gil de la Cuadra se acercó á él y limpióle el sudor de la frente. Las miradas de Regato eran tan expresivas pidiendo compasion; las contracciones de su cara tan violentas, que el primer preso no pudo resistir la fuerza de sus sentimientos compasivos, y le quitó la mordaza.

—¡Ah..... gracias, gracias!—exclamó el agente de Su Magestad aspirando con delicia el aire fétido de la prision.—Aire, aire..... me ahogo aquí.

—Pero con esto concluyen mis complacencias—dijo Cuadra.—No le quitaré á usted la cuerda, eso no.

—Toque usted mi cintura—murmuró Regato.—¿Qué suena en ese cinto? Dinero. Todo eso y la libertad..... pero suélteme usted.

—No puedo.

—¡Y el populacho ha entrado en la cárcel! ¿Ha sentido usted, Sr. Gil?

—Sí, me pareció que entraba en el patio una

ola del mar..... Ahora parece que ha c
rumor. Se alejan.

—Se alejan, sí. Pero aún se siente.
Ese malvado volverá á entrar aquí!....
pueblo!.... ¡Pueblo mio, favor!

Los gritos de Regato no traspas
muros de la prision.

—Sr. Gil—exclamó con acento de
racion:—saque usted mi espada y mát
hombre de mi temple no puede sopo
suplicio.

—Calma, calma, Sr. D. José Manu
Cuadra poniendo la mano sobre la ca
agente.—Yo suplicaré á mi amigo q
haga á usted daño alguno..... Pero tarda

—¡Su amigo! ¿pues no tiene la vile
marle su amigo?—dijo Regato poniéndo
encendido como cuando tenia la morda

—Mi amigo, mi protector, mi salva
pues si él no existiera, ¿qué seria de
pero tarda, ¿no es verdad que tarda?

—¡Estúpido viejo!—gritó Regato fue
—ten vergüenza, y córtate la mano a
estrechar con ella la mano de ese hom

—¡Yo!.... En mi corazon no existe
puede existir el ódio. Y si existiera, p
jóven no tendria sino amor, una adm
respetuosa, un afecto paternal.

—Es verdad que hay hombres muy singulares—dijo Regato sonriendo con infernal malicia.—Yo conocí un hombre que sacaba á paseo, llevándole á cuestas, al cortejo de su mujer.

Gil de la Cuadra creyó que Regato sufria enajenacion mental. Lleno de compasion se acercó á él.

—Vendrá pronto—le dijo.—Yo intercederé por usted..... pero tarda, ¿no es verdad que tarda? Ahora apenas se oye ruido.

—Intercederá usted—añadió Regato con afan de perversidad.—Y si le pide algo en cambio, le dará usted su mujer..... no, porque murió; pero aún tiene usted una hija. Sin embargo, como él la tiene en su casa, se habrá cobrado por adelantado.

—Sr. Regato—dijo Cuadra con severidad.—El lenguaje de usted es propio de un loco.

—¡Imbécil, imbécil! el de usted es propio de un ciego..... ¡Pobre D.ª Pepita! era una excelente señora, y tan guapa..... seguramente si no hubiera dado con un esposo tan crédulo como usted.

—Sr. Regato—exclamó Cuadra con enojo.—Le digo á usted que se calle.

—No digo más sino que aquella señora era una buena pieza.

—La desastrosa situacion de usted me impi-

de contestar á esa insolencia como se merece.

—¿De veras cree usted que la hermosa dama era un modelo de virtudes?

—Sí, canalla; sí lo creo—gritó trémulo de ira Gil de la Cuadra, llevando su vacilante mano á la espada.

—Pues mis noticias son que pecó varias veces. Dígalo Salvador Monsalud que fué su cortejo..... ¡Oh, Dios mio! Estoy preso, estoy atado..... pero en mi horrible situacion me das armas; me das este veneno que escupo y con el cual mato.

—¡Miserable!....

Gil de la Cuadra corrió hácia él y le oprimió el cuello.

—Ahógame, nécio,—gruñó Regato,—ahógame. Mi último suspiro será para echarte en cara tu vilipendio. Ese hombre, ese enemigo mio.....

—¡Qué dices!....

—Te burló, te burló. En Francia, todos los españoles lo sabian ménos tú.....

Gil de la Cuadra vacilaba. Una idea cruzó como un relámpago por su cerebro; una idea confusamente mezclada con recuerdos, palabras, coincidencias, detalles.

—El majadero no lo cree—dijo Regato, ya libre de las manos que le apretaban el cuello. —Voy á darle pruebas para que calle.

—Pruebas! Usted está loco. Cállese usted. Esto es una farsa..... ¡Pero ese hombre no viene, Santo Dios!

—Pruebas, sí. Ponga usted la mano sobre el costado derecho en la pechera del uniforme mio que tiene puesto. ¿Qué hay en ese bolsillo?

—Un bulto, una cartera.

—Un paquete. Sáquelo usted.

—Ya está. Cartas.....

—Lea usted.....

—¿Qué es esto? una carta firmada *Amezaga*.

—Siga usted, hojee usted ese precioso libro. Tras esa joya vendrá otra.

Gil de la Cuadra acercándose al ventanillo por donde entraba una débil luz, recorria una tras otra y con ardiente curiosidad las cartas.

—A prisa, á prisa. Pase usted todas las primeras. ¿Qué viene ahora?

—Una lista con varios nombres.

—Adelante..... ¿Y ahora?

—Una.....

Gil de la Cuadra calló de improviso. Su corazon saltóle en el pecho. Quedóse frio, mudo, atónito, lleno de espanto, como el que se ve en el borde del abismo y comprende en veloz juicio que no hay más remedio que caer.

—¡Ah!—dijo Regato.—El imbécil ha puesto al fin la mano sobre el delito de su esposa.

Es tan bruto, que necesita tocarlo para comprenderlo.

Gil de la Cuadra seguia leyendo.

—¿Qué dice la carta?—añadió el agente.—Tras esa vienen otras muchas. Yo he pasado buenos ratos leyéndolas. ¡Cómo palpita en ellas la pasion! ¡Qué vehemente ardor!.... Y los dos amantes disimulaban bien..... ¡Cuántas precauciones para engañar al bobillo! ¡Se encuentran en esas cartas traiciones inauditas, alevosías de él y de ella! La señora parecia más apasionada que..... nuestro amigo.

Gil de la Cuadra seguia leyendo. De repente se desplomó. Un ay de dolor, una exclamacion aguda y penetrante, parecida á las que exhalan los que sufren repentina muerte, salió de sus lábios. Cayó al suelo. Su mano estrujaba un papel.

—El incrédulo parece convencido..... ¡Miserable viejo, ahí tienes á tu Providencia, ahí tienes á tu Salvador, ahí tienes á tu amigo querido!.... ¡Le has entregado á tu hija!

Cuando esta última palabra resonó en la prision, extremecióse el cuerpo del anciano herido en su alma. Irguiendo la cabeza, abrió los ojos, dióse furibundo golpe en la frente con la palma de la mano, y repitió:

—¡Mi hija!

Un instante despues Gil de la Cuadra estaba sentado en el suelo, con los ojos fijos, el cuerpo encorvado, los lábios entreabiertos, atónito, lelo, estúpido.

Abrióse la puerta. Monsalud entró.

XXVIII

—Sr. Gil, Sr. Gil—dijo.—Vamos, vamos al punto.

Nadie contestó. El jóven aguardó un instante. Traia una luz.

—¡Ah!—exclamó viendo que Regato continuaba en su sitio.—Pasará usted aquí la noche, hasta que haya un alma compasiva que le saque. Han asesinado á Vinuesa. Dicen que habrá esta noche nueva visita á los calabozos.

Regato no contestó nada. Monsalud se dirigió á Gil de la Cuadra.

—Vamos—le dijo.—¿Por qué se arroja usted al suelo en el momento de salir?

Extendió el brazo para alzarle; pero el anciano lo rechazó con fuerza. El solo se levantó.

—Vamos fuera—repitió Monsalud.—Llegó el momento..... ¡libertad!....

—De tí, de tu mano—exclamó Gil de la Cuadra con profunda ira,—no la quiero.

Salvador, estupefacto y espantado, no supo qué decir.

—Vamos—exclamó al fin.

—No quiero.

—Salgamos.

—¡Contigo, jamás!

—¿Qué dice usted?.... amigo..... por favor!

—Miserable, apártate de mí—gritó Cuadra dirigiendo á su libertador una mirada en que se reconcentraba todo el desprecio de que es capaz un alma.—Me manchas, me ofendes, me repugnas.

—¡Qué locura! Vamos pronto—dijo Salvador tomándole por un brazo.—Piense usted en su hija que espera.

—¡Mi hija, mi pobre Solita!—exclamó el anciano cubriendo con ambas manos su rostro.

Este recuerdo, estas ideas produjeron conmocion profunda en su ánimo. De súbito el instinto de libertad surgió poderoso en su alma. Corrió hacia la puerta y salió. Monsalud fué tras él.

—Déjame, no me toques, malvado..... ¡Te desprecio, te aborrezco, me causas horror!

Salvador se detuvo. Su conciencia habia dado un grito espantoso.

—No me has salvado, no me has salvado, no; es mentira—murmuró Gil de la Cuadra.—Tú no puedes haber hecho una buena accion. Déjame, déjame. No quiero verte más.

Estaban en el patio de la cárcel.

Era el momento en que los soldados enviados por el Gobierno ocupaban el edificio, arrojando de allí á los milicianos.

Gil de la Cuadra, huyendo de Monsalud que corria tras él, cayó al suelo. El jóven se le acercó. Le habian ocurrido no sabemos qué palabras que le parecieron convincentes. Acercóse un soldado, y golpeando con el pié á Gil de la Cuadra, dijo:

—Un miliciano borracho. A la calle pronto.

El anciano no podia moverse. Monsalud tomándolo en brazos, lo sacó fuera de la cárcel.

—¡Déjame, déjame maldito!—murmuraba el anciano.

Quiso andar, quiso huir, pero le faltaban las fuerzas. Monsalud le sostenia, y así llegaron hasta la plazuela de Lavapiés, donde aguardaba un coche. Salvador cargó de nuevo al anciano y lo entró en él. Solita le recibió en sus brazos.

—Entra tú tambien, hermano.

Gil de la Cuadra habia perdido el conocimiento; pero seguia diciendo:—¡Maldito!

—Yo no—repuso Salvador.—Adios, hermana, ya sabes dónde has de ir.

—Pero tú..... Entra de una vez.

—No, adios; jamás nos volveremos á ver..... Adios.

Cuando el coche partió hácia las afueras de Madrid, Monsalud se dirigió hácia el interior de la villa. Más de una vez se detuvo ante cualquier esquina en la actitud desesperada de un hombre que ha decidido estrellarse la cabeza contra las paredes. Andaba sin direccion fija y pasaba de una calle á otra. En una de las vueltas estuvo á punto de ser atropellado por una carroza que entraba en el ancho pórtico de histórico palacio. Era la carroza del marqués de Falfan de los Godos, y conducia á los que eran marido y mujer. En la frente de esta no se habia secado aún el agua bendita que tomara pocos momentos antes al salir de la parroquia.

MADRID
Junio de 1876.

Fin de EL GRANDE ORIENTE.

ADMINISTRACION DE «LA GUIRNALDA» Y «EPISODIOS NACIONALES»

Barco, 2 duplicado, Madrid.

BIBLIOTECA DE BUENAS NOVELAS.

Precio: 4 reales tomo en toda España.

No puede en manera alguna desconocerse que las obras de entretenimiento influyen poderosamente en las costumbres y en la cultura de un pueblo. Las obras sábias y profundas no llegan á conmover ni á trasformar las sociedades hasta que sus ideas y principios no pasan á la literatura recreativa, órgano eficaz del pensamiento.

Por desgracia la literatura de entretenimiento, y especialmente la novela, no tiene en España la importancia que en otros países se le concede. Aunque cultivada por muchos autores, apenas cumple su objeto, pues son muy pocos los que la cultivan con esmero.

Para llenar el vacío que de esto resulta, han recurrido los editores á traducir de lenguas extranjeras, y particularmente del francés, lo que otros países más fecundos y más adelantados producen. Pero hay que convenir en que se ha abusado lastimosamente explotando la facilidad de apropiarnos la literatura extranjera, y por lo comun invade nuestro mercado de libros algo de lo más malo y de lo más abominable que diariamente se publica en Francia.

Relaciones de horrendos crímenes, tramas inverosímiles en que juegan tahures y estafadores, empalagosas historias de loretas convertidas, groserías, indecencias é inmoralidades que quieren hacerse pasar por gracias ingeniosas, son aquí por lo comun el alimento intelectual de un público estragado.

Seguros de que prestamos un gran servicio á la juventud del dia, hemos emprendido la publicacion de una série de novelas traducidas fielmente de distintas lenguas, escogiendo los autores más eminentes y de

más renombre, que se distinguen por la elevacion moral y literaria de sus obras.

Así, pues, publicaremos obras escogidas de Conscience, Dickens, Bulwer, Feuillet, Saint-Germain, Xavier de Maistre, Edgar-Poe, Wilkie Collins, Braddon, Disraeli, George Elliot, Auerbach, etc.

Forma el primer volúmen de esta biblioteca, *El Quinto*, de Conscience, el popular novelista flamenco, y *Los prisioneros del Cáucaso*, por el conde Xavier de Maistre. *El Quinto* es una de las narraciones más interesantes, más patéticas y más verdaderas que pueden leerse. Un sentimiento puro palpita en todas sus páginas, entre las cuales hay muchas que no pueden leerse sin verdadera emocion. Está escrita con encantadora sencillez de estilo, y el autor revela en ella profundísimo conocimiento del corazon humano. De la segunda novelita *Los prisioneros del Cáucaso*, solo con decir que su autor *Maistre* es uno de los más elegantes escritores de Europa, y que la relacion que hace en esta obra es de un grandísimo interés, basta para que las personas de buen gusto literario se decidan á adquirirla.

El segundo tomo ó volúmen le forman la interesante y ya tan ventajosamente juzgada novela de Cárlos Dickens, titulada *La batalla de la vida*, y la curiosa y entretenida historia del descubrimiento de un tesoro, que con el título de *El escarabajo de oro* ha publicado el fecundo escritor norte-americano Edgar-Poe. Ambas obras sobresalen entre todas las que se deben á tan exclarecidos ingénios, por lo vigoroso y elegante de su estilo y los bellos y bien delineados caractéres que presentan.

El tercer volúmen, que acaba de publicarse, contiene la preciosa novela *Julia de Trécœur*, de Octavio Feuillet, cuya interesante lectura recomiendan todas las personas que la conocen, y *El Mayorazgo*, notable produccion del tan popular escritor Hoffmann, cuyas obras son tan buscadas por el público ilustrado.

Se venden á 4 rs. y se remiten franco de porte á provincias, dirigiéndose el pedido á la

Administracion, Barco, 2 duplicado, Madrid.

OBRAS QUE SE HALLAN Á LA VENTA

EN LA

ADMINISTRACION DE «LA GUIRNALDA» Y «EPISODIOS NACIONALES»

Barco, 2 duplicado, Madrid.

Elementos de Física al alcance de todo el mundo, por D. Gumersindo Vicuña, catedrático de la Universidad de Madrid.—Primera parte. En 8.° mayor, 36 páginas con 47 grabados, 6 rs. en Madrid y 8 en provincias. Segunda parte. *Calor.*—En 8.° mayor, con 116 págs. y 13 grabados intercalados en el texto, á 6 rs. en Madrid y 8 en provincias. Tercera parte. *Electricidad y luz.*—En 8.° de igual condiciones y precio que los anteriores. Toda la obra, en rústica, se vende al precio de 18 rs. en Madrid y 20 en provincias.—Adoptada como texto en la Escuela de Institutrices de Madrid, es la primera Física elemental que está en armonía con los más modernos adelantos de la ciencia.

El sitio de Bilbao, por un testigo ocular, con un prólogo por D. Gumersindo Vicuña.—Un tomo en 8.° de 136 páginas, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

Herida en el corazon, por D. J. Plácido Sanson.—Se ha puesto á la venta esta preciosa y original novela, que consta de 200 páginas, cuyo precio es de 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Los vascongados, su país, su lenga, y el príncipe L. L. Bonaparte, con notas, ilustraciones y comprobantes, por D. Miguel Rodriguez Ferrer, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo. Un volúmen en 4.° de 352 páginas. Su precio es 6 pesetas en Madrid y 7 en provincias. Pagado en esta administracion, 22 y 24 rs. respectivamente.

El monitor de la bordadora.—Breve y sencilla explicacion de toda clase de bordados y labores de aguja, etc., para uso de las señoritas y señoras profesoras de instruccion primaria.—Libro utilísimo con grabados, que se prepara expresamente para las suscritoras á La Guirnalda.—Constará de unas 300 páginas, con más de 100 grabados, y su coste no excederá de 3 pesetas.

LA GUIRNALDA

PERIÓDICO QUINCENAL DEDICADO AL BELLO SEXO.

TRES EDICIONES.—Este periódico, que existe desde 1.° de Enero de 1867, es una verdadera especialidad en todo lo relativo á la educacion y labores del bello sexo.

Cada número consta de *ocho páginas en fólio*, de amena é instructiva lectura, ilustradas con excelentes grabados, y *de la cubierta*, que contiene advertencias útiles, recetas de economía doméstica, y todas las noticias y anuncios de verdadero interés para las familias, colegios de señoritas y escuelas de niñas.

En la EDICION DE LABORES, *reparte* además *grandes pliegos* de alfabetos, cifras, medallones y modelos de todas las clases de labores, *dibujos* para crochet, malla, encaje inglés, y algunos *en colores* para bordar en cañamazo, con sedas, etc.; piezas de música y un figurin de modas al principio de cada estacion.

En la EDICION DE MODAS á más de la parte literaria *reparte* figurines iluminados, con sus patrones cortados ó dibujados, figurines especiales de peinados, de sombreros ó de niños, un pliego extraordinario de labores en cada trimestre y piezas de música.

En la EDICION DE ALBUMS, Abecedarios, enlaces y modelos de labores várias, hechos especialmente para que puedan servir de muestrarios en las tiendas y escuelas de niñas.

ÚLTIMA NOVEDAD.—Se facilita por un módico precio á las suscritoras los dibujos picados que deseen pasar á las telas, ó se dibujan en estas cuantos se quieran.

PRIMAS.—Las suscritoras de LA GUIRNALDA obtienen una rebaja del 12 por 100 en el precio de las obras literarias del reputado escritor D. B. Perez Galdós, cuyas novelas han alcanzado un éxito extraordinario, y con especialidad sus EPISODIOS NACIONALES: *La Fontana de oro* y *El audaz*, que se venden á dos pesetas tomo. Igual rebaja obtendrán en todas las demás obras que edite ó administre esta empresa.

RIFAS.—Las suscritoras por año á LA GUIRNALDA, tendrán derecho á ser agraciadas en cada mes con una máquina de coser, cuadros de valor, décimos de la lotería de Navidad, etc.

REGALOS.—Toda persona que abone *en esta administracion* un año á las ediciones de labores ó de modas con los álbums, recibirá en el acto un tomo de EPISODIOS NACIONALES por Perez Galdós, ó un álbum de crochet ó en colores para cañamazo.

PRECIO.—En Madrid, 4 rs. al mes, y año 44. Provincias, trimestre, 14; semestre, 26, y año, 48, las ediciones de labores ó modas; y juntas las dos: Madrid, 6 rs. al mes; semestre, 34, y año 64. —Provincias, 20, 40 y 72; y 20, 40 y 68 respectivamente la edicion de labores ó la de modas con los álbums, etc.—Para más detalles, pídase el prospecto á la

ADMINISTRACION: BARCO, 2 DUPLICADO, 3.°—MADRID.

OBRAS DE B. PEREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

PRIMERA SERIE

PUBLICADOS

I.—*Tra[illegible]* (2.ª edicion).
II.—*[illegible] de Cárlos IV*
Cárzo y el 2 de [illegible] (2.ª edicion).
[illegible] (2.ª edicion).
[illegible] en Chamartin.
Zaragoza (2.ª edicion).
[illegible]ona.
[illegible]dad.
[illegible] Martin el Empe-[illegible]
batalla de los Ara-[illegible]

SEGUNDA SERIE

PUBLICADOS

I.—*El equipaje del Rey José.*
II.—*Memorias de un Cortesano de 1815.*
III.—*La segunda casaca.*
IV.—*El Grande Oriente.*

EN PREPARACION

V.—*¡ de Julio.*
VI.—*Los cien mil hijos de San Luis.*
VII.—*El Terror de 1824.*
VIII.—*Un voluntario realista.*
IX.—*Los Apostólicos.*
X.—*Un faccioso más y algunos frailes ménos.*

PRECIO DE CADA TOMO

DOS PESETAS EN TODA ESPAÑA

LA

FONTANA DE ORO

(1820-1823)

Un vol. en 8.° de 400 págs.

EL AUDAZ

HISTORIA DE UN RADICAL DE ANTAÑO

(1804)

Un vol. en 4.° de 336 págs.

2 *pesetas en Madrid y* **2,50** *en provincias*

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

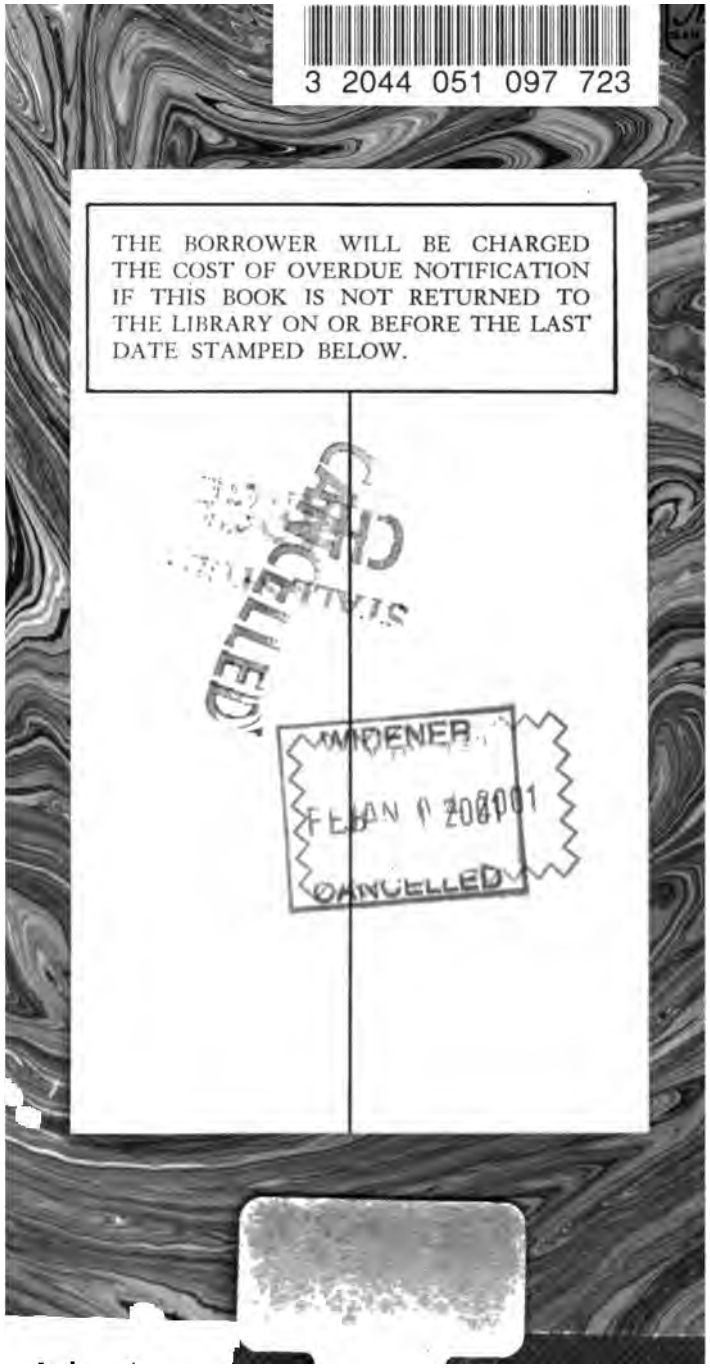
I

D.ª PERFECTA

Un volúmen en 8.° de 320 páginas

DOS PESETAS EN TODA ESPAÑA

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la administracion de *[illegible]uinalda* y *Episodios Nacionales*, calle del Barco, núm. 2 duplicado, 3.° Madrid.


3 2044 051 097 723
THE BORROWER WILL BE CHARGED THE COST OF OVERDUE NOTIFICATION IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW.
CANCELLED
MADENER
FEB 0 1 2001
CANCELLED